

SUSCRICION

EN

MADRID.

UN MES. . . 8 RS.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40
UN AÑO. . . 80

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

LA SEMANA

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION

EN

PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 RS.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48
UN AÑO. . . 96

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

SUMARIO.

HISTORIA DE LA SEMANA.—REVISTA DE MADRID; Noticias de Madrid.—SEMANA HISTORICA; Historia contemporánea. María Estuardo.—SEMANA JUDICIAL; Causa contra Antonio Perez, ministro de Felipe II. FAMILIAS REALES de España y Francia en el siglo XVI.—SEMANA LITERARIA; Vinetti, ó la flor azul. Al genio de la Poesía. Un episodio de la última guerra civil en las montañas de Guipúzcoa.—SEMANA RELIGIOSA; Santa Eulalia. Efemérides religiosas.—SEMANA MOSAICO; El volcán de San Salvador; Apuntes de un viaje. Anécdotas, máximas, noticias, gaceta devota, calendario de la semana, logogrifo, solución del anterior, etc.
Este número lleva doce grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

ESTERIOR. En Francia las sesiones de la asamblea legislativa han presentado en esta semana un interés muy secundario. El presidente Luis Napoleón, de acuerdo con el nuevo ministerio ha cambiado casi todo el personal de los prefectos de los departamentos, y ha hecho grandes cambios en el cuerpo diplomático, encargando de representar á la república en las principales naciones. Se aseguraba que el príncipe Murat sería nombrado embajador en Madrid, en esta corte donde su padre Joaquín Murat dejó tan terribles recuerdos el 2 de mayo de 1808, y que rey luego de Nápoles fué fusilado en Pizzo. Circulaban rumores de crisis ministerial, á consecuencia del proyecto de contribucion que debía someterse á la asamblea sobre el impuesto de las bebidas, asegurándose que se retirarían del ministerio Barrot y Dumas.

El presidente ha llamado á Francia las escuadras que había dirigido sobre el Bósforo para apoyar con su presencia la justa negativa del sultan á las exigencias de la Rusia y del Austria sobre la estradicion de los refugiados húngaros.

El ministerio desplega la mayor energía contra los escritos socialistas de que se halla inundada la Francia, habiendo recogido varios folletos y prohibido una obra del famoso Eugenio Sue, autor de *Los Misterios de París* y de *El Judío errante*, titulada *Las veladas del pueblo*. Se han desmentido oficialmente en el *Monitor* los rumores de crisis, y los ministros manifiestan el mayor acuerdo entre sí.

Se estaban haciendo grandes preparativos para la revista que se anunció primero para el 10, aniversario del nombramiento del presidente de la república, que se ha trasladado al 20, dándose despues un espléndido banquete de doscientos cubiertos en el palacio del ayuntamiento de París, y en seguida un magnífico baile en los suntuosos salones de este grande edificio.

INGLATERRA. La reina viuda de Guillermo IV, Adelaida, ha muerto el día 2 de este mes á la edad de 37 años. Su muerte ha causado el mayor dolor á la reina Victoria, que la respetaba y quería como una madre, y ha afligido á toda la Inglaterra que la había admirado sobre el trono, y en su retiro despues, siendo sus cuantiosas rentas el patrimonio de los pobres, de quien era la mas decidida protectora.

Lord Palmerston ha salido tambien mal en su empresa, en la cuestion entre la Rusia y la Turquía. Abandonado por la Francia que ha retirado su escuadra de la vista de los Dardanelos, ha dado orden para que se retire tambien la inglesa, y desaprobando la conducta de su embajador en Constantinopla sir Strafford Canning, lo ha destituido por haber hecho entrar la escuadra en el estrecho de los Dardanelos, permission que á pretexto de no estar segura la escuadra fuera de ellos le concedió el sultan, y que le colocaba en hostilidad abierta con la Rusia, que podía invocar en su favor los tratados que cierran á todas las potencias la entrada del estrecho. Este suceso de grandísima importancia ha dado margen á una crisis ministerial en que se cree que saldrán lord Palmerston y Russell, entrando en su lugar dos amigos políticos de sir Roberto Peel. Hablábase de un ministerio de coaliccion, en que entrarían por partes iguales en su composicion whigs y moderados bajo la presidencia de Peel.

Tomo I.

ITALIA. El general Baraguay de Hilliers que ha reemplazado en el mando de las tropas francesas en Roma al general Rostolan, ha salido para Portici, donde se halla aun su antecesor, para ofrecer los respetos á Pio IX, y persuadirle lo conveniente que es su vuelta á la capital del mundo cristiano. No se ha mezclado en ningun asunto interior de los estados pontificios, dejando en toda su libertad la accion del triunvirato de los cardenales que gobiernan por delegacion del pontífice. Un comandante de la milicia llamado Natalio Ceccarelli, se presentó á los tres cardenales, les manifestó la desesperacion y la miseria en que se hallaba, les hizo responsables de los males que por su culpa pesaban sobre él, y tantos otros de los que habían defendido la república, y despues de hablar con desesperada energía sacó un puñal y se hirió delante de los cardenales, que asustados llamaron en su auxilio, temiéndolo todo de su desesperacion.

En Toscana la amnistía se ha cumplido fielmente, y han vuelto los emigrados, y abiértose las cárceles donde se hallaban los procesados políticos.

Todo hace creer que en el Piamonte las elecciones serán ganadas por el partido moderado, habiendo manifestado el partido del movimiento, y que está por la guerra contra el Austria, su intencion de abstenerse de tomar parte en las operaciones electorales.

La cuestion entre la Dinamarca y los ducados Schleswig-Holstein toca á su fin. Su decision va á ser sometida á árbitros dinamarqueses y de los ducados. Su sentencia será inapelable. Se reunirán en Copenhague, y no en un terreno neutral, como querían los ducados. Si este medio produjese un feliz resultado seria una gran enseñanza para el mundo, y un ejemplo bellísimo de que los pueblos y las naciones terminen sus diferencias sin que corra tanta sangre como han costado las guerras, la mas cruel de las plagas que aflige á la humanidad.

INTERIOR. Ha comenzado á volver la expedicion que marchó á Italia á las órdenes del general Córdoba, habiendo desembarcado en Rosas y otros puntos de la costa de Cataluña algunos cuerpos, que en cumplimiento de las medidas sanitarias dictadas por el gobierno, iban á dirigirse á Mahon á hacer su cuarentena de observacion. Es altamente satisfactorio el estado de salud de nuestros soldados, que han saludado con entusiasmo las playas de su patria, de donde salieron á cumplir el encargo que les encomendó el gobierno, de cooperar con las demás potencias á reponer al jefe de la cristiandad en su poder temporal.

Las sesiones del Congreso en esta semana, han sido cuatro solamente. El Senado no ha celebrado ninguna. En la del día 11, se hizo por el señor diputado Laborda, de la oposicion progresista, una interpelacion sobre la coaccion que dijo se empleaba en las elecciones que están para celebrarse en el distrito de Calatayud, con objeto de que sea diputado el general Ortega. Contestaron al señor Laborda desvaneciendo los cargos, el ministro de la Gobernacion y el diputado Collantes (don Agustin).

El diputado de la oposicion progresista Ribero, interpelló al gobierno por la prision del teniente coronel Buceta, y destierro del ex-gefe político García Pego. El presidente del Consejo de ministros tomó la palabra, y el ministro de la Guerra, respondieron al interpellante y se terminó la sesion pasándose á otro asunto.

El día 12 le ocupó el Congreso oyendo la defensa de un proyecto de ley que para el arreglo de la deuda pública habia presentado el señor Sanchez Silva, diputado progresista, y que no fué tomado en consideracion por el Congreso despues que el ministro de Hacienda, y el presidente del Consejo manifestaron que se estaban ocupando de este asunto tan interesante, y que se sometería á las cortes un proyecto de ley, y pero que nadie tendria noticia anticipada ni conocimiento de él, para evitar los fraudes y jugadas que podian comprometer la suerte de muchas familias.

Variada é interesante en alto grado fué la sesion del día 13. El diputado Olózaga, apoyó una proposicion de ley dando mas garantías al acto de las elecciones de diputados, y señalando penas á los que de cualquier modo coarten la voluntad de los electores. El duque

de Valencia declaró, que el gobierno no tenia inconveniente en que se tomase en consideracion la proposicion, y se discutiese segun todos los trámites del reglamento. Aplaudió la minoría progresista esta concesion, que fué acompañada de la manifestacion del presidente del Consejo de que deseaba que no hubiese partidos, y de que todos se uniesen para el bien del país. La oposicion moderada se manifestó quejosa de la galantería con que trataba el ministerio á la oposicion progresista, dando ocasion á que el señor Gonzalez Bravo pronunciase un hábil é ingenioso discurso.

El diputado Fernandez San Roman presentó una proposicion para que el ministro de la Guerra remitiese los datos sobre la reserva del ejército, combatiéndola enérgicamente en su organizacion práctica y en su teoría contraria á la ciencia militar. Defendió el ministro de la Guerra su proyecto, procurando refutar las razones con que le habían combatido, y el diputado retiró despues su proposicion, previendo que el Congreso indudablemente la hubiera desechado.

En la sesion del 13 el Congreso se ocupó de las peticiones que le han dirigido varios individuos en virtud del derecho consignado en la constitucion.

Mas activos han sido los trabajos en la comision general de presupuestos, que se ha reunido todas las noches. Se ha concluido de discutir el presupuesto del ministerio de la Guerra y el de Hacienda, y en la sesion del día 14 se ha aprobado la creacion de los gobernadores de las provincias en cuyo empleo deben refundirse los de gefe político é intendente. En toda esta semana quedaron del todo corrientes y en disposicion de presentarse á la deliberacion de las cortes, los presupuestos de la nacion para el año 1850.

Reina la mas completa tranquilidad en todas las provincias de la monarquía. En muchas partes se ocupan con actividad, como en Cataluña, en la construccion de carreteras, que dan trabajo á muchos pobres en la rígida estacion en que hemos entrado. En los fondos públicos se ha notado animacion y alza en los valores.

ACTOS DEL GOBIERNO.

Solo por el ministerio de la Gobernacion del reino se ha publicado una real orden, aprobando la instruccion para el franqueo y certificado de cartas y para el franqueo de periódicos, libros y demas impresos y de muestras de géneros, con arreglo al real decreto de 24 de octubre último. De los demas ministerios nada ha publicado el periódico oficial en la semana que acaba de transcurrir que produzca resolucion alguna general y que mas ó menos pueda afectar los intereses del público.—Por esto nos reducimos á esta breve indicacion.

Revista de Madrid.

Temeríamos nosotros engañar á nuestros lectores y hacerles concebir esperanzas que muy luego habrían de ver completamente frustradas, si no les confesásemos de una manera esplicita y terminante que no tenemos noticia de que haya ocurrido novedad alguna notable en el trascurso de la anterior semana. Solo nos estaban reservadas en clase de novedades algunas horas de agudo y penetrante frío, algunos dias de copiosa lluvia y algunas noches de espesísima niebla, para avisarnos que con la aproximacion de las Pascuas hemos quedado completamente entregados á la cruda y rigorosa mano del invierno.

Pero si la semana anterior ha sido escasa en novedades curiosas y dignas de ser contadas, no por eso han faltado, mal que nos pese, calamidades y desgracias lamentables. Fuera de las muchas muertes naturales que en ella han ocurrido, y entre las cuales hay algunas de personas muy notables, ha producido tambien algunas otras y dejado á muchas personas gravemente heridas, la horrible explosion que dió el polvorin en la mañana del martes de la anterior semana. Hemos visto el lugar de la sangrienta catástrofe, y nos estremecía oír referir en aquel mismo sitio las escenas que acompañaron al horroroso sacudimiento, y ver sus terribles consecuencias. Las compuertas de la primera esclusa del canal se han desquiciado completamente, y padecido no poco la fábrica que las

sostiene; siendo tanta la fuerza de la explosión, que ha retorcido las enormes barras de hierro que sirven para abrir y cerrar aquellas. A corta distancia se ve llena de grietas y roturas, y con las puertas desvencijadas, la casa del guarda, el cual en medio de todo dá gracias á Dios por haber preservado á su familia de todo daño personal. Afortunadamente cupo la misma suerte al mayor número de operarios, por haberse verificado la explosión á la hora en que casi todos habían salido á comer.

Después de tan desagradables noticias, nuestros lectores no estrañarán saber que los ánimos de los madrileños han llegado en esta semana á un estado de irritación y de efervescencia que nos hace temer funestos resultados. El duelo está á la orden del día y es el remedio que se aplica á la solución de todas las cuestiones complicadas. Y no son menester las sesiones del Congreso, ni las cuestiones de presupuestos, ni las contiendas amorosas para dar causa y motivo al duelo: basta una simple discusión académica en que disienten en opiniones dos pacíficos jurisconsultos. Dentro de poco se batirán los abogados después de terminada la vista de un pleito: se batirán los magistrados si opinan de diversa manera al tiempo de fallarlo; y se batirá por regla general todo el que quiera una cosa con el que quiera la contraria. El amo desafiara al criado cuando este se olvide de limpiarle las botas; y la señora saldrá á batirse con la cocinera cuando salga claro el chocolate ó se olvidare espumar el coido.

Buena falta hace en verdad algun entretenimiento que venga á dar nueva dirección y otro género de desahogo á esa bilis que obra reconcentrada por efecto de los frios y de las nieblas de la anterior semana; pero hasta en eso somos ahora desgraciados. «Hemos llegado ya á la mejor época para los bailes, los saraos y los banquetes, dice no ha muchos días un periódico; y sin embargo, todavía no ha realizado el invierno las esperanzas que en él se habían fundado al principio. Todavía no hay reuniones en casa de las señoras de Montijo, de Casa-Bayona, de Campo-Alegre y de Muñoz del Monte.»—Con un sistema semejante cómo es posible que dejen de estar las gentes á todas horas mal humoradas y mal dispuestas?

Y con efecto, es innegable que estamos atravesando una temporada de tristeza y aburrimiento. Basta mirar lo que pasa para convencerse de ello.

Hasta ahora no se baila mas que los lunes en casa del conde de Esterhazy, de la señora de Tello y de la de Page: los martes en casa de la señora de Seoane: los miércoles en los salones de Palacio y en casa del ministro de Cerdeña: los jueves en la embajada de Nápoles: los sábados en el consulado de Oldemburgo; y los domingos en casa de la señora de Vilches. Fuera de esto solo hay conciertos matinales los domingos; Salones orientales y Perlas madrileñas para la sociedad menos aristocrática, y cuatro teatros que dan función diaria sin contar con el de los cuadros vivos, que se han colocado ahora bajo la protección del *Genio*. ¿Quién es capaz de resistir á una vida tan monótona, tan triste, tan escasa de diversiones? A la verdad se le figura á uno estar pasando el invierno en San Sebastian ó en la isla de León, donde al llegar las nueve de la noche se retira cada cual en busca del hogar doméstico, después de haber pasado tres horas bostezando en las banquetas del billar ó profundamente dormido en el sofá de algun gabinete de lectura.

Y todo bien pensado, ¿por qué no habíamos de amenizar algun tanto las tristes horas de esta monótona vida? Porque, así como llevamos en los veranos á Aranjuez y á la Granja el lujo y la etiqueta de la corte, no nos traemos desde estos sitios á Madrid para el invierno los bailes matinales y los conciertos al aire libre? ¿Tan malos son los jardines del Retiro y la glorieta de la Fuente Castellana para bailar por las mañanas al sol de enero? Porque al fin el hombre se ha hecho para bailar, como el pez para vivir en el agua; y todo lo que sea sacarlo de este estado habitual, es acortar desapiadadamente la duración de su vida.

En el entretanto nos consolamos con la esperanza de las festividades que han de venir y que servirán de indemnización á las festividades frustradas. Se dice que el Liceo, cuya vida no se ha extinguido aun desde la resurrección del año anterior, prepara dos sesiones importantes para obsequiar á SS. MM. Una tendrá lugar en la presente semana, y en ella representarán Matilde, la Palma y los Romeas, la *República conyugal* del señor Rubí, leyéndose algunas composiciones poéticas por la señora Avellaneda y varios de nuestros mas distinguidos poetas. Otra se verificará mas adelante con el objeto de ver sobre las tablas de aquel teatro á la señora doña Isabel García Luna, que acaba de regresar á su país natal después de haber obtenido brillantes triunfos en América, y especialmente en la Habana.

Pero como no bastan las esperanzas de los bienes remotos á consolar por completo al que carece de bienes próximos, no es de estrañar que el mal humor se haya reflejado esta semana en todos los actos de nuestra vida social. Por todas partes no se oyen sino expresiones de descontento, de reconvención y de queja. Buena muestra son de esta verdad los periódicos, que se han convertido en intérpretes de los sentimientos de este quejoso vecindario. Innumerables son las peticiones, los cargos y los capítulos de culpa que todos ellos han dirigido á la autoridad municipal: y su influencia en el gobierno de la población ha llegado ya al

extremo de constituir ellos una parte principal de la autoridad misma.

Vamos á referir á nuestros lectores una pequeña anecdota, que les demostrará esta verdad hasta la mas completa evidencia.

En la mañana del sábado anterior nos dirigimos en casa de un concejal, amigo nuestro, con objeto de visitarle. Introducidos en su habitación, hallámosle repantigado en un sillón, delante del cual estaba en pie un enorme velador, que contenía una carga de periódicos. Asombrados de hallar á todo un concejal tan profundamente metido en asuntos de letras, no pudimos menos de exclamar con tono de estrañeza:

—¿Qué es eso, buen amigo? ¿Escribe vd. algunas memorias para la historia contemporánea?

—No, amigo mio, es menos que eso. Leo las gacetas de los periódicos.

—¿Y para que?

—Toma. ¿Para qué? Para ver lo que proponen sobre mejoras de la capital. ¿Pues hay mas que leer los periódicos para estar al corriente de cuanto debe hacerse en tan importante asunto? Mire vd., añadió. Estos periódicos que vd. ve, no son mas que los de la semana corriente. Todos los sábados hago lo mismo que me ve vd. hacer ahora. Tomo un pedazo de papel y apunto todas las mejoras que proponen los periódicos, poniendo á continuación un dictámen para dar cuenta el lunes al ayuntamiento. Vea vd. la nota de hoy.

Y echando mano al bolsillo de la levita, sacó de él y comenzó á leer una cuartilla que bajo el epígrafe de «Reclamaciones de los periódicos,» contenía el apunte que sigue.

Piden que se traslade á Chamberí el cuartel de la calle de Fuencarral.—No tengo inconveniente en ello, siempre que no ayude yo á la traslación, porque la carga me parece pesada.

Piden que no se traslade la fuente del Ave Maria á la plazuela de Lavapiés.—Eso es lo mas fácil de todo, porque se reduce á no hacer nada.

Que se haga un buen mercado en el solar de la iglesia de San José.—Entiendo que debiéramos averiguar primero si hay alguna cosa que vender en ese mercado.

Que caiga de una vez á tierra la torre de la calle del Carmen.—Propongo un excelente remedio: aplicarle dos cañones de á treinta y seis.

Que se ponga un reloj en Chamberí antes de que se concluya la torre de la iglesia.—Esta petición tiene cierto mérito de originalidad, porque lo contrario se le hubiera ocurrido á cualquiera.

Que se renueven las fachadas de 22 iglesias, la Casa-Galería y el oratorio de Cañizares.—Esto ya sabe el ayuntamiento como se hace: color de manteca rancia con ribetes de almazarrón.

Que se abra la puerta posterior de la casa de Correos.—Es muy fácil si no se ha perdido la llave.

Que no se enciendan braseros en los balcones ni en las calles.—Es muy justo: los braseros se encienden en la cocina.

Que se compongan las aceras de la calle de Silva.—Para eso seria menester descomponerlas primero.

Que no se pasee ya en el Retiro, sino en Atocha.—Es muy natural. El año pasado se pedía lo contrario. En algo se habían de conocer los adelantos del buen gusto.

Que se limite á ocho días el libre ejercicio del tamboril y de la zambomba.—Seria de opinion que se limitase á ocho horas.

—Y dígame vd., le añadí yo, observando que había concluido la lectura. ¿No dicen algo los periódicos acerca del alumbrado de las calles, y de los serenos?

—No lo recuerdo.

—Pues yo se lo diré á vd., y es lo mismo. Hace algunos años que los faroles de las calles de Madrid se apagaban algunos momentos antes de amanecer. Esto es lo natural y lo justo; pero al fin se fué acortando el tiempo, hasta que hace tres años se apagaban siempre á las tres de la madrugada. En los dos años inmediatos se acortó mas todavía, no sé si el tiempo ó el aceite, y á las dos de la mañana se daba el soplo mortal á todos los que no habían muerto de inanición en aquella hora. Ahora comienzan á apagarse los faroles á la una; á la una y media es raro encontrar encendido uno solo. Serenos, Dios los dé: como no tienen faroles que cuidar, no se encuentra uno por un ojo de la cara. Por consecuencia de todo esto, en las apacibles noches de diciembre y enero se necesita andar bien destapado para no perderse á oscuras en medio de la niebla, ó tener á la vuelta de una esquina alguna aventura desagradable. Andando los tiempos, aun nos queda la esperanza de creer que volverán á usarse las linternas y los faroles de mano, desde el momento de ponerse el sol.

Mi amigo el concejal tomó nota de estas observaciones y dijo que las participaría al ayuntamiento. Ya veremos los resultados.

A.

Revista de teatros.

Indudablemente estamos ya en la época mas animada y bulliciosa para los teatros de Madrid. No pasa un solo día sin que los periódicos nos anuncien la próxima llegada de algun músico, bailarín ó cantante, que viene á lucir sus habilidades ante el respetable é ilustrado público de la corte.

No ha mucho tiempo que llegó el famoso *Bianchi*, cuya modestia no le estorbó para llamarse á sí mismo el redívivo Paganini: vino después *Bazzini*, á quien se ha aplaudido con entusiasmo en el teatro del Príncipe: tambien ha llegado *Gasparini*, que dicen es un prodigio tocando el acordeon: el bajo *Selva*, de quien se hacen tan desmedidos elogios: el célebre *Ronconi*, á quien llama un periódico el primer cantante del mundo: la señora *Moreno*, de quien se cuentan tan buenas cosas: la *Petra Cámara*, que es otra bailadora de rumbo, y su compañero *Ruiz*, que dicen es el Adonis de los boleros. Esto sin contar con la *Robert* y con Mr. *Dor*, que bailan en el teatro de la Cruz, y con que se piensa oír en Madrid á la *Frezzobini*, y ver hacer habilidades pedestres á los *Cerrito* y *Saint Leon*, á la *Fuoco* y *Carrey*, y al almirado *Petipá*, cuyos primores dentro y fuera del teatro son tan conocidos del público madrileño.

A decir verdad, temblamos por la tranquilidad de los aficionados con tanta concurrencia de pantorrillas: temblamos por la tranquilidad de algunas niñas con tantos y tan lindos bailadores. Sirva de aviso á las mamás por ahora que los almohadones de los palcos han sido en algunas ocasiones los agentes intermedios de ese amor que nace entre las candilejas y crece al compás de los ejercicios coreográficos.

Mas ya que hablamos de ejercicios coreográficos justo será que tributemos la preferencia al teatro de la Cruz, donde han comenzado ya, para acabar de una vez, los bailes mímicos ó de espectáculo. Al fin llegó en la semana anterior el anhelado momento en que se pusiese en escena *El Diabolo á cuatro*. A la verdad deseábamos nosotros ver este baile por muchas razones; y entre ellas por ver si descubríamos en su ejecución el significado de su título. Nosotros sabemos perfectamente lo que quiere decir en francés *le diable á quatre*, como lo sabrán por un orden regular los empresarios de la Cruz; pero no sabemos que quiere decir en español *El Diabolo á cuatro*. Tan grande es nuestra torpeza. Quisimos descubrirlo tambien por medio del anuncio; pero aunque el anuncio es explícito, no dejó satisfechos nuestros deseos. El consabido anuncio no dice mas que esto: «*El Diabolo á cuatro*: baile mímico en tres actos, dividido en cuatro cuadros, de MM. de Leuwer y Mazihir; música de Mr. Adolfo Adam; puesto en escena por Mr. Appiani; decoraciones de los señores Cousseau y Coutier; trages de doña Carmen Bagá de Perez y don Juan Planás: la orquesta se compone de 40 profesores, y en el vestuario pasan de 130 trages nuevos:» pero el anuncio no solo deja de explicar el referido título, sino que omite decir cuantos quinqués hay en el proscenio, cuantas candilejas entre bastidores, cuantos cordeles para tirar de los telones y cuantos barrenderos para limpiar el polvo en los intermedios.

En cuanto á su ejecución diremos muy poco. Madama Robert y Mr. Dor serán sin duda grandes bailarines; pero lo han disimulado en esta ocasion. El cuerpo de baile se compone de una porción de figuras de movimiento, estravagantes y exóticas. Los cuarenta músicos de la orquesta iban cada uno por su lado: y la decoración nos pareció mezquina y ridícula.

En suma, *le diable á quatre* (hablaremos en francés para que alguno no nos entienda) ha hecho un completo *fiasco* en el asenderado teatro de la Cruz.

En el *Español* no ha ocurrido novedad desde la representación de *¿Quién es ella?* que ha seguido poniéndose en escena algun tanto modificada de como apareció la vez primera. El tercer concierto del señor Bazzini es lo único que ha ocurrido en la calle del Príncipe fuera de la comedia indicada; pero no tardará en salir á luz algunas piezas nuevas ó refundidas por sus autores, que deben escitar en sumo grado la curiosidad pública. Entretanto se anuncia para la próxima Noche-buena *La Mensajera*. Hace tres semanas habíamos pronosticado nosotros que no se representaría en el teatro de la Cruz.

El Instituto, ó sea el teatro de la Comedia, ha seguido divirtiéndose á sus constantes favorecedores con los chistes de *La primera escapatoria*, las pantorrillas de sus boleros, y por contera y para variar... alguna pieccecita andaluza: *En toas partes cuesen jabas*, *Triana* y *la Macarena*, y otras de este tenor. En la última de estas pieccecitas hay una considerable porción de expresiones que no sabemos cómo ha dejado pasar la Junta de censura, si es que se ha tomado la molestia de leerla, ó que los actores se han tomado la incomodidad de presentarla á su aprobación. En la noche del viernes se han puesto en escena en el mismo teatro á beneficio de la señorita Montero, *La Duquesita*, traducción del señor Vega, y *El tio Zaratán*, parodia de *Guzmán el Bueno*. En el intermedio hubo los consabidos jaleos y bailables de que dimos cuenta á nuestros lectores en la revista de la anterior semana. Lo bueno no cansa nunca.

Tambien prepara ya el Instituto algunas funciones para Noche-buena. Sabemos que están admitidas dos pieccecitas tituladas *A quien Dios no le dá hijos...* del señor Pina, y *Quien de lo ageno se viste...* de autor cuyo nombre no recordamos. El público debe ir sin duda á completar los dos refranes en vista de lo que pase en las referidas piezas.

Del teatro de Variedades no podemos añadir cosa alguna. Tambien dispone este teatro algunas funciones divertidas para Noche-buena. Con este objeto han sido ya admitidas *El Memorialista*, del señor Olona, y *El Jorobado*, del señor Cazorro.

En los siete días de esta semana, han tenido lugar

las representaciones desde el número 63 al 71 de *El Duende*. La entrada es siempre llena.

Entretanto se asegura como cosa acabada, la organización de una compañía de ópera en el Circo, para el 1.º de enero inmediato, en cuya lista figuran cuantas notabilidades hay en Europa en clase de cantantes, ó deben figurar, que es lo mismo. Nosotros creemos que en efecto esta es ya una cosa acabada, tan acabada que no se debe siquiera pensar en ella.

A.

SEMANA HISTORICA.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

1827.

XVI.

Mal podrá conocerse la insurrección catalana sin espresar sus pormenores, ocultos hasta hoy con el tupido velo del misterio, y sabidos solo de sus mismos actores. Merced á ellos, haremos este importante servicio á la historia.

Descritos ya los preliminares del levantamiento de Manresa, vamos á referirle tal como aconteció. Alterada algun tanto la opinión pública con siniestros augurios, alarmóse el teniente coronel mayor del regimiento infantería 2.º de línea, y reunió á sus oficiales para manifestarles sus temores y ver si podía contar con su adhesión. Mentida esta en muchos, fué el pábullo que incitó á los conspiradores, que al amanecer del 23 de agosto interrumpieron el sueño de los pacíficos manresanos con los gritos de viva la religión, viva Fernando VII, que resonaban estrepitosamente por todos los ángulos de la población. Los vítores al rey ocultaban al público las secretas intenciones de los autores de la rebelión. Doscientos infantes de voluntarios realistas y seis caballos al mando de don Francisco Paré, que obedecía á don Agustín Saperes (a) Caragol, titulado comandante general de la vanguardia del ejército real de Cataluña, fueron los que en unión con algunos oficiales del regimiento de la Reina, que guarnecía la plaza, hicieron frente á las fuerzas leales, que contestaron á balazos los gritos sediciosos.

Roto el fuego en todos los puntos que guarnecían las tropas, se trabó una verdadera acción, aumentándose su ruido con el toque á somaten en la torre de la iglesia de la Seo, atalaya que domina el castillo de Puip-terra, la elevada torre del Carmen y la del convento de monjas de Santa Clara, asentado en una de las mayores alturas de Manresa. A las tres horas se había rendido el regimiento con su plana mayor, y caído en poder de los vencedores las banderas, y prisioneros el gobernador y alcalde mayor de la ciudad. Cinco ó seis muertos, é igual número de heridos por ambas partes, fueron el resultado de esta jornada, quedando dueña de la población la junta insurrecta. Véase á esta aclamar al rey al mismo tiempo que batía á sus tropas, deponer las autoridades legales, ajar la dignidad de la corona y empañar el poco brillo que ya tenía aquella real diadema.

XVII.

Puesto Saperes á la cabeza de las fuerzas sublevadas, trató de infundirles la energía de que se hallaba animado, á fin de operar instantáneamente para asegurar el éxito de la rebelión. A este objeto, y en la misma mañana que se enseñoraba de Manresa, publicó la siguiente proclama, que trascribimos íntegra por su original redacción, y por estar inédita hasta hoy, como lo están la mayor parte de los documentos que publicamos, y en especialidad los que emanan de las filas insurrectas. Dice así:

ESPAÑOLES BUENOS. «Ha llegado ya el momento en que los beneméritos realistas vuelven á entrar en una lucha, mas sangrienta quizás que la del año 20, aunque de menor duración; lucha en que va á decidirse la suerte próspera ó adversa del mundo católico, y en particular la de nuestra amada España. Testigo ocular de vuestras virtudes y sacrificios en favor de la justa causa del año 22 y 23, no os recordaré las obligaciones en que todo realista se halla de contribuir, por cuantos medios estén á su alcance, á rechazar un enemigo tan infame, que después de habernos introducido una guerra civil en nuestro suelo, intenta arrebatarnos el precioso don de la Santa religión y del rey absoluto. ¿Y será posible haya entre vosotros quien no se exalte, y desee ardientemente sacrificarse por sostener la posesión de un tesoro de tanta estima? Pues resuelto estoy á cumplir el juramento que tengo hecho de defender á toda costa los sagrados derechos de nuestro amado monarca, y la santa religión. Podeis estar seguros, sabré seguir ejemplos de los buenos héroes. Una muerte honrosa es preferible mil veces. Huyamos, pues, buenos realistas, de las reconvenções que puede hacernos la posteridad por falta de energía y grandeza de alma; y procuremos llevar adelante la santa lucha que hemos emprendido, poniendo en movimiento cuantos resortes consideremos capaces de afianzar el triunfo sobre los malvados, aun antes de medir sus aceros con

los nuestros. En la unión estriba la victoria. Trabajemos por lo tanto en estrechar mas los vínculos de fraternidad, y desengañemos de una vez á los fanáticos políticos y carbonarios, de que sus esfuerzos no servirán sino para precipitar su ruina. Para cooperar por una parte al laudable objeto de mantener la unión, y orden, en caso que sea necesario adoptar medidas extraordinarias, he tenido á bien, en uso de las facultades, que manda la justicia recta, ordenar lo siguiente:

1.º «Toda persona que desde este día se entretenga en esparcir directa, ó indirectamente noticias melancólicas, ó con sus escritos ó conversaciones, (1) la opinión de los buenos realistas, será reputado como traidor, y enemigo de los defensores de la justa causa.

2.º «El sugeto á quien se le justifique estar en correspondencia con alguno de los secretarios, será tratado como espía, aun cuando no tenga roce con él.

3.º «Todo voluntario, que trate de inspirar desalientos, ó influya de algun modo, para que los demas no se defiendan, será tratado como traidor vendido á los enemigos.—Manresa 23 de agosto de 1827.—El coronel comandante general de la vanguardia.—AGUSTIN SAPERES.

XVIII.

Ya dimos á conocer los nombres de los individuos que componían la junta de Manresa, así como el edicto que publicó Saperes, que siguió á un manifiesto del ayuntamiento de la ciudad que basta citar. No así la alocución que publicó la junta el 31 de agosto, firmada por todos los que la componían. Dirigiase á los catalanes para manifestarles los sentimientos que les animaban, y para decirles que estaban «hollados y combatidos de un modo vil y cobarde por los agentes de la rebelión del año 20, los soberanos derechos de su carísimo objeto don Fernando VII; por lo cual quedaba otra vez el infeliz reino sujeto al duro yugo constitucional.» Atribuían á estas causas un tropel de males, desgracias y persecuciones que originarian destierros, cadenas y cadalsos.... «Convencido de ello el pueblo catalán, decían, tiempo hace que hubiera levantado el grito, si desgraciadamente á causa de fines cobardes y de propio interés, no se hubiera contenido el santo ardor de un pueblo que está resuelto á dar mil veces la vida antes de permitir que queden menoscabadas en lo mas mínimo sus preciosas margaritas de rey absoluto y religión.... La mayor parte de este Principado ha empezado la gloriosa empresa que visiblemente protege el Todopoderoso, de aterrar para siempre los trastornadores de la corona y leyes fundamentales de España, contando que las demas provincias en unión con nosotros, cooperarán como cooperan ya, al feliz resultado. La ciudad de Manresa, entre nosotros, es la que ofrece un ejemplo á la faz del universo, que quizás ni la historia antigua ni la moderna, ofrece otro igual. Catalanes: los que todavía os manteneis frios espectadores del resultado de la empresa que marcha tan felizmente, decididos, sin mas tardar... Escuchad á los inmortales héroes sacrificados que dende el silencio de su sepulcro, nos están advirtiéndolo de cuanto somos capaces, siempre que todos elevemos nuestro patriotismo á la par de sus ilustres virtudes. Oidlos como están animándoos á redoblar vuestros esfuerzos, á dirigiros por el consejo de los sabios, á ser dóciles al servicio militar y á prestaros á los sacrificios. Observadlos alentando el ejército con el ejemplo de los esforzados defensores, y persuadiéndole al rigor de la disciplina; vigor saludable y necesario, en el cual está cifrado el éxito de las campañas y la salud de nuestra patria. Vedlos dirigiéndose á las demas provincias escitándolas á venir á nuestra ayuda, enseñándolas cuanto deben esperar de las heroicas disposiciones que sabe producir nuestro suelo, siempre que Cataluña se vea ayudada de sus hermanas. Así sea, y quedad seguros que esta escelentísima junta, empleará todas sus luces para llenar el grande objeto á que es llamada.»

Tal documento poniendo en evidencia las brillantes luces de sus firmantes, hombres de carrera, eclesiástica los mas, dá á conocer á los sectarios que pretendían sustituir á las luces del siglo las de las hogueras de la Inquisición; á los que cerraban las universidades para abrir las escuelas de tauromaquia, y á los que proponían la supresión, como nula, de la Junta de instrucción pública.

XIX.

Esto en cuanto á los que daban impulso á la sedición; los que eran su instrumento, publicaron escritos que si no escuden en su estilo á los de la junta, son superiores por su originalidad.

El comandante del primer batallón de voluntarios realistas de Manresa don Joaquín Vilarressau y Rubí, dirigió también la palabra á sus fieles voluntarios, felicitándoles y felicitándose así mismo por el triunfo que acababan de obtener: alentábales á proseguir en su empresa para exterminar completamente á sus enemigos, y terminaba diciéndoles: «Unión y disciplina, y mas que todo temor de Dios, y vuestros anhelos y los míos serán cumplidos, viendo asegurada la soberanía

(1) Aunque apenas se entiende este párrafo, por la falta de oración, está copiado exactamente del original.

sobre el cimiento de las leyes fundamentales del reino, y la religión de Jesucristo libre del embate de las pasiones que intentan derrocarla.—Viva el rey, viva la religión; viva la Inquisición, y viva la constancia para el exterminio de las sectas masónicas.»

En esta alocución se declara mas francamente la intención de los sublevados al victorear al santo tribunal, lo cual no había hecho aun la junta, á pesar de hallarse de acuerdo con tales principios, en favor de los que trabajaba en secreto. No veía asegurado aun el triunfo de la rebelión, y temía comprometerse soltando prenda difícil de recoger. Así se vé en todos los documentos públicos aclamar á Fernando, con cuyo mentido escudo alucinaban á los crédulos realistas y á los rústicos paisanos, que corrían á las armas creyendo hacer un importante servicio al rey, ¡Desgraciados instrumentos de unos conspiradores que lanzaban al combate á unos hombres cuyas vidas les estaban encomendadas á la par que sus conciencias!

Sin vacilar un momento sobre la veracidad de las palabras de sus gefes, hacían de ellas la enseña de sus principios, y peleaban con el entusiasmo y la constancia del que cumple con su deber; con el valor proverbial de los belicosos catalanes.

XX.

Ya vimos como fué llamado Busons á Manresa, y colocado en la presidencia de su junta, la cual le dió á conocer el 19 de setiembre por comandante general de las divisiones realistas del Principado de Cataluña.

Cuando todos se creían con derecho á dirigir á los españoles, proclamas en las que, demostrando sus sentimientos exigían correspondiesen los demas á ellos, pocos tan autorizados como Busons, el primer gefe militar de los sublevados, y el que unía á la decisión por la causa que defendía, gran prestigio entre sus partidarios. Dirigióse, pues, á ellos el mismo día que fué dado á conocer como gefe; y bajo el lema de *unión, fidelidad y constancia*, hacia una nueva edición de lo que publicaran los que le habían precedido, Contiene sin embargo un párrafo notable que formaba el credo político de los insurrectos. «Concurrid manresanos, españoles todos, decia, á sostener este patrimonio de gloria, y vereis disipar la impiedad, abatir los negros, reponer á los oficiales y demas empleados realistas que fueron separados de sus destinos con la mas descarada arbitrariedad para colocar á los exaltados constitucionales, que atentaron contra la real persona de S. M. y aun á los mismos milicianos voluntarios, en contravención á los repetidos sabios decretos de S. R. M. y acabar con todos los liberales del suelo español. Despues de esta virtuosa ocupacion, retiraos al seno de vuestras familias, ciertos de que vuestras casas y hogares serán respetados, vuestros derechos sostenidos, y defendidas vuestras propiedades.»

Véase el modo virtuoso con que creía obrar el conocido por el Jep del Estany, y á quien segun manifiesta él mismo en su declaración, se hizo presente que varios obispos y prelados habían decidido sostener y ayudar el levantamiento, por estar de acuerdo con los principios proclamados.

Estos desleales sacerdotes que fueron los causantes de la revolución, se vieron en breve despreciados por los mismos que les habían obedecido. Los lanzaban á las armas, y los abandonaban en el combate: les prometían recursos, y les cerraban sus bolsillos; y para hacer mas patente su hipocresía, felicitaban al rey, y condenaban la insurrección que ellos habían promovido. A la vista tenemos las declaraciones de los que fueron su instrumento; y no sabemos si desear mejor se hubieran destruido los documentos que acreditan tan torpe conducta, que poseerlos hoy para quitar la venda que ciega á muchos ilusos. Optamos decididamente por lo último: no son los abusos los que menoscaban las religiones: la profanación y el ultraje las eleva, así como ensalza el martirio á los santos varones.

XXI.

Nos acercamos al fin de la historia de la junta de Manresa, para ocuparnos de las operaciones militares, y de lo que acontecía en otros puntos.

Se ha puesto por alguno en duda la soberanía que se abrogaba la citada corporación, defendiendo que tenía por único objeto regularizar la insurrección, sin cuidarse de ejercer actos de gobierno; lo cual demostraría de un modo evidente su colisión con la autoridad real. Este hecho constituiría un crimen; le admitimos, y calificamos de criminal á la junta de Manresa; aunque prescindamos de que no pensara entonces en don Carlos. Vamos á copiar íntegro un documento impreso que tenemos á la vista, y él es la mejor contestación que podamos dar á los que niegan el poder que en todos los ramos ejerció la junta, y la mas palpable prueba de nuestro aserto. Dice así:

«La escelentísima junta superior de gobierno de este Principado, á consulta y en unión de las autoridades militares del ejército real ejecutor de los soberanos decretos, en sesión de este día ha resuelto se publique y circule la orden siguiente:

«Todos los señores gefes y oficiales de los ramos civiles y militares y de real hacienda, comprendidos

los que sirvieron al ejército real de operaciones de este Principado, durante la guerra contra la llamada Constitución, en cualquier parte que se hallen, que hasta el día no se hayan presentado á ofrecer sus servicios á esta junta superior, para hacer parte, y contribuir á favor de las banderas leales á S. M., deberán verificarlo por todo el presente mes de setiembre, para poder ser considerados acreedores á obtener sus empleos, y al disfrute de su sueldo; en el concepto, que sino lo ejecutasen dentro de dicho término, se les apercibe, que no tendrán derecho á ello, por mas que justificasen su decision y méritos contrarios; ni haber tenido noticia de esta orden, ó estar por algun motivo privados de comparecer, no menos que el haberse presentado á algun comandante ú otro gefe de las divisiones realistas, y en este caso solamente podrán acudir á la propia junta, para que les pueda atender si hubiese alguna vacante, y destinarles al empleo que la misma tenga á bien confiarles: sin perjuicio de tomar en uno y otro caso los correspondientes informes sobre si han desmerecido en su buena reputacion y decision, por la justa causa del rey y del altar.

«Todo lo que de orden de la misma escelentísima superior junta se hace notorio, y se manda su publicacion y fijacion en los parages públicos y acostumbrados donde se hallen las divisiones de dicho ejército realista, á fin de que nadie pueda alegar ignorancia.—Dado en Manresa á 23 de setiembre de 1827.—José Busons, comandante general, presidente.—D. D. José Corrons, vocal.—D. D. José Quinguer, vocal.—Fr. Francisco Vinader, vocal.—D. D. Magin Pallás, vocal.—Miguel Busecallá, vocal.»

«De acuerdo de S. E. la junta superior de la provincia de Cataluña.—D. D. Juan Bautista Comes, secretario.»

XXII.

Don José Clará, comandante de los realistas de Vich, se mostró en sus públicos sentimientos algun tanto mas moderado que sus correligionarios; y en su alocucion del 30 de agosto espone los justos agravios que sufrían los ultra-realistas; agravios de los que solo debia culpar á las circunstancias. Pero ya vimos que no eran estos la única causa que les impulsaba á tomar las armas.

El rey debia mostrarse inexorable, y están en su lugar las enérgicas providencias que adoptó. Mas por el pronto eran impotentes. Para combatir á mas de 30 batallones de voluntarios realistas, apenas contaba la mitad de la fuerza de tropa de linea, escasa caballería y artillería y el cuadro de suizos; teniendo que cubrir las plazas de Gerona, Tarragona, Tortosa, Lérida y los castillos de Cardona y Hostalrich.

Habíase generalizado la revolucion y faltaban tropas para contrarrestarla. Apurado el capitán general, se limitó por el pronto á asegurar las plazas de guerra, dotándolas con la indispensable guarnicion, y los viveres correspondientes.

En algunos puntos, una columna de 900 infantes y 113 caballos, al mando del brigadier Manso, contuvo con pequeñas operaciones el torrente de la revolucion; pero era esta fuerza la única que podia operar entonces, y esto servia para alentar á la rebelion que contaba con la impunidad de sus actos. La marcha del rey á Cataluña y las nuevas tropas que se destinaron al teatro de la guerra, fueron las primeras providencias que contribuyeron á ir cambiando el triste aspecto que presentaba el Principado.

Aquella situacion incalificable, pasó entonces por una de esas crisis que deciden el porvenir de un pueblo

A. P.

María Estuardo.

(Continuacion.)

Al ruido y á los gritos que se oían en palacio se armaron algunos habitantes, tocaron la campana de alarma, y se presentaron en número de seiscientos hombres á las puertas de Holyrood. El rey se presentó y dijo al preboste:

—No es nada, es que la reina y yo nos estamos divirtiendo.

—Con el beneplácito de vuestra gracia quisiéramos ver á la reina.

—¿No soy yo el rey? Retiraos con vuestra tropa: yo os lo mando. Entonces obedecieron.

Aquella señora joven, en vísperas de su alumbramiento, prisionera de los asesinos entre los cuales se hallaba su marido, los engaña, se les escapa, los sujeta y consigue atraerse á Darnley. En ocho días recobró su poder: á pesar de lo avanzado de su embarazo, montó á caballo, se refugió en Dunbar, lo arrostra todo, nombra atrevidamente en lugar de Riccio á su hermano José, dá á luz aquel miserable niño, verdadero hijo de Darnley, pobre de espíritu y rico de vicios como su padre, á quien se puso el nombre de Jacobo I, y volvió á ser reina de los escoceses, porque es necesario notar,

que el título de *reina de Escocia*, no la pertenecía á María: era *queen of scots* (de los habitantes, pero no de la tierra de Escocia) y las leyes del reino establecian entre estas denominaciones una distincion muy escrupulosa. Isabel perdió su trabajo y Darnley su crimen. Los agentes de la reina de Inglaterra, viendo frustradas sus esperanzas, divulgarán que Riccio, afortunado rival del rey, habia sido asesinado por él... *fecit scribere per suo secretario Cecil... che la causa di tutto era perche il re aveva trovato Ricciolo á dormire con la regina... che non su mai vero* (1). Hizo que su secretario Cecil escribiese, que la causa de todo fué el



Fernando VII.

que el rey encontró á Riccio durmiendo con la reina, lo cual no era cierto. Pero se iba preparando lentamente otra nueva tragedia, y era el asesinato del asesino Darnley.

Tres meses despues de la sangrienta escena, María á pesar de la explícita confesion de Ruthven, no podia creer que Darnley fuese culpable, ni imaginar siquiera que fuese capaz de formar el inicuo proyecto de asesinar á su secretario ante su misma vista. El por su parte negaba el hecho, y á todas las averiguaciones de María, el traidor joven respondia que era inocente, que Ruthven, car de Faudouside, y Morton eran los que habian tramado el crimen, y que él habia rechazado hasta el pensamiento. Viéndose aquellos denunciados, se irritaron, entregaron las pruebas de su complicidad á María Estuardo, y presentaron las actas de la liga (*bauds*) formada para deshacerse del italiano: la firma del rey, no dejaba la mas leve duda acerca de su participacion, no solo como cómplice, sino como promovedor. Perdonó al asesino, aborreció al cobarde: conoció quien era su esposo, traidor para con ella, para con los demas, para con su honor, infame, perjuro; y lloró amargamente, dice Melvil (2).

Cuando los señores que habian muerto á Riccio formaron nuevo compromiso jurando sobre los evangelios matar á Darnley, se presentó en la escena un nuevo personaje, Bothwell, lugar-teniente de las fronteras; tan feroz como Darnley era cobarde, hombre capaz de emprenderlo todo, y que era en extremo vicioso, pero no hipócrita. En los límites siempre ensangrentados de la Inglaterra y la Escocia, habian estallado algunas turbulencias, y María encargó á Bothwell que fuese á restablecer el orden. Desempeñó su comision con su valor acostumbrado, y en una lucha que sostuvo cuerpo á cuerpo con uno de los gefes, hirió á su adversario con la daga en un muslo, pero al mismo tiempo recibió un golpe de claimora, que le derribó bañado en sangre. Levantáronle y le llevaron á su castillo situado á seis leguas de Jedburgh, en cuya ciudad presidia á la sazón la reina los debates judiciales: allí supo el peligro que corria su intrépido y fiel servidor, y el 15 de octubre montó á caballo, y por caminos impracticables fué á verle; cuidó, consoló y reanimó al herido, y despues regresó á Jedburgh en donde cayó enferma. Buchanan, que ha disfundido á esta imprudente y desgraciada señora, atribuye á aquella visita un motivo que destruyen las cartas originales de Scrope á Cecil, y de sir Jhon Forsters al mismo. Ni uno ni otro creen que existiesen relacio-

(1) Avoisi di Scizia. Ms. de los archivos Mediceos, coleccion del principe Labanoff.
(2) 8 de octubre de 1568. Carta á Cecil.

nes amorosas entre María y Bothwell: ni imputan como Buchanan la enfermedad que estuvo á punto de hacerla sucumbir, á los escosos de una pasion desenfrenada; por el contrario, opinan, y todo parece probarlo, que entonces fué, cuando disgustada con el innoble marido que habia colocado en el trono, y comparándole con el moribundo guerrero que habia sabido defender su autoridad, tragó por la primer vez el veneno que acabó de perderla. Nada mas frecuente en la borrascosa historia cuyo secreto encierra el corazon de las mugeres, que esas revulsiones escosivas y esas transiciones repentinas, de un culto á una adoracion contraria, y de la admiracion de ciertas cualidades al entusiasmo por las cualidades y vicios opuestos. Bothwell, el bandido, el pirata, el hombre invencible que pasaba por mágico (tanto le temia el pueblo) se apoderó de aquella alma conmovida y engañada, que despreciaba las gracias y la debilidad de Darnley. Melvil afirma, que el asesinato de este, le concertaron la reina y Bothwell en aquella misma época. Scrope y Cecil menos rigurosos, pintan vivamente la agitacion, la turbacion, la dislaceracion del corazon (*heartbreak*), el pesar de haberse casado con Darnley, y todos los movimientos violentos que se observaban entonces en María. «Quisiera haberme muerto repetia con frecuencia.» El dolorador Du Croc que oyó aquellas exclamaciones dolorosas, no las atribuye á los padecimientos físicos, sino á los del alma.

Cuando se restableció, recobró su actividad y se unió intimamente á los enemigos de Darnley, Murray, Bothwell, Huntly, Argyle y Maitland, secretario de Estado, que eran precisamente los miembros de la liga formada contra su marido. En un consejo secreto que celebraron en Craigmillar, la propusieron el divorcio y el destierro de Darnley, á lo cual contestó con la vaga proposicion de que ella misma se retiraria á Francia. Entonces el secretario de Estado la dirigió estas notables palabras.

«Señora, aqui estamos reunidos los principales de vuestra nobleza y de vuestro reino, que seguramente encontraremos medio de desembarazaros de ese hombre (*to make your majesty quit of him*) sin perjudicar á vuestro hijo. En verdad que milord Murray que se halla presente no es menos escrupuloso como protestante, que vos como papista, y sin embargo, no me cabe duda, de que no se tapará los ojos por no ver lo que hagamos, y no dirá nada en contrario.»

Al oír esta proposicion embozada, pero fácil de comprender, que lo que querian era deshacerse de Darnley por medio del asesinato, respondió: «que valia mas dejar las cosas como estaban, y rogar á Dios que remediasse los males presentes, que no intentar nada que mas tarde podia convertirse en perjuicio suyo.» Pero esta negativa le pareció tan débil á Maitland, que replicó: «Dejadnos hacer esto, señora, y nosotros lo arreglaremos. Vuestra gracia no verá mas que muy buenos resultados, y el parlamento lo aprobará en seguida (1).»

El grado de culpabilidad de María, colocada entre su amado Bothwell y aquellos barones prontos á desembarazarla de un marido despreciado, se encuentra claramente indicado en esta conversacion cuya autenticidad no puede recusarse. María no cometió el asesinato, conocia el plan y le dejó ejecutar. Ya estaba advertida: las últimas palabras de Maitland probaban suficientemente, que á falta de su consentimiento formal, iban á encargarse del negocio. En efecto, apenas tuvo lugar aquella conversacion, cuando se firmó el compromiso ú obligacion, *band*, para el asesinato, redactado por sir James Balfour, personaje todavia mas repugnante que Bothwell, por este, Maitland, Huntly, Argyle y el mismo Balfour: cuyo documento se entregó á Bothwell. Los señores estaban tan persuadidos de que obraban con arreglo á las intenciones de María, que habiendo manifestado escrúpulos, Ormiston, uno de los instrumentos secundarios, Bothwell le dijo: «Vamos, pues, Ormiston, hace ya largo tiempo que se convino esto en Craigmillar entre los señores y la reina.»

A la existencia averiguada de este compromiso de muerte que confesó el mismo Ormiston en el cadalso, hay que añadir una circunstancia estraña, que Mr. Patrick Frasser Tytler ha sido el primero que ha traído al dominio de la historia. Uno de los italianos adictos á María, llamado Lutini, abandonó precipitadamente la Escocia y se refugió en Inglaterra, en el momento en que todos los aliados de María, y entre ellos José Riccio, hermano de David, y amigo de Lutini, se concertaban para matar á Darnley. La reina María, al saber su fuga, mandó perseguirle con tanta precipitacion é inquietud, que alarmó á los agentes ingleses de Isabel. «La reina María, escribia Drury á Cecil, pretendiendo que Lutini es un ladrón que se lleva mucho dinero, pero esto no es verosímil, y yo creo mas bien, que es poseedor de un secreto, que no quiere se divulgue (2).» La diplomacia no se engañaba. En los bolsillos de Lutini, registrado por las autoridades inglesas, se encontró una carta que despues de su fuga le dirigió su amigo Riccio, que existe original en los archivos de Inglaterra, con este sobre ó rótulo escrito por el ministro Cecil. «Carta de José Riccio servidor de la reina de los escoceses.»

En esta importante y singular carta, José dice á su amigo: «Se sospecha que habeis registrado indiscretamente los papeles de la reina, y nos miran á vos y á

(1) Colecciones manuscritas de Anderson. Tomo IV, página 192.
(2) 23 de enero de 1567. Drury á Cecil.

mi, como á unos traidores. Van á traeros aqui y á interrogaros. Tened cuidado con lo que respondeis, y seguid las instrucciones que os he dado.»—*Se voi dite come mando sarete sensato é io amora. La regina vi manda ci pigliare per parlar con voi: pigliate guardia á voi, che voi la conoscete, pigliate guardia che non s'aburri delle sue parole come voi sapete bene: é ni ha detteche vuoi parlare á voi in segreto. E pigliate guardia delli dire come vi ho scritto é non altramente.... Vi prego de non voler esser causa della mia morte....*» (1). Ibale, pues, en ello la vida: tratábase de un gran secreto. El delito de un extranjero, el inverosímil robo de algunos escudos, atribuido á un personaje que gozaba de alguna consideración en aquella corte, no explican de modo alguno la inquietud de María, la carta de Riccio, el terror de uno, la fuga del otro, y las recomendaciones tan repetidas de *pigliate guardia, pigliate guardia*, tened cuidado, tened cuidado. Si se supone, por el contrario, que José confesó á Lutini el complot del premeditado asesinato, que Lutini encontró entre los papeles de la reina algún documento importante capaz de comprometer á María Estuardo, y que se le llevó, todo se explica sin mucho trabajo. Este es además, el único medio de hacer inteligible aquella correspondencia. Isabel encargó á sus agentes que no permitiesen la estradición de Lutini, que hallándose seguro en Inglaterra, no reclamó su libertad.

Pero se prepara la gran catástrofe: Morton, á quien se quiso asociar á la conspiración, exigió una autorización escrita y firmada por la reina. Esta le mandó contestar, que no quería oír hablar de eso (2); respuesta extraordinariamente breve é insignificante, si se atiende á que lo que se solicitaba era el asesinato de su marido, y si se comparan aquellas ligeras palabras con los acontecimientos que las sucedieron.

Aquellos jóvenes tan brillantes y bulliciosos cuando en otro tiempo iban á la caza del alcon, se habían ultrajado mutuamente y mortalmente. Darnley abandonó, insultó y desafió á María. Sus queridas, sus crapulosas costumbres, su cobardía, su mala fé, y el asesinato de Riccio, justifican el odio de la reina. No podía colocar en sus cuarteles el blasón de Escocia, y el escudo de sus armas permanece vacío en el palacio y en la iglesia. Solo en Stirling, sin dinero, sin criados, enfermo, mientras su esposa llama á los señores, los convida á sus diversiones, y corre por los bosques al sonido de la trompa de caza, cae en una postración profunda. Pero todo cambia en un día. Después de dar un puntapié á Darnley como á la cosa más vil, después de haberle manifestado el desprecio más completo y merecido, después de haber criticado públicamente su mala conducta, su vulgaridad, sus costumbres, su nulidad, y de haberle tratado con frialdad y dureza durante una enfermedad mortal, fué repentinamente á verle á Glasgow el 22 de enero de 1567. Enrique la envía á decir que padece, la ruega que le escuse, y que sabe que está muy quejosa contra él: la evita porque la teme.

—¡Bah! contestó: ¿tiene miedo? pues contra el miedo no hay remedio.

Penetró violentamente en la alcoba de Darnley, comenzó por hablar con él de cosas indiferentes, y tocó por fin los asuntos que á ambos interesaban. Esta conversación, confiada por Enrique á Tomás Crawford, ha sido escrita íntegramente por este último, cuya declaración original se encuentra (3) en los archivos de Inglaterra.

—Señora, contestó Darnley; soy demasiado joven y puedo haberme engañado. Sabéis que tengo pocos amigos, y no dudo me perdonareis.

—Efectivamente: pero desconfiáis de mí. Sé vuestras sospechas actuales y vuestras quejas: ¿no habeis pensado en abandonar la Escocia? ¿no habeis descubierto un complot del que decís debeis ser víctima?

—Así me lo han dicho.

—¿Quién?

—Lord Minto asegura que os remitieron á Craigmillar una carta redactada según vuestras indicaciones, firmada por varios señores, que contenía mi sentencia de muerte, y os fué presentada para que la firmáseis. No, señora, jamás creeré que vos que sois mi propia carne y mi propia sangre, consentireis que se me haga ningún daño. En cuanto á los demás, si lo intentan, lo pagarán bien caro, á no ser que me sorprendan durmiendo.

—¿Teneis sospechas de alguien?

—De nadie: únicamente os ruego que me acompañéis, y no me dejéis solo como habeis hecho hasta aquí.

—Con mucho gusto. No os encontrais en disposición de viajar. He mandado venir una litera, en la que os conduciré á Craigmillar.

—Estoy pronto á acompañaros, pero con condición de que como antes, hemos de compartir nuestra mesa y nuestro lecho. (*At bed and board.*)

—Se hará como decís; pero ante todo es necesario que os cureis. Pienso haceros tomar las aguas de Craigmillar. No digais á nadie lo que ha pasado entre nosotros, por que podría infundir recelos á ciertos señores.

—¿Y que encontrarían en ello que censurar?

Despidióse la reina, y al punto Darnley fué á confiar aquella favorable mudanza, á Crawford, uno de los nobles favoritos de su padre.

—¿Qué pensáis?

—No me gusta todo eso, le contestó Crawford. Os trata como á un niño y á un prisionero. ¿Por qué no habíais de ir directamente á vuestro palacio de Edimburgo?

—Eso pienso yo también. No dejo de tener temor: mi única salvaguardia es su promesa. Pero iré con ella, aun cuando me lleve al sacrificio.

Crawford, sorprendido con aquella confianza, escribió en el mismo instante toda la conversación, y este papel existe en los archivos de Inglaterra. Uno de los historiadores más favorables á María, conviene en que no vé razón suficiente para poner en duda su autenticidad. Darnley la siguió, y le condujo á jornadas cortas á un antiguo edificio aislado, situado en un arrabal, lejos de toda casa habitada, cuyo edificio pertenecía al hermano de Balfour, que había redactado el *band* de asesinato. A espaldas de aquella estrecha y miserable mansión, se encontraban las ruinas del convento de dominicos ó frailes negros. Allí confinó al rey la misma María acompañada de Bothwell, que había llegado á ser su amigo íntimo y consejero: allí le colocó, interviniendo aun en los más leves pormenores de su servicio interior, prodigándole atenciones desusadas, y procurando probarle de mil maneras la sinceridad de su reconciliación. ¿Cómo aquella mujer tan impetuosa pasó con tanta rapidez del odio, el desprecio y el desvío á una ternura tan estremada? ¿Se compadecía acaso de aquel joven idiota, cuya frente había ceñido con una brillante corona, cuyo espíritu débil había embriagado, y cuya debilidad y pobreza morales se habían aniquilado entre los abrazos de un amor y una hermosa tibia tan peligrosa? ¿Quería con su vuelta y su presencia librar del puñal á aquel ser tímido? ¿Quién nos lo dirá? ¿Quién puede revelar en el día la última palabra y el último abismo de aquel corazón femenino? Las cartas francesas de María á Bothwell, impresas por Buchanan, y cuyos originales se pretende que inutilizó Jacobo I, son por ventura verdaderas? Jamás la pasión ha impulsado al crimen á una mujer más obcecada. Aun cuando fuesen apócrifas habría razón para preguntar porque estraña necesidad María conducía á Darnley, no á palacio ó á una casa de campo, sino á un edificio desconocido, en un sitio aislado, y entre los parientes de su mortal enemigo, en vez de rodearle de guardias en Edimburgo.

La prudencia y los temores de Darnley se adormecían con las seductorías caricias de la reina. El 9 de febrero debía asistir María á un baile de máscaras (*mask*) que daba ella misma en celebridad de las bodas de un individuo de su servidumbre. Pasó todo el día al lado de su joven esposo, y estaba con él en su habitación, cuando Hay de Tallo, Hephurn de Bolton, y algunos otros afiliados de Bothwell, bandidos á quienes el llamaba «sus ovejas» y que constituían su guardia, habiéndose proporcionado las llaves de la casa, penetraron en la pieza que se hallaba debajo de la del rey, introdujeron en ella muchos sacos de pólvora, prepararon una mecha que debía arder lentamente y comunicar el fuego á la materia inflamable, y después se retiraron. María abrazó á su marido, salió para dirigirse al baile, y él se metió en su alcoba. Estaba triste, y las protestas de su esposa no pudieron disipar su melancolía. A sus hábitos de disolución había sucedido una devoción tímida: al tiempo de acostarse cantaba con voz doliente el salmo cincuenta y cinco. Su page Taylor se había dormido junto á él: un ruido de llaves despertó al desgraciado Enrique, cubre sus desnudos hombros con su capote con pieles, y baja la escalera. Encuétranle los asesinos, y le ahogan, como también al page que le seguía. Sus cadáveres fueron llevados á un huerto, y dejados allí. Sin embargo, Bothwell salió del baile á media noche, y despojándose de su brillante trage, fué á reunirse con los asesinos. En cuanto llegó, encendieron la mecha que fué consumiéndose lentamente, y que determinó por fin la explosión, que despertó á los dormidos habitantes de la ciudad con su horroroso estruendo. Las ruinas de la casa cubrían ya todo el terreno inmediato á ella, cuando Bothwell entró en su habitación, se acostó, y apareó hallarse sumido en un profundo y tranquilo sueño. Al oír la voz del criado que le anunciaba la catástrofe, saltó precipitadamente de su lecho, gritando: ¡traición!.... (1). Tales son los verdaderos pormenores de aquella noche trágica, pormenores justificados por las declaraciones de Powrie, Dalgleish, Hay de Tallo y Hephurn, por las cartas manuscritas de Drury á Cecil (2), y por la relación manuscrita de Moret, embajador de Saboya. (3).

La reina se encerró en su cuarto al saber aquella terrible noticia, pero en vez de perseguir con actividad á los culpables que la voz pública y los carteles fijados en las esquinas denunciaban claramente, procedió con tantas dilaciones y se manifestó tan poco dispuesta á castigar el crimen, que su complicidad y connivencia en él llegaron á ser notorias á todos. Bothwell, triunfante é impune de su asesinato, recorría las calles á caballo, armado de pies á cabeza, seguido de otros cincuenta hombres armados, con la mano sobre su puñal, y decía á cuantos encontraba: «Como sepa el nombre de uno de esos que fijan carteles, pronto lavaré mis manos en su sangre (4).» Uno de los carteles

decía estas palabras: «*Farewell, gentyll Henry, and vengeance to Mary.* Adios, apacible Enrique, y venganza contra María.» La reina iba á caballo por la plaza del mercado, y las mugeres la rodearon gritando: «Dios salve á vuestra gracia si no ha tenido parte en el asesinato del rey, (if you be sakeless) (1).» El padre de Enrique pidió se le entregase el proceso, y acusó á Bothwell de asesinato. Por las calles se oían á media noche voces amenazadoras pidiendo justicia. Isabel envió á la reina á su servidor Lutini, que hizo fuese examinado por Bothwell, y que en vez de castigo recibió una gratificación pecuniaria. Confióse el gobierno á Bothwell, que quince días después del asesinato estaba constantemente con la reina. La corte residía en Seton y volvió á sus acostumbradas diversiones. Preparóse un juego de ballesta y Bothwell y la reina apuestan una comida contra Seton y Huntley que pierden estos. Pagan la partida, y se celebra la comida con canciones y música. Knox emprende entonces la fuga, lo cual produce una sensación profunda en los ánimos. Hasta los mismos Guisais y Catalina de Médicis, vituperan no el asesinato, sino el modo de conducirse después de cometido. De Inglaterra, Italia y Francia escriben á María que aquel crimen es execrable, que no debe detenerse un momento en castigarle, que la Europa está horrorizada de aquel asesinato premeditado, y que tiene fija la vista en ella. Embriagada con su amor á Bothwell, amor que desde aquel momento no es desconocido á nadie, le colma de favores, al mismo tiempo que le entrega á un tribunal para formar una farsa, una especie de juicio que á ninguno podía engañar. «Rebelaos y vengaos!» grita Juan Knox á los ciudadanos desde su púlpito, antes de fugarse y de retirarse á los bosques. No he tomado todos estos pormenores de Buchanan, Knox, de los calvinistas, de los difamadores de la reina, ni de las cartas estraidas de la fatal cajita; cartas argüidas de falsas por los defensores de María, aunque jamás las ha recusado durante los diez y ocho años de su prision y su proceso. Los he sacado de la correspondencia de sus amigos y servidores. La maldición universal y el anatema del país se elevaban contra aquel lento disimulo, aquella mezcla de adulterio y asesinato, aquel crimen del Mediodía preparado y ejecutado con suma destreza, y que vengaba el crimen brutal del Norte, el asesinato de Riccio. Empero mas de una mancha de sangre y de perfidia, marcará todavía la lucha de las dos civilizaciones, antes que la cabeza de María separada de su cuello por la cortante cuchilla, anuncie la derrota del catolicismo en Escocia.

En una nocturna y secreta entrevista con Alar, gobernador del castillo de Edimburgo, le devolvió sus tierras, que estaban confiscadas, en cambio de aquel gobierno que dió á Bothwell. Blackness, Inch, y el dominio ó autoridad de Leith, cayeron también en sus manos. Murray pidió permiso para salir del reino. Vió por fin á que estremidad la reducía su pasión, y derramó copioso llanto: ajóse su belleza (2) hundieron sus mejillas, mandó celebrar una solemne misa de réquiem por el alma de Darnley, y asistió á ella temblando. Por último, ocupada la ciudad por las tropas de Bothwell, que había colocado cuatro mil hombres, y en el patio del tribunal de justicia doscientos arcabuceros con mechas encendidas, se dirigió á este último punto montado en un hermoso caballo de guerra que María acababa de regalarle, y completamente armado. El pueblo reconoció con horror que aquel excelente corcel había pertenecido á Darnley. Desde un balcón de palacio, María Estuardo y María Fleming, le hicieron para animarle una amistosa seña, que no se escapó á la perspicacia del embajador francés Du Croc, y sus criados. Todo se hallaba dispuesto de antemano: cuando Lennox, padre de Darnley se presentó en las puertas de la ciudad, con algunos hombres armados, se le contestó que solo se le permitiría entrar con seis hombres (3). Entonces retrocedió, y no presentándose quien acusase á Bothwell, fué absuelto por unanimidad, por un jurado atemorizado: el enviado de Isabel, el preboste mariscal de Berwick, encargado de una carta de aquella reina en que instaba á María para que hiciese justicia, y se sincerase, no consiguió se le diese audiencia: se le trató de inglés miserable, y se le despidió con las mayores injurias. Aislada de todos sus súbditos por una serie de actos tan imprudentes como culpables. María reemplazó con una compañía de arcabuceros, á los ciudadanos y magistrados con trage negro, y largas albardas, que la servían de guardias de corps (4) hizo que el parlamento confirmase la sentencia del jurado; nombró á Bothwell custodio y portador de la corona y del cetro, cuando iba á los comunes, hizo á los protestantes concesiones importantes, con la esperanza de vencer la repugnancia y atraerse las voluntades que se había enagenado; cerró los oídos á las reclamaciones de los embajadores de Francia, y al ronco y furibundo clamor de los pueblos; confirió á Bothwell muchos señorios, castillos y principados, y de este modo se quedó sola con su pasión satisfecha, con aquel íncubo juicio, y la evidente certeza de la ruina que la amenazaba.

Sería necesario un volumen para analizar los curiosos hechos que contienen los manuscritos de aquella época, y las cartas debidas á plumas contemporáneas; materiales que se acumulan en un corto espacio de

(1) Archivos de Inglaterra. Drury á Cecil, 18 de abril de 1567.

(2) 12 de febrero de 1567.

(3) Colección del príncipe Labanoff, manuscrito sacado de los archivos de los Médicis.

(4) Drury á Cecil, 29 de febrero de 1567.

(1) Drury á Cecil, 28 de febrero de 1567.

(2) Archivos de Inglaterra. Drury á Cecil 29 de marzo de 1567.

(3) Forster á Cecil, 13 de abril de 1567.

(4) Drury á Cecil, 10 de abril de 1567.

tiempo, y que nos presentan á María entregada á la pasión mas ciega, y la imperiosa alucinación que no deja lugar ni al raciocinio ni al temor.

El 19 de abril se vió á una compañía de arcabuceros cercar la taberna de Ansley en Edimburgo, en donde estaban reunidos los principales nobles que Bothwell había convidado á cenar. Bebieron todos hasta la media noche, y entonces, levantándose Bothwell, y sacando del bolsillo una autorización firmada por la reina la leyó, y despues una acta ú obligacion (*band*) que contenia la promesa de sostenerle y ayudarle en su proyectado casamiento con María Estuardo. Exigió la firma de todos aquellos señores, y solo uno, lord Eglinton, pudo evadirse por una ventana (1). Los demás ó sobornados ó asustados firmaron el *band*. La audacia y el buen éxito de Bothwell todo lo arrebataron. Mas sin embargo, Isabel tenia noticia de todos los sucesos dia por dia, y aun de algunos con anticipación, bien por medio de sus agentes, ya tambien por los señores que tenia asalariados. Así es, que al siguiente dia de la cena, Grange, uno de los personajes de mas consideración de Escocia, revelaba al duque de Bedford, lo que acababa de pasar: (2). «La reina está loca, y los nobles esclavizados: la deshonra impera ahora en la corte. ¡Quiera Dios librarnos de ella! La reina se casará bien pronto con Bothwell: su pasión por él es vergonzosa. Poco me importa, decia ya, perder por él á Francia, Escocia ó Inglaterra. Antes que abandonarle, iré con el zagalejo al cabo del mundo.» Otra carta anónima que todavía existe y fué escrita el 24 de abril á media noche, por un espía de Isabel, la comunica las siguientes revelaciones: «Bothwell y su muger van á divorciarse. Bothwell ha reunido algunos amigos suyos, y cuenta poder robar á la reina hoy jueves, y llevársela á Dunbar. Juzgad si será con sentimiento suyo ó no. El viernes ó sábado sabreis mas, si os agrada que siga comunicándoos mis noticias. A media noche (3).»

El espía estaba muy bien informado. Bothwell con ochocientas lanzas encontró á María y su acompañamiento á dos leguas de Edimburgo, en el puente de Almond, y despues de un simulacro de combate, y de violencia, la condujo á su palacio de Dunbar. «No temais nada, decia un partidario de Bothwell á Melvil, que había sido hecho prisionero con ella: todo esto se ejecuta con consentimiento de la reina» (4). «La reina, escribia Grange á Bedford, no se detendrá hasta que no haya acabado de destruir cuanto en este pais hay moral y honrado. Se la ha persuadido que se deje arrebatar por Bothwell para consumir cuanto antes su matrimonio. Esto era ya cosa concertada entre ambos, antes del asesinato de Darnley, de que fué instigadora, y su amante ejecutor. Muchos desean vengar aquel asesinato, pero temen á vuestra reina Isabel. Se me ruega que me encargue de la venganza, y de dos, ó la vengaré ó abandonaré el pais: Bothwell está resuelto á deshacerse de mí si puede: María ha puesto á su hijo (Jacobo I) en manos del asesino de su padre. Os suplico me manifestéis las intenciones de vuestra soberana. Me apoyaria con mucho mas gusto en la Inglaterra, pero si acudimos á la Francia, creo que encontraremos acogida en ella (5).»

En dos dias se pronunció la separación. Despues de habitar algun tiempo en el palacio de Bothwell, la reina montó á caballo y se trasladó con él á Edimburgo. En la puerta de la ciudad, los soldados arrojaron sus lanzas para librarse de la acusación de alta traición. Bothwell se apeó de su caballo, tomó de la brida el palafren de la reina, y la condujo de este modo hasta la ciudadela, mientras que una salva de artillería saludaba aquella entrada triunfal, notable por la afectada humildad del vencedor, y la fingida obediencia de la reina.

(Se continuará.)

SEMANA JUDICIAL.

Causa contra Antonio Perez,

MINISTRO DE FELIPE II.

(Continuación.)

El rey había recibido una esposición de Antonio Enriquez, en Lérida, ofreciendo declarar cuanto sabia del asesinato de Escovedo si se le enviaba un salvo-conducto. No el interés, era la venganza el móvil de su delación, pues sospechaba que Antonio Perez había hecho atosigar á un hermano suyo. Otra recibió del capitán don Pedro Quintana, sobrino de Escovedo, que siempre tras el delito, había encontrado al alférez Enriquez en Zaragoza, y se comprometia á probarle. A principios de 1583 fué Felipe á las cortes de Monzon. El presidente del consejo de Hacienda Rodrigo Vazquez, tomó á Antonio Enriquez, en 30 de ju-

lio, la declaración que ofreció. Todo lo refirió como presencial menudamente y fué causa de otras declaraciones, en virtud de las que fué preso Diego Martinez, mayordomo de Antonio Perez.

A todo esto conservaba Perez la correspondencia del rey: conviniendo á este arrancársela, se exigieron á la muger de Perez por el confesor del rey, y el conde de Barajas, presidente del consejo de Castilla los papeles de su esposo. Vanas las súplicas y promesas, vanas tambien las amenazas y su ejecución, Perez escribió con su sangre á doña Juana Coello entregase dos arcas de papeles importantes. Hizolo así, y quedó libre, y sus hijos, reservándose secretamente los de mas importancia que tanto le sirvieron en Zaragoza.

Algo se ablandó el rey y se templó la prisión, que se concluyó dándole en Madrid una casa por cárcel, donde era visitado por la grandeza, el cuerpo diplomático, y los mas altos dignatarios. Con licencia del rey salió á los oficios divinos de Semana Santa. Inquieto Perez con la prisión de su mayordomo, escribió al rey estensamente. Ni en la declaración, confesion y careo con Enriquez descubrió Martinez nada. Esto era en 4 de enero de 1589, y en 30 de julio se tomó confesion á Antonio Perez. Fué de nueve interrogado en 15 de agosto: se le dió el 23 traslado, registróse y aseguró la casa, se le presentaron las cartas que había escrito al rey entregadas por este á Rodrigo Vazquez, las que no reconoció. El 31 de agosto presentó su defensa, que se comunicó á Pedro Escovedo. Así se comprometia á este, que en efecto se querelló el 12 de setiembre, y á pocos dias fué trasladado Perez á la fortaleza de Pinto.

No tardaron muchos sin que el rey mandase su vuelta, dos meses y medio retardada por la oposición de sus enemigos, trayéndole á una casa principal. Felipe II vacilaba; tan pronto dejaba libre la acción de la justicia, como templaba personalmente su rigor. Nunca estuvo tan indeciso. De continuo su confesor daba á Perez las mayores seguridades de su afecto, inspirándole confianza del mejor éxito. Preguntando el señor de Coca la causa de tan frecuentes mudanzas «¿Qué queréis que os diga? le repuso el juez Rodrigo Vazquez, unas veces me da prisa el rey, y me alarga la mano; otras espacio y me la encoge: no lo entiendo, ni alcanzo los misterios y las prendas que hay entre rey y vasallo.»

El anciano Vazquez y el confesor, eran los principales enemigos de Perez. Resentido el primero de mucho atrás, creia el segundo que Felipe no había ordenado ni tenia antecedente de la muerte de Escovedo, y en todo caso queria complacer al monarca.

Robusta fué la prueba de Perez; seis testigos respetables declararon contestemente sobre su ausencia en Alcalá, cuando fué muerto Escovedo, y dias antes; sobre lo sospechoso del empeño de Enriquez, que se declaró cómplice, y era íntimo ahora de los Escovedos. Cuantas cartas escribia Perez al rey haciéndole ver los conflictos que podrian sobrevenir si se le forzaba á decir la verdad, se unieron sin contestación á la causa. Así las cosas, recibió del confesor la siguiente, que le dirigió de orden de su augusto penitente. «Habiendo entendido los grandes trabajos de vuesa merced y de su casa tanto tiempo há, he andado pensando conmigo si era bien, por lo que la caridad pide, dar consejo á quien no le pide. En fin, me he resuelto en hacerlo, y así le digo que pues vuesa merced en realidad de verdad tiene escusa perentoria en este hecho cuando se venga á saber, que vuesa merced debería de confesar de plano lo que se le pide, y con esto se quitar á mi juicio de todos los trabajos que tiene, pues el fundamento de todos ellos es y ha sido esto; y cada uno responda por sí.» Consultó Perez con el cardenal, y respondió al confesor que ni su conciencia le permitia condenarse en caso tan grave, sin probanza de valor, y alcanzando á sus hijos las resultas, ni por su afecto al rey podía prestar la comprometida declaración á que se le escitaba, cuando le había prometido solemnemente, y á su ruego, no mezclar su augusto nombre en esta causa, pareciéndole lo mejor transigir con Escovedo. Insistió el confesor aconsejándole que, sin esponer las causas políticas que motivaron la muerte, manifestase haberla ordenado el monarca en uso de sus facultades, y aprobando la idea del convenio. Receloso Perez de ser entregado inerme si declaraba, entró en tratos con Escovedo, escapándose á su penetración el interés que tenia el rey en cortar un negocio en que podian descubrirse graves secretos de estado.

Sabedor Vazquez de las negociaciones comenzadas, por desvirtuarlas, preparó otra información de oficio sobre las relaciones de la princesa de Eboli, que comenzó en 11 de setiembre. Tres servidores de la casa de esta declararon sobre sus escándalos con Antonio Perez, y les atribuian la muerte de Escovedo, cuyo hijo accedió, por veinte mil ducados que recibió de orden del rey, faltar de ellos Perez, á perdonarle. Presentada la escritura de apartamiento, y ratificado, á punto estaba el procesado de recobrar su libertad, cuando el implacable Vazquez, prestando haber revelado Perez que la muerte de Escovedo había sido ejecutada de real orden, obtuvo del rey una carta autorizando á su perseguido secretario para declarar toda la verdad en el asunto. Pudo así dictar aquel juez parcial el auto de continuar el juicio para investigar si las causas que dieron lugar á la muerte de Escovedo, y que Antonio Perez dió al rey por ciertas, lo eran realmente. Dice así el auto: «Habiendo hecho al rey N. S. relación de que parecia ser Antonio Perez el autor de la muerte del secretario Escovedo con

voluntad y consentimiento de S. M., y que era conveniente obrase este consentimiento en el proceso para descargo de Antonio Perez, y poder, conforme á esto, absolverle como era justo; y que asimismo seria necesario se mostrasen las causas para que no se ofenda en un punto la reputación de S. M., convino el rey en que así se hiciese. En consecuencia manda su señoría que Antonio Perez muestre las dichas causas y la averiguación y probanzas que haya de ellas.»

Providencia tan inesperada, tan repugnante intriga, pareció á todos el colmo de la injusticia. Despues de doce años, ocupados sus papeles, fallecidas ó ausentes muchas personas de que habria podido valerse un dia, no era posible su defensa. De nada sirvió que el arzobispo de Toledo se indispusiese con el confesor del rey, de nada la intercesión del nuncio con Vazquez. Rigorosamente incomunicado, y sin efecto la notificación que se le hizo, el 11 de enero se le presentó Vazquez con la carta del rey, que dice así:

«Presidente: Podeis decir á Antonio Perez de mi parte, y si fuese necesario enseñarle este papel, que él sabe muy bien la noticia que yo tengo de haber hecho matar á Escovedo, y las causas que me dió para ello habia; y porque á mi satisfacción y á mi conciencia conviene saber si estas causas fueron ó no bastantes, ya yo le mando que os las diga y dé particular razon de ellas, y os muestre y haga verdad lo que á mí me dijo que vos sabeis, porque yo os lo he dicho particularmente: para que habiendo yo entendido lo que assi os dijere y razon os diere de ello, mande ver lo que en todo convenga. En Madrid á 4 de enero de 1590.—Yo el rey.»

Vacilaba, pero al ver la alegría de Vazquez, respondió sereno y respetuoso refiriéndose á cuanto tenia dicho, sin que supiese de la muerte mas de lo que todos sabian, sin parte en ella; y recusó en forma á Vazquez. Acompañado, seis veces fué Perez requerido en distintos dias para declarar como el rey deseaba. En vano le pusieron despues dos grillos y una cadena, en vano le amonestaron tres veces á pocos dias; siempre contestaba respetando la régia voluntad y persistiendo en su resolución. Apercibido de tormento, dijo sereno que era hijo-dalgo, protestando la lesión. Prevenido de nuevo, no respondió, y le desnudó el verdugo, y se acercó Vazquez á hacerle la última intimación.

Era de ver, diremos con el ilustrado autor de los estudios históricos de Antonio Perez, en el oscuro recinto del calabozo, entre los aparejos del tormento, y al frente el verdugo inclinado sobre la escalera, la última reunión de dos ambiciosos y rivales cortesanos. Tocando el uno la losa del sepulcro, caida sobre el pecho su calva cabeza, encorvado el cuerpo por la edad, y el alma devorada por la envidia, aproximábase á interrogar con voz trémula á su enemigo desarmado. En la madurez de la vida, fuerte el otro de corazón, levantaba su frente orgullosa, midiendo y despreciando con altivas miradas las miserias de su adversario. Sin sentir en aquel momento solemne ni remordimientos ni ambición, su lívido semblante retrataba su sed de venganza, el desden tranquilo de un hombre aislado en el mundo. El presidente tartamudeó su intimación; el secretario de Estado repitió con entereza su negativa. Cruzóle el verdugo los brazos y le dió hasta seis vueltas de cordel. Acompañaban á los alaridos del paciente sus protestas de morir antes que confesar por fuerza. Suspéndese el tormento para un nuevo requerimiento, y se sujeta de nuevo á él á pesar de su estado lastimero. A poco no pudomas: sacáronle del potro, y declararon las causas políticas que habían producido la muerte de Escovedo. Ratificóse el 23 de febrero, añadiendo haberse negado antes por las órdenes que le diera el rey para guardar el secreto. Se le pidió probase sus asertos, y citó sus papeles ocupados, disculpándose con la ausencia y falta de testigos, y con lo reservado de estas materias. Enfermo gravemente á consecuencia del tormento, estuvo por mucho tiempo imposibilitado de los brazos, y de la asistencia de su muger, á quien se alzó el arresto para visitarle. El público llevó muy á mal el tormento. Dos incidentes ocurrieron á poco muy dignos de la curiosidad de nuestros lectores. La desolada esposa del infeliz prisionero aguardó en Santo Domingo el Real al confesor del soberano, hallóle junto al altar mayor, y allí le recordó ferviente y sumiso sus ofertas. Sordo á su ruego y á su llanto Fr. Diego de Chaves, espuesto el Santísimo, volvióse á él don Juan de Coello. «Dios mio, dijo con acento aterrado, tú que todo lo ves, que todo lo oyes, yo te llamo por testigo contra este hombre, yo te pido justicia de mi agravio.» Desencajado y sobrecogido con este apóstrofe, levantóse trémulo el fraile, llamó á voces á los criados de doña Juana, y á las religiosas, hermanas sobrinas algunas de la querellante, y dándola allí la razon, protestó haber aconsejado al rey despachase su dilación los negocios de Antonio Perez, y que á ello decidiria en la primer confesion. «¿Qué mas puedo hacer, señora? añadió.—Mas podeis hacer, contestó con energía doña Juana, no absolverle, é iros á vuestra celda, que mas cerca estareis del cielo en ella que donde de estais. Juez supremo sois en el lugar de confesor, yo la agraviada, reo el rey. Mayor sois vos allí: así lo rezais.» Confundido quedó el hipócrita, y descontento.

Varias veces se presentó á Vazquez Gregoria Perez, hija mayor de Antonio. Engañada su credulidad inocente, fué un dia seguida de sus tíos y hermanos. Aunque desencajado su semblante, entró con paso firme, trajo á plaza sus promesas, le felicitó por su heroica hazaña de engañar á una jóven doncella: acercán y quiere esta san y nuestra pierda e llenos a te del C duvo m en la pa elocuen Ya p do de tentos pudo al 18 de al dando á con su r y compa haciendo Libre de Calatayu A pe Perez, su posta su to su pr estracción ticas. Er cardenal manifest cuallquie chó á Za gonés el plicar est del pais. Const reconqui currió co de moná los súbd deres. Pó cortes la que quel prerrogas las arma entrasen tra su mi entrasen. Pront sion: exe La union miento d preponde las conq de Villal opresora Cedid antigua sociedad, poderosa modarse que intacta iba ella r casi todas de la mas el reyen l Aragon en dad, siqu inamovibi Aragon, c aragoneses real, si se soberano. daba inhi se reducia Antonio P cargo de Calatayud goza. El rey al estrang recibió co justicia, y rancar de ces respet Una ov tado por y popular infundir e zando su naturaliza no, reduc enseñaba Pero v fuga de P placer de sitado p muger é nios. Al in graves: muerte p trólogo á (1) Agu tendiente aprobaria todo se av hiriéndose ro de pode tar. Y po

(1) Carta de los comisionados de Isabel á la reina, 11 de octubre de 1569. Memorias de Anderson, tomo IV, página 69, Museo británico.

(2) 29 de abril de 1567. Carta manuscrita.

(3) Archivos de Inglaterra.

(4) Memorias de Melvil, página 89.

(5) La copia de esta carta esta sacada de los archivos de Inglaterra.

acercándole sus hermanitos: «Si teneis sed de sangre, y quereis con ella remozaros, le dijo, aquí os traigo esta sangre inocente. Todos venimos á esto. Bébala vuestra señoría. Hátese de ella de una vez, aunque pierda el gusto de la detencion. Acabe, y acabemos. Hémos aquí.» Habitado á otro lenguaje, el presidente del Consejo perdió su serenidad, y temblando, anduvo maquinalmente, y tuvo precision de apoyarse en la pared. Tal alteró su impura conciencia el acento elocuente de una niña.

Ya pudo ver Perez el fin que le aguardaba, cercano de procesos particulares, á que muchos descontentos se animaron, y resolvió fugarse á Aragon. Asi pudo al fin ejecutarlo en la noche del Miércoles Santo, 18 de abril, con los vestidos de su muger, recomendando á sus guardas con fingido tono no despertasen con su ruido al enfermo. Acompañado de su pariente y compatriota Gil de Mesa, toparon con la justicia, y haciendo Perez de criado, habló Gil con los alguaciles. Libre de tan intempestivo encuentro, pronto le vió Calatayud.

A pesar de la diligencia empleada para alcanzar á Perez, supo evitarlo cansando tras él los caballos de posta su secretario particular. Aguardó en un convento su prision, y allí quedó, habiéndose resistido á su estraccion violenta el pueblo y autoridades eclesiásticas. En 24 de abril, escribió al rey, al confesor, al cardenal, con copia á estos de la carta para S. M., manifestando su deseo de acabar tranquilo sus dias en cualquier rincón de aquel reino. Y á la vez despachó á Zaragoza á Gil de Mesa, reclamando como aragonés el privilegio de la Manifestacion. Antes de explicar este privilegio, diremos algo sobre los fueros del país.

Constituido en reino independiente despues de la reconquista, sus instituciones, á que su santidad concurrió como árbitro, tenían mas de republicanas que de monárquicas. El peligro común, y la buena fé de los súbditos, tuvo hermanados mucho tiempo los poderes. Posteriormente el rey don Pedro obtuvo de las cortes la derogacion del derecho de quitar al rey que quebrantase los fueros y poner otro, por otras prerrogativas, entre ellas la de que pudiesen tomar las armas contra cualesquier fuerzas estrangeras que entrasen en su reino en ofensa suya, aunque sea contra su mismo rey y príncipe heredero, si en tal forma entrasen. (1)

Pronto conocieron las cortes el valor de su concesion: exento el trono de temores, comenzó á dominar. La union de Fernando V con Isabel I, y el descubrimiento de otro mundo, dieron al principio monárquico preponderancia escesaiva, mas y mas aumentada con las conquistas de Carlos I, y Felipe II, con la victoria de Villalar, y la opresion de la nobleza que decayó por opresora sin disgusto del pueblo.

Cedido habia á la fuerza de las circunstancias la antigua constitucion aragonesa. Representando otra sociedad, otras ideas, otras costumbres; admirable y poderosa en sus primitivos tiempos, mal podia acomodarse á estraños y aun contrarios elementos. Aunque intacta en su letra, mudado todo, desusándose iba ella misma. Pero si ya pertenecian á la historia casi todas las inmunidades, una se conservaba todavía de la mas alta importancia. Otra autoridad estaba sobre el rey en los asuntos contenciosos. El justicia mayor de Aragon era el defensor de los fueros contra toda autoridad, si quiera fuese la del monarca. Arbitro supremo é inamovible de todas las diferencias entre el rey y los de Aragon, era su sentencia inapelable. En pleitos de aragoneses en su territorio, nula era la jurisdiccion real, si se acudia al justicia, ante quien era parte el soberano. «Fulano de tal se manifiesta» y sin mas, quedaba inhibida de conocer su autoridad real. A esto se reducía el privilegio de la manifestacion que invocó Antonio Perez. En la consecuencia, el justicia se hizo cargo de su persona, y le trasladó, no sin conmoverse Calatayud, á la cárcel de la Manifestacion en Zaragoza.

El rey, satisfecho de que Perez no hubiese llevado al extranjero los secretos políticos de que era poseedor, recibió con desagrado la noticia de la intervencion del justicia, y tal vez concibió el execrable proyecto de arrancar de raíz las libertades de Aragon, hasta entonces respetadas.

Una ovacion continua fué la prision de Perez: visitado por todos, universal fué en Aragon la simpatía y popularidad que se atrajo, y el entusiasmo que supo infundir en el esforzado pecho de sus paisanos, ensalzando su sábia legislacion que no arrancaba á la débil naturaleza del hombre la confesion que placía al tirano, reduciéndole al triste estado en que él se veía; y enseñaba sus brazos descoyuntados.

Pero volvamos á la causa. Al dia siguiente de la fuga de Perez, el rencoroso Vazquez tuvo el bárbaro placer de conducir á la cárcel pública con rigor inusitado por entre la procesion del Viernes Santo á la muger é hijos del procesado, sin exceptuar los pequeños. Al incidente de la evasion se agregaron dos mas graves: Bartolomé de la Hiera atribuyó á Perez la muerte por veneno de don Pedro, hermano suyo, astrólogo á que consultaba el secretario de Felipe. Andrés

Margado le acusó de igual crimen en Rodrigo, hermano suyo, caballero de Perez, confidente y portador de la correspondencia de este con la princesa mientras estuvo preso. Cierta es fué detenido el clérigo astrólogo, y tal vez con el fin de que hiciese revelaciones; cierto tambien que una señora apoyó la querrela del hermano, pero á pesar de todo seria infundado calificar una y otra.

Acumuladas todas las piezas, envióse para su prosecucion en Zaragoza testimonio literal de las mismas, dictándose sin embargo en 10 de junio de 1590 la sentencia del tenor siguiente: «En la villa de Madrid, corte de la magestad del rey N. S. D. Felipe II (Q. D. G.) Vistas por los señores Rodrigo Vazquez de Arce, presidente del consejo de Hacienda, y el licenciado Juan Gomez, del consejo y cámara de S. M., el proceso y causa de Antonio Perez, secretario que fué de S. M. dijeron: que por cuanto la culpa de todo ello resulta contra el dicho Antonio Perez, le debian condenar en pena de muerte natural de horca, y que primero sea arrastrado por las calles públicas en la forma acostumbrada; y despues de muerto, sea cortada la cabeza con un cuchillo de hierro y acero, y sea puesta en lugar público y alto, el que pareciere á dichos jueces; y de allí nadie sea osado á quitarla, pena de muerte, condenándole en perdimiento de todos sus bienes con aplicacion á la cámara y fisco de S. M. y en las costas personales y procesales que por su causa se hayan hecho. Asi lo proveyeron, mandaron y firmaron de sus nombres.»

A pesar de las cartas que desde Calatayud escribió Perez, y de las de 1.º y 7 de mayo, al rey aquella, y esta al confesor, Felipe II envió poderes al orgulloso marqués de Almenara, procurador régio en Aragon, para seguir ante el justicia las causas contra Perez.

De nuevo instó este al confesor en 10 de mayo, y sin respuesta como las anteriores, y acercándose el momento de defenderse, suplicó al rey en 10 de junio no le obligase á ello revelando secretos que le hubieran de pesar, y de que seguía en posesion sin embargo de la ocupacion de sus papeles por la reserva que hizo oportunamente de los principales; en prueba de lo cual, y apurando todavía consideraciones que mas debieran pesar en el ánimo soberano, enviaba al prior de Gotor, con instrucciones, y vista de los documentos que citaba, ó copiaba.

Tan bien recibido por el rey, como mal por el confesor, nada consiguió el ilustrado sacerdote, negando Fr. Diego tuviese Perez papel alguno; y al espirar el término presentó Perez su defensa. Acompañó á ella porcion de escritos del rey, cartas de don Juan de Austria, de Escovedo, del confesor minutos propias enmendadas por S. M., notas graves y secretas. A vista de todo sorprendióse el tribunal, y fué general el asombro.

Al punto dió parte Almenara de esta ruidosa novedad, y el rey pidió copia del escrito y comprobantes por salir de su inquietud. Alenvarla, el relator dió su opinion favorable al procesado. Asustado el imprudente monarca con el debate que habia provocado de sus manejos, se apresuró á cortar le separándose de la demanda, y firmó el apartamento al dia 18 de agosto de 1590 en San Lorenzo del Escorial, declarando reservarse salvos y libres sus derechos para perseguir al delincuente en cualquier otro tribunal y tiempo que le pareciese oportuno. Esta reserva demuestra su sábia impotente, y el miedo de que se divulgasen sus tenebrosos proyectos, pintándole como era, no como parecia.

Si el desistimiento soberano puso término á la causa, no concluyeron por eso las persecuciones de Perez. Podia mucho el rey, y mas dispuesto á la venganza que á la indulgencia, apuró todos los medios por acabar con quien tan bien habia secundado sus buenas y malas acciones, y podia comprometerle ante propios y estraños descubriendo su maquiavelismo.

A los cinco dias fué citado Perez al juicio de la Enquesta (4) semejante á la visita de Castilla, y á título de oficial del rey, cuya clase y la de criados de S. M., pendian absolutamente del monarca. Las cortes de Aragon al conceder á sus soberanos un derecho esclusivo y sin límites sobre sus inmediatos servidores, se propusieron atajar ambiciones cortesanas. Y algun ejemplo se dió de justiciar en palacio á un funcionario sin oposicion ni reserva. Un cargo mas se hizo á Perez; inteligencias con el rey de Francia, y proyectos de fuga al extranjero. Perez contestó que ya estaba juzgado y condenado por la visita de Castilla: que habia dado sus descargos ante el justicia: que podia presentar papeles de mayor importancia y de negocios mas delicados: que no deseaba escándalos, pero que se defendiera; y que no le competia la Enquesta «porque ese poder absoluto no le tiene el rey de Aragon sino sobre sus criados y oficiales aragoneses, y de oficios y ministerios del rey de Aragon, en cuanto rey de Aragon, en cosas de Aragon.» El tribunal de los Diez y siete declaró la improcedencia del juicio, y que ningun derecho tenia el rey contra Perez, condenando al que le promovió.

Libre apenas de esta nueva persecucion, fué envuelto en otra mas grave. Habíanle aconsejado sus letrados se marchase á donde no pudiese alcanzarle el encono de sus enemigos, y denegada por el regente de la real audiencia su solicitud de libertad, trató de fugarse. Descubierto, se recibió sobre el particular

informacion, cuidando Almenara, y el regente, su hechura é instrumento, de que comprendiese otros particulares de la competencia del tribunal de la Inquisicion. De heregias y tratos con el duque de Vendome, despues Enrique IV, y su hermana, para republicanizar á Aragon, hasta de encantador y hechicero, fué acusado Perez por encarecidos condenados á muerte, y á quienes se habia ofrecido perdon por su dicho. Pudo así enviar el regente al inquisidor en 19 de febrero de 1591, testimonio de lo declarado aparte del conato de fuga, testimonio que este se apresuró á remitir al inquisidor general, quien en 3 de marzo mandó proceder al tribunal de Zaragoza.

El rey y los adversarios de Perez vieron en este medio el que tanto deseaban de perderle.

El 20 de marzo, iba ya al inquisidor general el expediente secreto, instruido con antievangelico celo por el de Zaragoza, prostituido á la corte; y confiada su calificación al confesor del rey, escusado es añadir cómo seria calificado.

Traslució Perez el sigilo, y pretendida justificación de cohecho y soborno, la practicada ante el justicia ordinario, dió por resultado desdecirse cuatro testigos, uno de ellos *in articulo mortis*, y manifestar habian sido amenazados y seducidos por el alcaide, Almenara, y un inquisidor. Otros estremos comprendió la prueba de Perez, que presentó á la corte para que desistiese de sus malas artes, acreditados como estaban los reprobados manejos de sus agentes, y el ningun valor de la informacion. Inútil fué su gestión, y fatal á los que depusieron en su pro, inicuamente castigados cuando las tropas reales se posesionaron de Zaragoza.

Pasó el inquisidor general las censuras de Chaves al consejo de la Suprema, que decretó la traslacion breve y sigilosa de Perez á la cárcel secreta del Santo Oficio. Resistióse el alcaide de la Manifestacion, por defecto de varias formalidades, sin ceder hasta que así se lo previno el justicia, que pecó de condescendiente contravinendo á fuero.

Ven á Perez dos caballeros que paseaban por el Mercado, y siguen al coche gritando «Contrafuero, libertad.» Reúnenles como por encanto millares de zaragozanos, y corren á las voces de «Viva la patria, vivan los fueros.» al palacio de la diputacion aragonesa, donde estaba La-Nuza con sus lugartenientes. En nombre del pueblo, quéjase una comision de la tropelia cometida, y exige se reclame sin demora el contrafuero. Niégase esta pretension tumultuosa, y los amotinados se dirigen á la Alfarería. «Traicion, traicion, viva la libertad,» clamaron á la puerta de la fortaleza, pidiendo á Antonio Perez. Nada consiguieron de los inquisidores algunos ciudadanos. Ni la popularidad de los condes de Aranda y de Morata, ni el influjo del obispo de Teruel, bastó á calmar la exaltacion. A incendiar el palacio con los inquisidores se preparaban las turbas, cuando á ruegos del virey cedieron los inquisidores, asignando á Perez la cárcel de la Manifestacion para su custodia, sin renunciar á su jurisdiccion. Confiada la traslacion al virey, al conde de Aranda, y al obispo, desde su aparicion fué su carrera una ovacion continua, unido su nombre al de la libertad. Salió al balcón, y con la gorra en una mano, y la otra en el pecho, saludó agradecido á la multitud, que con entusiasmo le aclamaba.

Un legista inflamaba en tanto á la dispuesta muchedumbre contra el virey Almenara. Dominada ya por su enérgica arenga, un zapatero anuncia el peligro de su hermano, preso en el palacio del marqués, y próximo á secreto garrote, á cuya Manifestacion se resiste. No fué necesario mas. «Muera el marqués, vivan los fueros,» exclamaron á una los aragoneses, y unos marchan á que el justicia reclame el contrafuero, y atropellan otros la guardia del virey, destruyendo y arrojando por las ventanas cuanto encuentran. «Yo no he de vestir telas de traidores,» dijo un infeliz haciendo trizas una ropa riquísima. Apercibese el justicia del riesgo que corre Almenara, y desembarazándose de la multitud sin acceder á su demanda, penetra por una puerta falsa en el palacio invadido, y ruega al tranquilo marqués se salve. «¡Yo huir! ninguno de mi linage ha vuelto las espaldas,» dijo el enviado de Felipe, y sacó su espada. Es destruido un negro que se opone á la multitud, y grita «Viva el marqués, viva Castilla;» arrece el tumulto, y cae al suelo la puerta. En tal conflicto, reclama el anciano don Juan el amparo de la ley al preso (por salvarle) marqués de Almenara; cúbrele los hijos de La-Nuza y otros caballeros, cae el justicia pasando sobre él los amotinados, y á pesar de heroicos esfuerzos, alcanza el prisionero la cárcel, herido y maltratado, muriendo á los 14 dias.

La diputacion permanente encargada de la defensa de la constitucion espuso al rey su irresponsabilidad en aquellos acontecimientos, y por lo que pudiera ocurrir consultó á cuatro letrados, y á nueve mas despues si era contraria á fuero la entrega de los presos de la Manifestacion. El parecer fué que si los inquisidores volvian á pedir á Perez, exhortando al justicia suspendiera los efectos de la Manifestacion durante la causa de fé, se le entregase por no ser contra fuero.

(Se continuará.)

(1) Aguardaba don Pedro en un pasillo cual solícito pendiente el resultado de su peticion, y al proponérsele se aprobaria si suscribia á otros fueros, entre ellos el citado, á todo se vino, y sacando su puñal, rasgó el privilegio anulado, hiriéndose de propósito la mano y diciendo: «Tal fuero, y fuero de poder elegir rey los vasallos, sangre de rey habia de costar.» y por eso se le apellidó don Pedro el del Puñal.

(4) Derivado de Inquisitio, juicio contra los que han ejercido algun cargo público sobre su desempeño.

FAMILIAS REALES DE ESPAÑA Y FRANCIA EN EL SIGLO XVI.

ESPAÑA.

La época en que apareció y dominó Carlos V es una de las mas notables y de las mas dignas de estudio entre todas las que presenta la historia de la humanidad. El pensamiento de los pueblos germánicos establecido en un suelo enteramente romano, aquel pensamiento que tan largo periodo estuvo vagando en la incertidumbre, sin encontrar un objeto fijo, estacionado en fin en medio de un cúmulo de agitaciones, toca á su término y se manifiesta en todo bajo una forma dada y con poderosa y formidable brillantez: vino la violenta, la universal esplosion, en todas partes instantánea, con aquella diferencia, sin embargo, del físico al moral, que en vez de producir pasajeros efectos tuvo eco en todos los siglos, y hoy todavía sus resultados, que se manifiestan por un encadenamiento de revoluciones progresivas, están muy lejos de aparecer irrevocablemente satisfactorios y cumplidos. Los diferentes estados se mantienen en guerra como antes; mas esta guerra se presenta con un nuevo carácter, ya no existen conquistas brutales; las potencias empiezan á desarrollar un vasto sistema político, donde todas toman una categoría que despues han conservado con mas estabilidad que la que hubiera podido esperarse, si se tienen en cuenta los rudos sacudimientos que han ocasionado tantas revoluciones interiores y tantas guerras extranjeras.

Entonces se desarrollaron por vez primera, y se aplicaron sobre una vasta escala, las ideas respecto al equilibrio del sistema político europeo, y se dió á nuestro hemisferio una forma enteramente nueva. Al mismo tiempo las letras y las ciencias marchaban con paso mas seguro que nunca, encontrando cada vez menos obstáculos. Por otra parte, los desórdenes introducidos hacia ya mucho tiempo en el gobierno de la iglesia, y contra los cuales se levantaron tantas voces elocuentes, llegaron al colmo; una edad mas juiciosa que las que habian precedido dió y ejerció vigorosamente la libertad de exámen; el antiguo idolo pontifical se vió atacado en sus mismos cimientos, y la mitad de la Europa se separó de la otra por las creencias religiosas. De la fé se pasó á la política; todo se discutió, todo se analizó, y las mas veces,

ta 1789 no existió mas que una cuestion de creencia ó de dinero.

Llamaremos á este periodo la época de Carlos V, no porque veamos en este príncipe el ideal, el tipo de su siglo, sino precisamente porque quiso detener ó amortiguar su marcha. Carlos V fué el primero que



Carlos V.

organizó la resistencia contra las ideas progresivas; el primero tambien que organizó una especie de Santa alianza entre los príncipes mas poderosos de Europa contra la emancipacion religiosa y política de los pueblos. Del mismo modo que en Lutero se personifica el ataque religioso, de igual manera la defensa, por medio de la palabra, se ve representada en el papa, y la resistencia por medio de las armas se halla en Carlos V.

Despues de este ligero analisis acerca de la época del emperador Carlos V, no estará de mas hacer por separado una pequeña biografía de los personajes, cuyos retratos estampamos al nivel de estos renglones.

Carlos V nació en Gante el 24 de febrero de 1500. Por una larga serie de acontecimientos dichosos para la familia de Austria, este jóven príncipe se encontró heredero de los dominios mas dilatados que pudo tener ningun monarca de Europa desde Carlo-Magno. Solo contaba diez y seis años cuando fué llamado á recoger la sucesion de la monarquía española: Carlos V adquirió costumbres graves y reflexivas, en lo cual aventajó siempre á Francisco I, con cuyo personaje entró muy pronto en rivalidad. Era Carlos de mediana estatura, su salud estaba algo quebrantada, y su rostro revelaba en él cierto carácter de melancolía; hablaba poco y

Reuniéronse las córtes en distintos puntos de España para reconocer á Carlos como rey, pero en todas partes se presentó una grande repugnancia en derogar las pretensiones que se tenían hacia los derechos de su madre Juana la Loca, á la que únicamente querian reconocer por reina. Esto atrajo algunos trastornos; ocurrió la muerte del emperador Maximiliano I, de cuyo acontecimiento resultó aumentar Carlos V sus dominios.

A consecuencia de estas negociaciones, Carlos, y Francisco I que habia intervenido en ellas, se declararon la guerra al mismo tiempo que se veia crecer el descontento en lo interior de España.

Cuando Carlos V dejó á España, medio sublevada, halló á la Alemania agitada por una fermentacion violenta con motivo de las doctrinas que comenzaba á predicar allí Lutero. Apenas ciñó la corona de plata en Aquisgran cuando convocó una dieta en Worms para el 6 de enero de 1521. «con objeto, decia en sus circulares, de buscar medios de reprimir los progresos de las nuevas opiniones que turban la paz de Alemania y amenazan destruir la religion de nuestros antepasados.» Mientras tanto estallaron en España violentas insurrecciones contra el cardenal Adriano, que representaba al emperador, y el heróico Padilla, cabeza de los comuneros, murió en un suplicio. Poco despues entran en lucha Carlos y Francisco I; recorren el país de Italia disputándose sus derechos; el rey de Francia sitia á Pavía, caprichoso y es conducido como tal á Madrid: Carlos procuró sacar todo el partido posible de esta cautividad, y Francisco I fue puesto en libertad, previas ciertas condiciones que el rey de Francia nunca tuvo ánimo de cumplir, y por eso despues de este tratado vemos por segunda vez á Carlos y á Francisco I en los campos de batalla, cuya lucha no terminó hasta 1533, en que se verificó la paz de Cambray; pero fué muy transitorio este periodo de tranquilidad, y por tercera vez volvieron ambos soberanos á la liza, la cual continuó hasta el año de 1544, en

que se celebró el tratado de paz de Crespy. Sofocó varias alteraciones en Alemania, volvió en seguida sus ojos hacia España, y vió una notable decadencia en todo, á pesar de los descubrimientos y de las riquezas que entraban continuamente en la nacion.

Convocó en Bruselas para el 23 de octubre de 1533, los Estados de los Países Bajos, y abdicó la corona en favor de su hijo Felipe; en seguida se volvió hacia su hijo y le recomendó la defensa de la religion católica, lo cual debia ser siempre su primer pensamiento. Le



Felipe II.

fuerza es confesarlo, con mas osadía que lógica, pero siempre con energía, con poder, y por consiguiente con eficacia.

Dió principio la guerra de los pueblos contra los yes, la que dura hace tres siglos. Desde 1524 has-

con lentitud, y no anunciando en nada la estension de su gran talento y la fuerza de carácter con que despues apareció, y por eso los españoles creyeron en un principio que habia heredado la incapacidad de Juana la Loca, su madre.



Don Juan de Austria.

abrazó en seguida, y poniéndole la mano sobre la cabeza, proclamó á Felipe príncipe de Flandes. Carlos trasmitió igualmente á su hijo la monarquía española. Partió en seguida para España y eligió para lugar de su retiro el monasterio de Yuste, donde murió el 21

de setiembre de 1558, á la edad de 58 años, 6 meses y 25 días. Le enterraron en Granada, y cien años después trasladaron sus restos al Escorial.

Felipe II, hijo del emperador Carlos V, nació en Valladolid el 21 de mayo de 1527. Desde el momento en que Carlos V abdicó en favor de su hijo, fué este el príncipe mas poderoso del mundo. Se encontró en abierta hostilidad con el papa, y las tropas de Felipe invadieron los Estados Pontificios: Enrique II quiso echar á los españoles de Italia, y con este objeto envió contra ellos al duque de Guisa con un poderoso ejército bajo pretexto de socorrer al papa. Coligni, capitán tambien de los ejércitos de Enrique II, se presentó en las fronteras de Flandes y comenzó de nuevo la guerra con mas furor que nunca.

Felipe juntó un ejército respetable que al mando de Filiberto de Saboya, marchó contra la plaza de San Quintín, en cuya batalla los franceses combatieron con valor, mas no pudieron resistir al ímpetu furioso de los españoles y de sus aliados, que entonces mas que nunca se acreditaban de invencibles.

Los franceses procuraron reparar sus descalabros, mas los ejércitos del rey de España ganaron otra victoria no menos importante cerca de Gravelines, contra el mariscal Termes, cuya derrota desanimó mucho á Enrique II, y le obligó á aceptar la paz sometiendo á todo género de condiciones.

Progresaban las ideas del luteranismo, y el duque de Alba en Flandes y la Inquisición en España, fueron los ejecutores de los mandatos de Felipe II.

Restablecida la paz pudo el monarca dedicarse á labrar la felicidad de sus pueblos, y esta es sin duda una de las épocas mas florecientes de su reinado.



Francisco I.

Don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, nació en Ratisbona en 1547. El primer teatro donde manifestó don Juan su valor y su prudencia fué en su empresa contra la rebelión de los moriscos de Granada; luego en la famosa y memorable batalla de Lepanto, y después en Flandes, donde tambien andaban las cosas revueltas. Su hermano Felipe se manifestó algo envidioso de sus triunfos, y no le protegió como merecia, pues hasta le negó la gracia de declararle infante de Castilla como solicitaba.

Hallábase don Juan cerca de la ciudad de Namur cuando le sorprendió la muerte, en octubre de 1578; murió de enfermedad; otros piensan que envenenado, pero falleció como buen soldado, en medio de los reales y sirviendo á su monarca y hermano.

FRANCIA.

Francisco I, rey de Francia, nació en 1494. Era hijo de Carlos de Orleans, conde de Angulema, y de Luisa de Saboya: apenas subió al trono se puso á la cabeza de su ejército para hacer valer sus derechos sobre el Milanésado. En 1520, habiendo Carlos V heredado los estados de Maximiliano y

del imperio, que habia pretendido Francisco I, tuvo que sostener con este una guerra, en la cual experimentó su rival frecuentes reveses. Fué vencido y hecho prisionero en Pavía; habiendo recobrado la libertad invadió la Italia, y después de varias victorias consintió en una paz definitiva. Francisco I murió en el castillo de Rambouillet en 1547, dejando por sucesor á su hijo Enrique II.

Margarita de Navarra era hermana de Francisco I. Criada en la corte de Luis XII, recibió una educación brillantísima y tuvo grande afición á las letras; hablaba casi todas las lenguas vivas y estudió la hebreá. Escribió varias producciones ligeras, festivas y un tanto licenciosas. Encargada por Francisco I (que la llamaba su *linda Margarita de las Margaritas*) de varias comisiones importantes, las desempeñó con sobrado acierto.

Casada en segundas nupcias con Enrique de Albret, rey de Navarra, supo hacer que prosperara la agricultura y el comercio. La protección que dió á algunos protestantes contribuyó á que se dudara de sus principios religiosos. Margarita queria tanto á su hermano, que cuando este cayó prisionero pasó á España para consolarle en su cautiverio.

La aparición de un cometa anticipó la muerte de Margarita, pues preocupada como toda la corte, creyó ser la víctima designada, y espiró el 22 de diciembre de 1549, á los 36 años de su edad.

Juana de Albret, hija de Margarita, sobrina de Francisco I y heredera de la Baja Navarra y otros varios países, fué solicitada por Carlos V y por Felipe II; y Francisco I, lejos de consentir en ello, se apresuró á casarla con un príncipe francés, esto es, con el duque de Vandoma. Aunque educada en



Juana de Albret.

medio de los placeres y de la disipación, abandonó estos hábitos, tomando en su lugar el exterior severo de la reforma, y viviendo bajo el dominio de esta idea. Educó á su hijo bajo los principios del calvinismo, y mandó sola sus estados cuando quedó viuda.

Sintióse atacada de una súbita enfermedad, que los calvinistas atribuyeron á envenenamiento, y espiró el 14 de setiembre del año de 1574, en medio del sentimiento universal de los protestantes.

Enrique II sucedió, como hemos dicho, á Francisco I, su padre, en 1548: continuó la guerra de su padre contra la Inglaterra, y la terminó merced á una paz ventajosa en 1550. Se unió en 1551 con Mauricio, elector de Sajonia, contra Carlos V (*liga germánica*), pero bien pronto quedó único enemigo del emperador. Para acudir á los gastos de esta guerra enagenó una parte de sus dominios, impuso una contribución de veinte y cinco libras sobre cada campana y otra sobre las alhajas de las iglesias. Terminó la guerra en 1556; Felipe II, de concierto con el rey de Inglaterra, le derrotó en San Quintín, y Enrique celebró una paz desventajosa en 1559. Enrique murió de resultados de una herida que recibió en un torneo del conde de Montgomery, en 1559. Según Boudin, este príncipe consideró el delito de la poligamia como uno de aquellos que debían castigarse con pena de horca; espidió al mismo tiempo algunos decretos muy severos contra los calvinistas, previendo sin duda las desgracias que iban á ocasionar á su reino: por último, aseguran que fué el primer rey de Francia que hizo poner su retrato en las monedas.

B.***



Margarita de Navarra.

Felipe encargó al duque de Medinaceli, virey de Sicilia, una expedición contra Trípoli, principal retirada del pirata Dragut, pero tuvo un éxito desgraciado; sin embargo, Francisco de Mendoza, con el socorro de los portugueses y de los caballeros de Malta, logró desbaratar la armada naval de los infieles.

Este monarca, tan infatigable en los negocios públicos como hábil en la política, observaba con dolor que volvía á sembrarse la mala semilla en Flandes, y queriendo poner un remedio erigió una universidad en Donai, bajo las mismas leyes y constituciones que la de Lovaina, con lo cual puso un dique á los proyectos de los herejes.

La corte de Felipe vió con asombro la prisión y la muerte del príncipe don Carlos, suceso ruidoso que dió margen á infinidad de conjeturas. Otro hecho no menos escandaloso, fué el asesinato de Escovedo, hombre dispuesto á proteger á don Juan de Austria contra los intereses de Felipe II.

Reveláronse los moriscos, y don Juan, célebre por la batalla naval de Lepanto, logró poner término á estas frecuentes insurrecciones. En Flandes continuaban los desórdenes, y don Juan de Austria fué tambien comisionado para apaciguarlos y gobernar aquellas provincias. Felipe juntó en 1588 una poderosa escuadra, á la que dió el nombre de *Invencible*, para contrarrestar á la Inglaterra; mas una horrosa tempestad la dispersó, y la mayor parte de los navios quedaron sumergidos en el agua; hizo la paz con el rey de Francia, mas viéndose atacado de una grave enfermedad, se trasladó al Escorial y espiró allí tranquilamente el 13 de setiembre de 1598, á los 71 años de edad.



Enrique II.

SEMANA LITERARIA.

VINETTI,

O LA FLOR AZUL.

(Conclusion.)

III.

Diario de Seph.

Al día siguiente por la mañana oí en la aldea un gran ruido de voces e instrumentos: corrí a la puerta, y era la banda de gitanos que desfilaba al son de la música, haciendo evoluciones extravagantes. Bailaban, cantaban, brincaban, agitaban en el aire sus tambores, panderos, y demás instrumentos de cobre, cuya asiática armonía, hacia ladrar a los perros. Raza de saltimbanquis y juglares, la mayor parte de ellos iba vestida con fastuosos harapos, y llevaban ramas verdes con aire de triunfo. El que no hubiese sabido nada, hubiera creído que era una comparsa de máscaras. A la cabeza de aquella gente, marchaba Seph, con un gorro de lana encarnada que le caía sobre la oreja, una especie de casaca de terciopelo azul bordada de plata, borceguies y espuelas largas de acero: montaba un magnífico caballo blanco con campanillas, y enjaezado con una ancha mantilla moteada: delante de sí llevaba a su joven esposa, envuelta en una especie de manto de azul celeste.

No dirigí mas que una mirada a aquel espectáculo. Aquella regocijada miseria me partía el corazón, y no me atrevía a alzar mi vista para responder a las gentes de la aldea que me preguntaban admiradas al reconocer en mi hijo adoptivo al rey de los gitanos.

Por la tarde, supe que una compañía de soldados acababa de atravesar por la aldea, en persecución de los gitanos, que en su mayor parte estaban ya condenados como refractarios.

Juzgad cuán dolorosa impresión me causaría semejante noticia: no sabía donde tenía la cabeza. A cosa de la media noche, como no dormía, oí un nutrido fuego de fusilería: puseme de rodillas en mi habitación y recé de todo corazón por la salud de mi hijo que se encontraba en peligro de muerte.

Al rayar el día volvió a pasar la tropa de infantería, que consiguió apoderarse de la banda: los muertos y heridos iban en unas carretas: los demás marchaban atados entre dos filas de soldados mientras las mugeres desgrednadas hacían resonar el aire con gritos de desesperación y horribles imprecaciones.

Yo sufría una angustia mortal: envié a Catalina a que se informase, y la buena mujer me reanimó diciéndome, que ni Seph ni su novia se encontraban entre los prisioneros. Una gitana la dijo al oído al tiempo de pasar que ambos habían podido escaparse.

Seph, ¿no estaba preso? Mi hijo no sería entregado a un tribunal con la prevención del robo y de la vagancia! ¿Qué mas podía yo pedir en aquel momento?

Al cabo de un mes recibí una carta suya fechada en Amsterdam, en la que tranquilizándome con respecto a su vida, me llenó de tristeza y de pesar porque estaba escrita bajo la influencia de una desesperación inesplicable, de una calamidad secular, como él mismo decía. De este modo supe que había perdido a su joven esposa que murió de una manera horrible la sangrienta noche del combate. Algun tiempo después me escribió desde Tolon, en donde debía embarcarse para Egipto, en clase de soldado al servicio de Francia. Su carta era mas tranquila, y en ella me refería muchos pormenores de aquella noche de desolación. Muy pocos hombres deben haber sufrido tanto en tan corto tiempo. Desde entonces no he vuelto a oír hablar de él hasta la catástrofe de antes de ayer, después de la cual los pescadores le encontraron en la playa con otro cadáver que estrechaba aun después de muerto. Había perecido en le tempestad con el buque en que se hallaba. En cuanto tuve noticia del trágico suceso marché a la costa, a hice trasportar aquí a los dos cadáveres que quería sepultar yo mismo. Al desnudarle encontré sobre su corazón una cartera, cuyos papeles me propuse leer mas adelante: la letra no parece haber sufrido mucho: tal vez estas memorias aclararán los misterios de su destino.

El digno anciano terminó su narración con estas palabras, y como la noche estaba ya bastante avanzada, se retiró a su cuarto después de confiarme la cartera y papeles que contenía, que llevé a la habitación que se me señaló: me inspiraron tal interés aquellos anales, que pasé leyéndolos toda la noche.

Al día siguiente obtuve del párroco permiso para sacar una copia de ellos, y como son un complemento indispensable para esta historia, me felicito de poder comunicároslos.

A BORDO DEL ORIENTE, 7 DE JUNIO DE 1793.

¡A Egipto!... ¡en Egipto, la antigua patria del mito!... ¿es aquí donde quería traerme mi destino?... cuando las gitanas cantaban delante de nuestra tienda en mi noche de boda: «El rey Ickso y la hija de los Faraones después de haber andado errantes tres mil años por todos los pueblos, van a entrar en Egipto en su hermoso palacio de granito de color de rosa,» lo tomaba por cuentos estra-

vagantes; mas ahora creo esta historia.—¡Mi pobre, mi infeliz muger!...—Llamábase *Vinetti Sung* en la lengua de los gitanos, que es como si dijésemos *Flor azul*. ¿Oís el estruendo del cañón? ¡Qué espectáculo!... La escuadra francesa pasa por enfrente de Sicilia, con trescientos buques empavesados, y en medio, como un déspota imperial, el *Oriente* con sus ciento veinte bocas de fuego. El Etna palidece de temor. ¡Una ciudad entera que nada sobre las aguas!... ¡Francia y Bonaparte!... ¡Atrás miserables sueños de la Alemania!...

1.º DE JULIO A LAS NUEVE Y MEDIA DE LA MAÑANA.

¡El Egipto!... ¡qué nombre!... ¡El Egipto, es decir un nuevo mundo, toda la historia del misterioso mundo antiguo!... Allí abajo Alejandría parece que sale enteramente blanca del fondo de las aguas, con sus mezquitas y minaretes. ¡Llevamos a Cesar y su fortuna!...

¡Bonaparte!... ¿es acaso un hombre?... Se mantenía inmóvil en el pedestal de la columna de Pompeyo, con los brazos cruzados sobre el pecho, examinando con tranquila mirada la ciudad, mientras que nuestra división desfilaba con gritos de alegría. No necesita hablar: le comprendemos y nos comprende. ¿Por qué inesplicable prodigio, este hombre hace de nosotros y del mundo cuanto quiere? Toda la poesía de este tiempo se ha concentrado en su alma.

La orden de marcha, dice: Al Cairo: la escuadra sale para Abukir.

DURANTE LA MARCHA.

¡Sol ardiente!... ¡arena de fuego!... ¡desierto infinito!... ¡Ni una nube, ni un árbol, mucha sed, y nada de agua!... Tenemos balas de plomo en la boca. Desaix, el joven, el fogoso héroe, se muestra infatigable y afable con todos.

Sale el sol, y los regimientos se detienen al oír este grito que resuena en los aires: ¡las pirámides!... un temblor de júbilo inunda todo mi ser. Sueños de los antiguos días, ¿qué me queréis?

DESDE EL CAIRO.

¡La batalla de las Pirámides! Mourad-Bey con seis mil mamelucos que deslumbran con el oro y la pedería, Mourad-Bey ha sido batido. ¡Millares de hombres muertos, degollados y arojados al Nilo!... ¡Que rico botín!... ¡cuánto oro!... ¡cuántas armas magnificas!... A la caída de la tarde, Dupuy, a la cabeza de algunos granaderos, ha entrado en el Cairo con tambor batiente. El terror paralizaba a medio millón de habitantes que permanecían encerrados en sus casas. Cada uno de nosotros siente en sí mismo algo del espíritu del general. ¡Todo esto me parece un sueño inmenso y fantástico!...

¡Cuántas veces me he tendido sobre esta arena de fuego, que después de tantos siglos conserva viva la novela de mi destino!... ¡Cómo lo reconozco aquí todo!... ¡cómo me encuentro en mi elemento en medio de las maravillas de un nuevo mundo!... ¡Llanuras inmensas con alguna que otra palmera esparcida acá y allá, luego otras llanuras cuyo término no se descubre, y por donde quiera que se vuelva la vista, por horizonte el cielo; un cielo ardiente, abrasador, y sin una nubecilla: calles estrechas, casas bajas con techos planos, mezquitas blancas con minaretes con ligeras y elegantes columnitas, trages estraños y variados: rostros barbudos tostados por el sol; cráneos sin cabellos cubiertos por abultados turbantes; voces penetrantes y guturales; dromedarios con el pescuezo largo, y sobre ellos ginetes con chinelas; mugeres cubiertas con un velo que no permite ver mas que sus brillantes ojos, y en último término el desierto inmenso, árido, candente; el desierto con sus buitres y jacales; he aquí el Oriente!...

Es preciso detenerse junto a Gizeh, delante de esa gigantesca esfinge sumergida hasta el cuello en la arena; es necesario haber visto al monstruo con su cabeza inmóvil, su ojo cuya órbita penetra mucho, sus labios de granito, aquellos gruesos labios de moro que habita en el eterno enigma de la historia del mundo, para saber lo que es el Egipto. Aquella esfinge es el alma petrificada del Oriente. ¿Quién descifrá este enigma? Delante de ella se mitiga mi dolor: miserable dolor que llena el corto espacio de la existencia humana.

EL CAIRO.

La pantera de la llanura, Mourad, todavía está allí. El heroico dios de los campos de batalla, Desaix, vuela a su encuentro a la cabeza de las columnas de bronce de los soldados de la revolución. El entusiasmo le conduce en sus alas a los grandes hechos y a la inmortalidad.

El choque de los bárbaros se ha estrellado en los cuadros franceses, en esas murallas vivas, erizadas de bayonetas. El mortífero combate y la victoria de Sediman, han decidido de la suerte del Bajo Egipto: está conquistado.

¡Fatal encadenamiento de las cosas!... ¡hace mas de tres mil años que mi pueblo, expulsado de su país, anda errante y vagabundo: en el día, yo su rey, el antiguo y legítimo rey de los gitanos entro en él y como soldado de un ejército republicano pisó los restos de un mundo que ya no existe!... ¡Esto raya en delirio!... ¡Oh Vinetti mi flor azul!...

OCTUBRE.

El Cairo se encuentra en completa insurrección: numerosas masas ocupan cada calle, y arrastran a nuestros hermanos a la muerte. Langostas que devoran las maduras mieses, hienas rugientes, estraña sinfonía a que acompaña el estampido de nuestros cañones de alarma. El pueblo fanatizado se atrinche-

en la gran mezquita de El-hazar. Por la noche reergen Bonaparte de su escursión marítima: varias columnas de granaderos se dirigen sobre la gran mezquita. Las baterías rompen el fuego, y las balas desmoronan la cúpula. El cielo se cubre de nubes y el estruendo de los truenos se mezcla con el del cañón. El pueblo en un movimiento de furor y desesperación se lanza a masa fuera de la mezquita, y le recibimos con las puntas de las bayonetas. Los gritos de rabia se convierten en sollozos y lamentos: pónense unos de rodillas, suplican otros, y todos piden clemencia: la insurrección queda sofocada: ¡viva Bonaparte!

La Puerta nos ha declarado la guerra, y con ella la Inglaterra, y todo el infierno se vuelve contra nosotros. Bonaparte se precipita sobre la Siria: Davoust va a llevar refuerzos al general Desaix al Alto Egipto: la tragedia se acerca a su desenlace y cada actor es un héroe.

DURANTE LA MARCHA.

Entre los guías de Davoust, que van de avanzada corro yo montado en un dromedario, y atravieso el desierto de fuego. Allí abajo se encuentra el mar Rojo, y mas allá Gidda y la Meca. ¡Qué distancia tan considerable habria que recorrer todavía para llegar a Ganges!... Para llegar por el otro lado al oasis más próximo se necesitan sesenta horas de marcha, y siguiendo de oasis en oasis, se encuentra primero Senaar en Nubia, después Dar-fux, y por último al cabo de cien jornadas, Tombucto. Así desaparecen el espacio y el tiempo ante la infatigable carrera del camello: ese navio de los océanos de arena. Los pueblos no han sido formados para encerrarse en sus mismos límites; no son asnos atados en el establo: son águilas reales que cruzan veloces la región del viento, que atraviesan el espacio en todas direcciones, y que llevan siempre la gloria de su nombre lo mas lejos posible.

—¡Yo soy gitano!...

En todo el camino no hemos encontrado ni un solo pedazo de granito, que no esté cubierto de geroglíficos: diríase que estas piedras quieren conversar con el hombre que pasa junto a ellas, y que nada comprende de su mudo lenguaje. ¿Sabéis vosotros en dónde se encuentra Vinetti, mi flor azul? ¡Silencio, fantasmas del pasado!... ¡Silencio, corazón agreste, lleno tú también de geroglíficos!...

EN TEBAIDA.

La suerte del terrible Mourad ya está decidida: hemos derrotado cerca de la necrópolis de Gurnah, rechazado con considerable pérdida a la llanura.

Hénos ya aquí en el corazón del antiguo mundo, al frente de Tebas, las ruinas inmensas; Tebas, el prodigio y enigma de los antiguos y modernos tiempos. Los sabios franceses la sacan del letargo de la muerte y despiertan a los espectros de sus muros para que aparezcan con el resplandor de la literatura!...

Aquí el Nilo forma un recodo hacia el Oriente: por ambas orillas se redondea la cadena de montañas, por el centro se extiende la llanura de Tebas. Mas allá principian los desiertos de Tiphon. En el valle del Nilo reina la vida y la fecundidad: en su derredor la muerte y la sequedad. La religión y la historia del Egipto no tienen otra causa. El Egipto es el Nilo con sus largas gomas orillas: fuera del Nilo no se encuentra mas que granito y arena.

¡Valle inmenso y rico!... por todas partes se ven como otros tantos oasis, aldeas y caravanas cercadas de grupos de palmeras, y de vastos plantíos de caña de azúcar: acá y allá, columnas que se elevan hasta el cielo, ruinas sublimes, y pedazos de roca transformados en divinidades ¡colosales. Pais de los sueños de infancia!... ¿eres por ventura mi patria?... si, tú eres mi patria, aun cuando no soy mas que un miserable vagabundo!...

Allí se elevaba la ciudad de los Faraones, la ciudad antigua y santa, con sus gigantescos templos, y sus fastuosos palacios de los reyes. ¿Qué resta en el día de tanto lujo, grandeza y magnificencia? Un caos de ruinas indestructibles, de restos que parecen desafiarse a la eternidad: un enigma de piedras, una página arrancada de una historia antigua y estravagante, una página que nadie sabría descifrar ni clasificar.

MEMORIO.

Allí se encuentran fijos con su inmovilidad funeraaria dos espectros gigantescos que proyectan su sombra muy lejos. Guardan el fétido del antiguo Egipto: rodeados de estatuas que amenazan desplomarse, obeliscos, chapiteles, fragmentos de preciosas columnas mezcladas con pedazos de piedra sembrados de geroglíficos: colosos derruidos, ya no se les oye salido con sonoro tañido la salida del sol.

Aquí está el sepulcro de Osimandias: en el suelo yace derribado un enorme pedazo de granito. Desocho tanto alcanza la vista, se descubre entre aquella masa de piedras una cabeza de hombre, la del conquistador del mundo. ¡Osimandias ó Bonaparte!...

Los dioses amarillos y verdes, la cabeza de perro el ibis, y el gran mono han desaparecido!... los Faraones han muerto, y su momia pulverizada en el mortero de un boticario, sirve de vomitivo a los aldeanos. El Egipto entero duerme en las espaciosas salas de los sepulcros de granito, y sin embargo, un pueblo errante y diseminado por el mundo, mas antiguo aun que el Egipto mismo, un pueblo miserable existe todavía, y el último vástago de Ickso el gitano, huella con su planta el polvo de los reyes y de los dioses. ¿Quién me ha dicho que Flor azul era la hija de los Faraones? ¿Vinetti en dónde estás?... ¿Quién te arrebató delante de mí en aquella noche de horror? Quiero luchar des-

peradamente y cuerpo á cuerpo con él, como con un mameluco en el estrecho desfiladero de Bongolah.

CAFREKARNACK.

Lo mismo que un hombre acometido de melancolía y de demencia, establece sin cesar la cuestión que le trastorna el juicio, el Egipto reproduce sus esfiges sin cansarse jamás. Coloca en fila sus colosos, y forma con ellos calles inmensas que conducen á los templos de sus dioses, á los palacios de los Faraones, á Karnack.

¡Cuán grande es el destino!... yo: gitano, yo, el hijo de un pueblo miserable, y perseguido por todas partes, vuelvo á sentarme aquí, y á meditar sobre la historia del mundo en frente de la casa de los Faraones. ¡Qué espectáculo tan grandioso é imponente, el de aquellos mazos de piedra!... Delante de las inmensas pilas, se conservan en pie las cariátides colosales, con su rostro inmóvil en que se halla impresa la estupidez del fanatismo: adentro en el patio, hay otros monstruos acurrucados ó derechos, y colocados en círculo: legion monótona de soldados graníticos, esclavos eternos del real edificio, que aun ahora, después de millares de años, sostienen su peso sobre la doblada nuca sin fruncir el entrecejo. Detrás se abren algunos vestíbulos, pórticos inmensos, y profundas galerías que conducen al salón del festín, cuyo techo sostiene un bosque de columnas, y en cuyas paredes se descubren divinidades singulares, utensilios extraños propios para los sacrificios, y misteriosos adornos. ¿No es esto un cuento verdadero, un cuento de piedra, un poema que tocas con la mano? ¿Dudareis todavía de la realidad de la poesía?

Permanezco horas enteras contemplando una parte de este libro de fábulas que contiene tantas cosas verdaderas, y esta pared construida de granito, y curiosamente pintada de arriba á abajo. En ella serpentean imágenes de todas clases; por todos lados suben, bajan, y se mezclan los geroglíficos, que quisieran hablar, pero que no pueden hacerse entender, semejantes á los sordo-mudos que gesticulan y se fatigan en vano. Estas líneas curvas é irregulares son como los diablillos que despierta el arco, y bailan sobre las cuerdas del violín. ¿Qué quieren decir? Entre tantos confusos signos, un papagayo azul y verde, fija sobre mí su grotesca carita de hombre, y me mira con aire compasivo: este digno anticuario hablaría con mucho gusto, mas sin embargo no puede. Un esbeto lagarto verde parece que anda de uno en otro lado por la pared, y podría creerse que trata de descifrar los geroglíficos. Hace tres días que pertenece al Instituto francés y el sabio Denon le ha cobrado afecto. Querido mío, no te tomes tanto trabajo: yo voy á espicarte ese enigma. Un pueblo antiguo, compuesto todo él de pastores, y proscrito por los brahmas indios, fué á establecerse en Egipto atravesando los desiertos, antes que Osiris tuviese aquí su templo. Y este pueblo que los sacerdotes y los reyes han espulsado de su segunda patria, es el que sobrevive á los Faraones, á Tebas, á Memfis, á todos los reyes, á todas las ciudades, á todos los dioses del mundo antiguo, y que transcurridos muchos siglos decia al rival de Mahoma, el califa Omar, estas arrogantes palabras. «Nosotros descendemos de Zig y apreciamos mucho los caballos: no tenemos ni ciudades ni casas, y no tenemos en nuestro rostro ninguna señal que nos distinga: somos gitanos.» Y he aquí que pasados después algunos siglos, un hombre de aquella misma raza pone el pie en esta tierra y dice: ¡Yo soy gitano! ¿por qué tiemblas, hermoso lagarto verde? ¿Y tú, mi Flor azul, noble hija de los Faraones, en dónde habitas ahora?...

Si mirais desde algun punto muy elevado aquellas llanuras infinitas, y aquellas vastas cadenas de montañas, todo se confunde á vuestra vista; tomáis rocas de granito por antiguos monumentos egipcios, y monumentos por rocas de granito. Diríase que estos templos y estos palacios se desprenden por sí mismos de los perfiles de las montañas. El arte es aquí como una expansión de la naturaleza; dad un grado mas á esta poderosa naturaleza, y tendreis el arte egipcio. Aquí encuentro representados todos los hombres en los monumentos del mundo antiguo. ¡Los mismos rostros, el mismo aire, los mismos trages! ¡Los de hoy día traían para vivir con las momias de sus antepasados!

¡Si tuviese una patria en cualquier punto de la tierra, marcharía á ella con los pies descalzos, mendigando: andaría de rodillas por las abrasadas llanuras, y mis lágrimas me refrescarían y producirían un júbilo inefable! ¡No tengo patria!... ¡Me dirigiré á las deliciosas orillas, por donde el Ganges deja correr sus afortunadas aguas!... ¡Mas qué digo!... Allí mi raza se halla proscrita por los dioses y los sacerdotes, y mis hermanos son unos parias. ¡Me internaré en las arenas y las soledades! ¡Ay! Ni el Océano ni el desierto dan una patria al hombre.

¡Por qué me he de quejar? En donde mi padre se halla sepultado, en el pequeño campo que linda con el cementerio, allá abajo en Alemania, cerca del mar del Norte, bajo el verde sauce, está mi verdadera patria. La India y el Egipto desaparecen, y el mar de Alemania me trae los vientos que soplan sobre la tumba de mi padre: ya los oigo que me dicen: Seph, Seph, hijo mío, ¿en dónde estás?...

Durante las frescas noches del Oriente, y mientras velamos en la avanzada al derredor de las hogueras del cuerpo de guardia, mis compañeros y yo nos complacemos en seguir con el pensamiento la marcha victoriosa de nuestros hermanos por Siria, que lleva en

pos de sí el César de los tiempos modernos. Con el morral á la espalda y el arma al brazo, han atravesado el desierto que separa al Africa del Asia, y los ecos del Sinaí repiten todavía la letra de la *marsellesa*. Han reducido las plazas fuertes de Gaza, Jaffa y Kaiffa, y en San Juan de Acre saludan á fusilazos á los ingleses y los turcos. ¡Nos inscribimos en el libro de la historia!

Los hombres no eran suficientes para vencernos; el destino adverso suscitó contra nosotros la peste, el fanatismo, la astucia y la traición. Bonaparte regresa al Cairo con los nuestros.

Los ingleses y los turcos han dicho: el león está rendido, pues que se retira; unos y otros acaban de pagar bien cara su ilusión. Los turcos habían abordado cerca de Abukir; su número era muy considerable, pues había veinte mamelucos fanáticos para cada francés. ¡No importa! Los generales Lannes y Murat, el heroico general de caballería, han destrozado tan formidable ejército á cuchilladas y bayonetazos.

Ya se ha restablecido el equilibrio en la balanza. Desaix ha exclamado al recibir la noticia de esta jornada: «Hemos vencido á la muerte.» Mucho temo que se haya equivocado.

Durante la marcha por el desierto, Desaix nos envía bajo las órdenes del general Friant, en persecución de Mourad-Bey. Siento en mí como un presentimiento de muerte.

Si por casualidad algun europeo encuentra estas memorias, que sepa que he muerto sin socorro en medio del desierto á impulsos de la fiebre egipcia. El escuadrón de mis hermanos desaparece á lo lejos. ¡Yo sucumbo!... ¡El lapicero se me cae de las manos!...

EN UNA CAVERNA.

Me habían dejado por muerto en el desierto. Unos pastores egipcios me han recogido, y á sus generosos cuidados debo la existencia. Hace algunos días que he recobrado el uso de mis sentidos. ¿Quién me dirá cuánto tiempo ha durado mi enfermedad? ¿Qué estación reina? ¿En dónde se halla el ejército? ¿Qué es lo que pasa?

¡Qué horror!... Bonaparte se ha vuelto á Francia, Kleber ha sido asesinado en el Cairo, y por último, el ejército francés ha capitulado ó abandonado el Egipto. ¡He aquí qué resultado debían producir tantas fatigas y penalidades, tanta sangre derramada y tantos cadáveres que yacían tendidos gloriosamente en la arena! ¡Y yo, solo en esta tierra extraña y bárbara, solo con los horribles recuerdos de lo pasado! El drama ya se ha representado, el gitano queda para el epílogo.

El digno fellah que me asiste en mi enfermedad vertía ayer lágrimas de ternura al acordarse de Desaix. «Era tan bueno y tan justo, decía, que nos trataba como si fuese nuestro padre.» Me siento ya completamente restablecido; pero mi alma sufre. Una inclinación irresistible me atrae á Europa. Quiero volver á ver la tumba de mi padre bajo el verde sauce; es preciso. Habito en una caverna fúnebre en la necrópolis de Gurnah en Tebaida. De sepulcro en sepulcro recorro con mi fellah esas inmensas catacumbas que pueblan acá y allá algunas tribus de pastores y pescadores. Un sentimiento extraño y misterioso se apodera de mí al ver á estos antiguos egipcios, á estos señores de Tebas tendidos en fila, en las celdillas y calles de esta ciudad subterránea. Después de mas de tres mil años aguardan aquí el regreso de sus almas que andan emigradas por el universo. Aparentan á los ojos del que los contempla, el reposo del sueño y la serena quietud de la esperanza, en tanto que el viento del Sud que penetra por los agujeros del granito, como por los tubos de una flauta, los refresca, produciendo un sonido rústico. Sobre las paredes del sepulcro se halla representada toda su vida con imágenes curiosas: unos cortan el mármol, otros tocan el arpa, se los ve casarse, reproducirse, acumular tesoros y morir: su vida es como la de ayer y la de hoy. Allá se ven en un rincón sus grotescos dioses familiares, con sus pequeños y juveniles rostros, y su espresión avieja y fantástica; tienen en las manos ramas de árboles que terminan en cabezas de liebres; mas lejos se ven entrelazarse horribles serpientes; aquí un negro agitado por las mas violentas convulsiones vomita su alma, que sale de su boca bajo la forma de un escarabajo con alas de fuego. Así los antiguos egipcios, así este pueblo fúnebre y subterráneo, se rodea en el seno de la muerte, de las imágenes imperecederas de la vida, esperando que por este medio, cuando llegue la hora de despertar puedan inmediatamente recordar su primitiva existencia. Sus mismos atahudes tienen grabada la historia de su vida; he visto algunos que contenían sus títulos de propiedad escritos en hojas de papiro arrolladas y colocadas debajo de la barba. ¡Pobres engañados! El fellah de Tebas os pisa con su pesada planta y os reduce á polvo. ¡Ya no hay Tebas!... ¡Ya no hay Faraones!... Vuestros dioses han muerto; vuestros palacios se han arruinado; vuestros campos de arena, vuestra creencia en la inmortalidad, son una ilusión, una mentira. Volved á vuestros sepulcros pobres espectros; he aquí el día.

Paréceme que me vuelvo loco en esta ciudad tenebrosa, en medio de este pueblo de momias. Mi existencia entera me parece como un lamentable cuento fantástico.

Hoy me proponía el fellah visitar el sepulcro de la Flor azul. Si, quedare dueño de mi razón, aun cuando la demencia asalte mi cerebro con todas sus fuerzas.

Después de atravesar una fila innumerable de momias, guiados por el resplandor de una antorcha, y

mientras los murciélagos revoloteaban á millares por encima de nuestra cabezas; atravesando una multitud de laberintos, en que hacia un calor sofocante, llegamos á una escalera en espiral, abierta en lo interior del granito, y allí fuimos bajando, hasta que por fin nos encontramos en una espaciosa sala subterránea. Mi guía me llevó por detrás de una columna á un cuarto mas reducido, y encendiendo luego el fellah otra antorcha, quedó iluminada la estancia. En las paredes había pintados millares de figuras con los colores mas vivos; y en el centro, en un óvalo, estaba la hija de los Faraones, de pie y con una flor azul en la mano. En vano traté de dominar mi razón, para que disipase la ilusión de mis sentidos; en vano procuré demostrar á mis ojos la mentira; no, no podía dejar de reconocerla. Era ella; la que tenía delante de mí, era la imagen indeleble de mi infortunada Vinetti. ¿Y cómo podría engañarme? Al ver aquellos rasgados ojos negros, aquellas nobles sienes, aquella soberbia boca, aquellos labios desdenosos, ¿cómo no reconocer á la que había estrechado contra mi corazón?... Sin embargo, permanecí siempre de pie, y procuré vencer la extraña impresión que me causaba aquella imagen, porque sentía que ya se iban turbando mis ideas. Me hallaba allí hacia ya largo tiempo, sumergido en mi contemplación, cuando el fellah me agarró del brazo y me hizo observar el féretro de alabastro esculpido, que se encontraba debajo de aquella imagen. Levantó la tapa; di un grito y caí sin conocimiento. Era el cadáver de una hija de Faraon, de mi Flor azul.

No quiero verla ya: los espíritus malignos deslumbran á veces el corazón del hombre para perderle. Tratan de arrebatarme mi razón. ¿Soy acaso insensato para confundir de este modo los tiempos antiguos con los dias presentes? El fellah notó la indecible impresión que la vista de aquella momia había producido en mí, y como me preguntase qué era lo que tanto me había chocado en ella, debí responderle que era una semejanza inexplicable con la joven á quien amaba y había perdido. El anciano se sonrió con aire misterioso, y después calló.

No quiero ya verla, quiero apartar de mi ánimo esas imágenes fantásticas que le estravian. Mañana parto para Alejandria; he vuelto á encontrar las trescientas monedas de oro que tenía cosidas en mi cinto, y bastarán para satisfacer los gastos de mi travesía. Quiero ir en peregrinación al sepulcro de mi padre.

ALEJANDRIA.

He llegado aquí con el traje de comerciante europeo; en el puerto hay anclado un buque mercante de Hamburgo, y mañana me embarco en él. ¡Cómo ha cambiado todo!... Bonaparte ha pasado por aquí. Se me parece á una nubecarga de electricidad; ahora todo se encuentra tranquilo y silencioso como en otro tiempo. Sentado el indolente turco con las piernas cruzadas delante de la puerta del café, esparce por el azulado aire el humo del tabaco, y le mira disiparse y volver á comenzar. Los camellos van y vienen; las casas conservan siempre sus techos planos y sus galerías; las mezquitas sus minaretes y esbeltas columnitas; y en lo exterior el inmenso desierto, se presenta siempre á la vista, con sus gaviñanes que graznan y sus jacaes que ahullan. Hemos pasado como un relámpago; soy un cobarde, porque lloro como una mujer.

Los espíritus del mundo fantástico han vuelto á asaltarme: no me conceden tregua porque soy su mas antiguo amigo, y al que se adhieren con preferencia. Helos aquí á todos con sus extrañas caras, serias, y sin embargo risueñas. Ayer, el honrado fellah entró de repente en mi cuarto, venia de la Tebaida, y sus dos hijos que le seguían, me traían la hermosa momia que por poco me hace perder la razón en Gurnah. Me da para recuerdo una hija de Faraon. Se halla envuelta con fajas muy finas, y cubiertas de geroglíficos. Estaría acaso escrito de antemano mi destino. Quiere pasar á Europa conmigo: el hado me domina con todo su poderío, y me someto á él.

Egipto, vano fantasma de las noches, vuelve á entrar en tu sepulcro de tres mil años. El redoble de los tambores, y el estampido de los cañones franceses no interrumpen ya tu sueño. Prosigue tu misterioso letargo: sueña con Sesostris, con Alejandro y con Bonaparte, hasta que la arena haya cubierto tus esfiges y tus gigantescas ruinas, y hasta que el simoun reines únicamente en el espacio.

IV.

Aquí concluye el diario del gitano, dijo Melchor deteniéndose.

—¿Pero qué se hizo, preguntó Otilia, aquella hermosa Vinetti, aquella misteriosa esposa, de que siempre habla con delirio?

—Esta carta que Seph escribió á su padre adoptivo, en el momento de embarcarse para Egipto, nos lo va á descubrir.

TOLON.

«Padre, me has amado mucho, aunque á veces me has tratado con sumo rigor. Si, aunque miserable vagabundo, tengo el sentimiento de una patria, á tí es á quien lo debo, á tí que depusiste este germen en mi corazón cuando comenzaba á vivir. En tu casa era yo feliz, y hubiera continuado siéndolo, si pronto ó tarde no hubiese debido saber la fatalidad de mi origen. ¿Te acuerdas del día en que la horda de gitanos atravesó

la aldea, y del acompañamiento que nos rodeaba á la dulce joven y á mí? El amor no debía florecer junto á mí mas que el tiempo absolutamente indispensable para embriagar mi alma con su esplendor y sus divinas emanaciones: noble lirio, apenas habia yo aspirado el perfume de su tierno y recién abierto cáliz, cuando un espantoso golpe de viento vino á troncharle á mi misma vista.

«La noche siguiente fuimos cercados por los fusileros del príncipe como si fuésemos animales feroces: mis compañeros y yo nos defendimos desesperadamente de matorral en matorral. ¡Qué gritos! ¡qué gemidos! ¡qué espantosa confusión de combatientes y de moribundos; de mugeres y de niños mezclados en la pelea! Nuestros enemigos consiguieron desalojarnos del montecillo, y hacernos retirar hacia el mar. Vinetti, mi idolatrada Vinetti saltó en una barquilla de un pescador atada á la ribera, y poniéndola á nado gritó: «Seph, Seph, ven aquí.» Los soldados del príncipe nos atacaban á la bayoneta; arrojéme al mar y en el instante mismo en que hacia esfuerzos para agarrar el remo que Vinetti me alargaba, sonaron nuevos tiros, y Vinetti cayó en la navicilla. Lancé un horroroso grito y sentí que me iba á fondo: sin embargo no tardé en volver á la superficie, la barca bogaba á diez pasos de mí, sin remo y á merced del viento y de las olas: me apresuré á alcanzarla, pero cada vez se alejaba mas. Ya hacia mucho tiempo que yo luchaba con las aguas, y me hallaba muy separado de la orilla, cuando oí salir de la barca una voz lastimera. Mil veces llamé á Vinetti sollozando: los lamentos continuaban en la barca y no divisaba á nadie por encima de su bordo. ¡No hay Dios en el cielo, grité, y después, Vinetti! ¡Vinetti!

«Dirigíame con toda la vehemencia y la fuerza de ser á la barquilla en que yacia mi esposa, la joven maravillosa; y la barca, á pesar de tantos esfuerzos se alejaba siempre como para burlarse de mi desesperación y de mi miseria. Mis fuerzas iban agotándose, y mi pecho se desgarraba por los violentos movimientos que hacia para nadar. Entonces se apoderó de mí una desesperación inesplicable: en un transporte supremo, cuyo recuerdo penetra todavía hasta la médula de mis huesos, reuní las pocas fuerzas que aun me quedaban, las fuerzas del delirio; ya tocaba con una mano las escurridizas tablas de la navicilla, ya tocaba su bordo, me agarré á él con la otra, y me dejé llevar porque ya no podia casi moverme y grité, Vinetti, Vinetti, aquí estoy, ¿vives todavía?—Nadie me contestó.—Escuchaba con todos mis sentidos, pero ni un gemido, ni un suspiro llegó á mis oídos. De este modo me dejé remolcar cerca de una hora, sin poder levantar mi cabeza ni mi pecho sobre el borde de la barquilla. Todas mis fuerzas se disipaban en sollozos, y mi voz se perdía en el vacío y las tinieblas exclamando Vinetti, Vinetti, amada mía!.. Nadie es capaz de comprender lo que puede sufrir un hombre en una noche semejante, noche de angustia y desesperación! Un viento fresco impelia hacia alta mar á la barca que me arrastraba: habíase puesto la luna, y sentía entumecerse mis miembros con el helado aire de la madrugada: sin embargo no me desasí. Por fin amaneció: tanteé mis fuerzas y esta última tentativa me salió bien, pues llegué á poner mi barba en el borde de la barca. Mas ¡ah, horror!.. jamás se borrará de mi alma semejante espectáculo. Vinetti yacia allí pálida, inmóvil, muerta... Mi Vinetti fria y hermosa como una blanca estatua de mármol sobre una almohada de púrpura; mi Vinetti muerta y ahogada en un lago de sangre!.. Un dolor á que no puedo dar nombre, cayó sobre mí como un rayo, perdí el sentido, y volví á sumergirme en el mar. ¿Por qué no me ahogué entonces? ¿por qué recobré la vida? porque en aquella hora estaba muerto, mas que muerto, estaba aniquilado!..—Cuando volví en mí, me encontré en un navío perteneciente á la república bávara. Los hombres de la tripulación que me sacaron del abismo, cuando les hablé de la barca y del cadáver que conducía, me dijeron que nada habian visto. ¡Sería pues un sueño, Dios mío!..

«Me han transformado en soldado de la república francesa. ¿Qué quieren los franceses?... ¿qué entienden por esa palabra libertad que continuamente tienen en sus labios?... ¿Saben lo que es la verdadera libertad los que viven en calles estrechas y tortuosas, en ciudades cercadas de murallas? Que se informen de los gitanos; nosotros les diremos sus placeres y sus disgustos. Nos han encaminado á Tolon: ¡ojalá hubiera muerto antes mil veces! Una bala caritativa tendrá compasión de mí!..

«Nadie sabe todavía á qué punto está destinada esta expedición, para la cual se hacen aquí inmensos preparativos. Háblase del Egipto, pero en voz baja: al oír este nombre se estremece mi alma, y se despierta en mí el enigma de mi existencia. ¿Llegaré á descifrarle alguna vez?... Si, sin duda, es preciso: se apodera de mí un deseo infinito, el deseo de volver á ver el sepulcro de mi padre el gitano, de mi padre que me ha formado con su cuerpo una patria de seis pies de largo, allá bajo, junto al verde sauce, y en la costa del mar de Alemania!.. Si el espíritu de mi destino tiene un juicio recto, me volverá á llevar á mi patria, al sepulcro de mi padre.—Te abrazo mil veces SEPH.

—Su presentimiento no le engañaba, continuó Melchor cerrando su libro de memorias: el destino le ha conducido á las playas del mar de Alemania, y al sepulcro de su padre: el destino es muy previsor y vela por los hombres.

V.

La historia desgraciada y singular del pobre Seph me interesó mucho: resolví ver aquella misma noche su cadáver, y dejando mi habitación, bajé al cobertizo en donde los pescadores le habian depositado. Cerca de él velaba una muger que rezaba el oficio de difuntos. ¿Qué contraste tan extraño?... al lado de una momia secular, yacia un joven soldado ahogado por la tempestad algunos dias antes: dos cadáveres que un humilde sacerdote luterano iba á enterrar al día siguiente, según el rito evangélico, á la orilla del mar del Norte, en el cementerio de una miserable aldea de pescadores. Descolgué el veloncillo para ver mejor á la momia: estaba perfectamente conservada, y se descubrian todavía en ella señales de estremada hermosura. Millares de figuras extravagantes y de geroglíficos se veian en las fajas que la cubrian. Observé que la caja habia sufrido un poco por el lado derecho, sin duda por el roce de las ruedas del carro en que se habian transportado los dos cadáveres. Una mano de la momia estaba casi desnuda: la agarré y al levantarla, suavemente, se desprendió una cebollita de una planta, que es la misma que ahora se presenta á nuestra vista bajo la forma de una hermosa amarilis azul.

Así concluyó la historia del pobre gitano y de la desgraciada Vinetti.

Otilia abrazó la maceta en que florecia la amarilis, y con los ojos bañados de lágrimas:

—Dulce y prodigiosa flor, dijo, enigma gracioso, noble hija de los Faraones, quiero amarte como una hermana, con tu azulado manto: y si he de perderte me acordaré siempre de tí en mis horas de felicidad; de tí, si, el misterio mas encantador que he encontrado en mi vida.

—Lo que la palabra humana no puede manifestar aun en el transporte del entusiasmo, repuso Federico, esas ideas íntimas y profundas, esos recuerdos inmediatos de lo pasado, lo espresa una flor con su len-

guage de colores y perfumes. En esta flor tan delicada y fragil, se abre ante nosotros la historia del mundo. —Si, prosiguió L... semejante al loto místico de donde el brahma de la India se lanza á la creación, esta flor encierra en su cáliz al Egipto antiguo al Egipto con sus siglos, sus dioses y sus creencias. Esta flor es el alma del mundo antiguo.

Y Melchor, inclinado sobre la amarilis azul, como sobre unos ojos cuyo encanto le fascinaba:

—Tus raíces, dijo, penetran en las profundidades de los tiempos míticos, dulce flor del sentimiento y del amor, y levantas la cabeza atravesando los siglos, cuyo espíritu respiramos en tu perfume. ¡Salve, pues, oh flor sagrada!.. salve; nosotros adoramos tu misterio. De este modo, lo mas frágil de este mundo es eterno. Profetisa, nosotros comprendemos tu lengua simbólica que nos anuncia el evangelio de los nuevos tiempos, y nos habla de un dios en la historia del mundo, de un dios que une con lazos invisibles lo pasado al día de ayer, el día de ayer al hoy y de mañana, y cuya presencia eterna establece por todas partes el orden y la armonía en la sucesión de los tiempos.

La luna habia ya salido; las nubes que presentaban un aspecto amenazador durante el día se habian disipado, llevándose consigo los relámpagos y los truenos y de todo aquel tempestuoso aparato, no quedaban en la atmósfera mas que algunos vapores transparentes. La barca que debia conducirnos por el río á la ciudad hacia ya mucho tiempo que nos estaba esperando.

L... y su joven esposa nos acompañaron hasta la orilla atravesando el jardín lleno de luciérnagas que brillaban como estrellas, y embalsamado con el aroma de las rosas de cien hojas y de las azucenas.

—Adios, hasta la vista. Y ya los remos surcaban las aguas cuya corriente nos llevaba rápidamente hacia un hermosísimo arco iris de ópalos, que en aquella deliciosa noche de verano, parecia un punto maravilloso colocado entre el firmamento y la tierra por los Elfes y los espíritus de los rocios.

AL CENIT DE LA POESIA.



Siempre al cenit en vuelo soberano
Se encumbró audaz el águila arrogante;
Siempre en el polvo se arrastró el gusano;
Nunca la frente levantó el enano

Donde las plantas asentó el gigante...
Mas el gusano ruin, que muerde el suelo,
Tal vez contempla del cenit la altura,
Por sorprender al águila en su vuelo;

Y el enano, en su afán, contempla el cielo
Por medir del gigante la estatura.
—¡Ambito y luz!.. El vuelo soberano
Quiero admirar del águila arrogante

Yo, desde el polvo ruin, pobre gusano!

Quiero mi frente levantar, enano,

Para barrer las huellas del gigante!

Siento el rumor de la caterva impía...

—¡Imbéciles, atrás!.. el entusiasmo,

Si en vuestras almas no, cabe en la mía!

No ha de ahogar, pardié, vuestra ironía,

Que es estúpido al fin vuestro sarcasmo!

¡Ya me siento mayor!..—Con la caterva

Me he visto faz á faz.—¡Mas horizonte!

¡Grande me encumbro entre su greyproterva,

Cual se encumbra un ciprés sobre la yerba,

Como entre cerros se levanta un monte!

¡Ven á mis brazos, y en dolientes sones

Suelta á los aires, empolvada lira,

La mas dulce cancion de tus canciones...

Será inmortal la que á su gloria entones,

Que es su gloria inmortal quien te la inspira.

¡Muda!.. Pues bien; cual eco en las montañas,
Solo, mi acento desacomoda y rudo
Truene por fin... ¡El corazón me engaña!
Por dar paso á la voz se abre mi entraña,
Y... mudo estoy!... como las rocas, mudo!
Perdon, Genio inmortal!.. loco un instante,
Quise tender al sol, pobre gusano,
El vuelo real del águila arrogante....
¡Oh! entre la turba me soñé un gigante...
Otra vez ante tí, soy un enano!

Y ellos tambien!.. En religioso culto
Pan á tu pié su lauro por alfombra
Esos que grandes aclamó el tumulto....
Y es que su lauro ruin miran oculto
De tu lauro inmortal bajo la sombra!
¿Cómo cantar? Mi corazón se parte...
Ciegan mis ojos... ¡Entusiasmo inerte!
Pues díme comprensión por admirarte,
Deme tu numen voz para cantarte,
Rayos de luz para alcanzar á verte!
¡Rayos y voz!—Porque tu lauro al viento
Mire flotar, la luz de cien volcanes
Ciña á tus sienes su fulgor sangriento!...
Porque á tu escelsitud llegue mi acento,
¡Dénme su voz torrentes y huracanes!

Débil empero soy.... mudo te admiro...
Que en la impotencia de mi afán batalló,
Y en vez de una canción, lanzo un suspiro...
Tiende tus alas en revuelto giro...

Yo con asombro te contemplo.... y callo!
Tiende tus alas... ¡Para tí no hay coto!
Mira: ¡Un abismo!... El porvenir oscuro
Para la imbecil muchedumbre ignota...
Ante el arpon de tus pupilas, roto
Caiga el denso cenital de lo futuro!

Del negro porvenir rompe la malla...
Siempre el delfín desenchajó la espuma!
Siempre el torrente derrocó la valla!
Siempre rompió el ariete la muralla!
Siempre el rayo del sol rasgó la bruma!

Rasga, Genio inmortal, rasga ese velo....
«La frente en Dios, la planta en el profundo»,
Contemplarás en tu arrogante anhelo,
Pobre dosel para tu frente el cielo,
Ruín pedestal para tu planta el mundo.
¡Mira...! Encendidos, de entusiasmo rojos,
Sorprenderán en tu futura historia
Esos de hiena escrutadores ojos,
Los siglos en monton puestos de hinojos
Ante el altar de tu insolente gloria.

Ya entre la inmensa turba me confundo...
Tú en magestad, oh Numen, te adelantas...
Si he de arrojar mi lira en el profundo,
Quiero mas bien que la contemple el mundo
Rota en pedazos mil bajo tus plantas.

E. FLORENTINO SANZ.

Un episodio de la última guerra civil

EN LAS MONTAÑAS DE GUIPUZCOA.

I.

Eran las cuatro de la mañana del día 10 de marzo de 1837. El tambor, tocando diana, recorría las calles del pueblo de Rentería donde se encontraba acantonado mi batallón, y oficiales y soldados salimos sin demora á formar en la plaza.

Decíase que el enemigo iba á atacar aquel día nuestra línea al frente de San Sebastian y todos nos hallábamos preparados para la batalla. Acostumbrados por espacio de cuatro años á semejantes escenas, casi nos habíamos familiarizado con ellas y mirábamos con la mayor indiferencia acercarse esos terribles momentos en que el hombre lucha con el hombre, pugnando por arrancarle el don mas precioso, la vida. ¡Como si no bastaran á despojarle de ella sus padecimientos físicos y morales! ¡Como si fuera lícito matar á su semejante sin haber recibido agravio de su parte: mas aun, sin siquiera conocerlo! Pero en la época que he citado tenía yo 22 años y por consiguiente ninguna de estas reflexiones cruzó por mi imaginación. Mi Dios, era la gloria; mi pensamiento, el triunfo.

Prosigamos.
Era una de esas mañanas en que el invierno hace inútiles esfuerzos por prolongar algun tiempo su dominio sobre la tierra; pero en que tiene ya un enemigo poderoso que combatir. La naturaleza en sus inmutables leyes ha dispuesto que la primavera con sus pompas galanas suceda al nebuloso invierno, y en vano este último lucha por perpetuar su imperio: es preciso ceder: Dios lo ha dispuesto así. Sus últimas nieblas permanecían aun sobre las cúspides de las montañas cubiertas con una blanca capa de nieve, y si la brisa primaveral las dispersaba alguna vez, volvían á aferrarse de nuevo con tenaz obstinación, como si presintieran que perdido aquel terreno se había deruido para siempre su poder.

En el interin el sol se elevaba sobre el horizonte y al través de una espesa neblina veíanse cruzar silenciosamente algunas velas por el ancho puerto de Pasajes. El batallón formado en la plaza de Rentería se puso en movimiento y dividido en varias fracciones

fué á situarse en las posiciones que se le habian señalado. Bien pronto se conoció que era un ataque falso con el objeto de llamar la atención hacia aquel punto, y debilitar de este modo la línea para apoderarse de ella batiendo su centro. Por un nuevo y rápido movimiento, replegóse el batallón y se situó á la falda del monte *Choritoquieta*, frente por frente y á tiro de cañon del pueblo de Alzá, punto fortificado de la línea enemiga. Un profundo silencio reinaba en todo el campo, cuando de súbito los penetrantes y prolongados sonidos de una corneta vinieron á herir nuestros oídos. En el mismo instante rompió un vivísimo fuego que fué sostenido con teson por ambas partes.

Hallábase mi compañía metida en un profundo barranco, cercada por todas partes de espesos argomales. Ocupaba el centro mismo del semicírculo, formado por la línea de batalla enemiga, y por consiguiente nuestros fuegos de herradura causaban á la división cristina un daño inmenso. Cuantas veces intentaron desalojarnos de aquella peligrosa posición, fueron rechazados. Cuantos esfuerzos hicimos por despejar nuestro frente, fueron inútiles. Eramos españoles los de los dos bandos opuestos.... Una multitud de muertos cubria el campo, é infinidad de heridos se retiraban de una y otra parte á sus respectivos hospitales de sangre, lanzando lastimeros ayes; pero los que pertenecían á mi compañía no podían abandonar el barranco; porque apenas daban veinte pasos fuera de la espesura, morían fusilados por el enemigo, que dominaba nuestra posición. En tan terrible situación, rodeado de cadáveres, perdidos mis oficiales subalternos, y casi una tercera parte de mi gente, vi aparecer sobre nuestro flanco izquierdo la artillería inglesa, que colocada en posición, comenzó á jugar sus obuses y á lanzarnos granadas que bien pronto hicieron su efecto. El argomal ardió con una celeridad tal, que en un momento nos vimos rodeados de espesísimas masas de un humo, á cuyo través se veían inmensas llamaradas, cuyo intenso calor nos sofocaba. Nuestra destrucción era segura: ó morir atravesados á balazos, ó abrasados por el fuego de aquella hoguera. Para mayor desesperación nuestra, diez cajones de munición se hallaban destapados, y esperábamos por momentos ser víctimas de una explosión. En tan terrible trance, todos tenían fija la vista en mí: pero yo me hallaba imposibilitado de concebir ninguna idea de salvación. Nuestro batallón de reserva hizo esfuerzos inauditos por sacarnos de tan horrible situación; pero todos fueron vanos, porque sus filas eran diezmadadas por el certero fuego del enemigo. Entonces presencié un acto de valor sublime. Aquella misma mañana habia ingresado en mi compañía un quinto voluntario, joven de 17 años. Durante el combate habia observado con sorpresa la serenidad con que disparaba su arma, después de permanecer apuntando muchos segundos. Este voluntario se echó el fusil á la espalda, agarró una de las tablas de nuestras cajas de munición, y metiéndose impávido en medio de las llamas, empezó á golpear los matorrales, consiguiendo aminorar de este modo la rapidez del incendio. Su ejemplo fué imitado por todos mis soldados, y en medio de un diluvio de balas, entre el estampido pavoroso del cañon, los horribles estallidos de las granadas, que se reventaban en el aire, y los prolongados silbidos de los cohetes á la *congreve*, aquellos valientes soldados apagaron de todo punto la hoguera. Ya era tiempo. El fuego se habia comunicado á las ropas de los heridos; sus gritos traspasaban mi corazón; pero me era imposible socorrerlos. Hecho esto volvímos á nuestra posición, sosteniéndola hasta que el enemigo se retiró á su línea, luego que habia oscurecido. No volví á ver después al joven quinto.

II.

Cerciorados de que el enemigo habia vuelto á sus primitivos puntos, el general dispuso que acampáramos sobre el mismo campo de batalla. Encendiéronse hogueras para mitigar de este modo el intenso frio que en una noche de marzo es tan comun en aquellas montañas. Era aquel un espectáculo sublime. Todo el campamento se hallaba iluminado; las llamas se fueron estendiendo, uniéronse unas á otras todas las hogueras, y bien pronto una larga cinta de luz se extendió por la falda de la montaña, semejante á una monstruosa serpiente de fuego. El incendio se hizo general. Los soldados seguían la dirección de este, que consumiendo los combustibles de un punto, iba en busca de otros nuevos formando de este modo ya graciosos festones, ya ángulos agudos semejantes á los de nuestros modernos bastiones. Yo me hallaba sumergido en una profunda tristeza. Recostado en una pena procuraba dormir para descansar de las fatigas de aquel día; pero me era imposible. Todo mi cuerpo temblaba de frio, al paso que mi cabeza ardía con un calor febril. Entonces se presentaban á mi imaginación todas las sangrientas escenas que aquel día habia presenciado. Veía á mis compañeros muertos que levantaban su mutilada cabeza, y fija en mí su vidriosa mirada me hacían señas incomprensibles. Veía á los soldados con su cara ennegrecida por el humo de la batalla, lanzar horribles aullidos incitando á la matanza. Todos estos cuerpos se ponían en pié, adquirían formas gigantescas y armaban fantásticas danzas en derredor de una hoguera. Algunos soltaban satánica carcajada, otros tenían el rostro impasible mientras giraban con rápido movimiento en torno del fuego; otros en fin hacían horribles muecas levantando en alto sus fusi-

les agarrados por la garganta con sus crispadas manos. Y todo esto giraba como un torbellino en completa confusión. No me acuerdo el tiempo que pasé en este estado. El calor de mi cabeza se habia mitigado; levantéme del peñasco que me habia servido de lecho y empecé á recorrer el campo de batalla. Instintivamente dirigí mis pasos al punto en que me habia batido con mi compañía y vi un espectáculo que me enterneció. Comenzaba á amanecer: á la débil claridad de la aurora divisé dos soldados estrechamente abrazados en medio de un lago de sangre. El que estaba debajo tenia una imperceptible herida en la frente: su rostro pálido no mostraba contracción alguna: parecia dormido. El de encima estaba tendido boca abajo, apoyados los labios en la megilla de su compañero y atravesado de pecho á espalda con un grano de metralla. Rato hacia que contemplaba aquel lúgubre grupo, cuando un súbito recuerdo hirió mi imaginación. Con un rápido movimiento di vuelta al cadáver y vi con sentimiento que era el joven soldado que el día anterior se habia batido con tanta bizarria. Entonces rogué á Dios por el descanso eterno de aquel ser desgraciado, y me encaminé al campamento mas triste y pensativo que antes.

III.

El día inmediatamente posterior á un combate presentaba en Guipúzcoa un aspecto nuevo. Todos los caminos que conducían al lugar de la acción, se veían llenos de gentes que venían á saber la suerte que á sus deudos ó amigos habria cabido; y aquellos grupos de bizarros colores, descendiendo los tortuosos senderos de las montañas, desapareciendo y volviendo á aparecer de nuevo segun las sinuosidades del terreno, hacían un efecto mágico y sorprendente. Muy luego se miraba inundado el campamento de aquellas gentes que iban y venían preguntando por sus hermanos, sus hijos y sus prometidos. El mayor número de los que componían estos grupos eran mugeres. Todas traían algo que ofrecer á los soldados que tan denodadamente se batían en defensa de su país; y sentados en la yerba, mientras sus hijos devoraban lo que la ternura de sus padres ó hermanas les habian proporcionado, oían con un placer mezclado de asombro las hazañas guerreras ejecutadas el día anterior.

Estaba yo contemplando un alegre corrillo compuesto de tres jóvenes que en compañía de su anciana madre habian venido á ver á dos hermanos y á los prometidos esposos de dos de ellas, que después de abrazarse con efusión se habian sentado sobre el tronco de un castaño, derribado la víspera por una bala de cañon. Los soldados contaban los peligros que habian corrido el día anterior, y cuando en su relación se mezclaba algun hecho de valor, la anciana abrazaba al soldado y las jóvenes se dirigían unas á otras miradas de noble orgullo. Cuando referían la muerte de alguno de sus amigos, el semblante de las mugeres se oscurecía, dirigían una mirada rencorosa hacia la línea enemiga, luego bajaban la cabeza, los soldados se quitaban sus boinas y contestaban á las oraciones que la anciana ofrecía á Dios para el descanso de las almas de los muertos. De repente oí la voz de mi sargento que me llamaba: venia acompañando á una joven de caserio, hermosa como la diosa de los amores. Jamás olvidaré aquel noble semblante: dos largas trenzas de pelo castaño pendían de su cabeza por todo lo largo de la espalda hasta media pierna unos hermosísimos ojos de azabache, daban un divino realce á su fisonomía de un tipo semejante á las madonas de Rafael: su boca de carmin resaltaba sobre un cutis blanco como el ampo de la nieve, aunque algun tanto sonrosado por el cansancio del camino. Su estatura era esbelta como la de una ninfa griega; su continente magestuoso como el de una matrona romana. Era, en fin, la muger mas perfecta que habian visto mis hijos. Acerqueme á ella y pregunté al sargento lo que se le ofrecía.

—Es la hermana de aquel soldado voluntario que ingresó ayer mañana en la compañía, y quiere verlo: yo no sé donde anda, y me he dirigido á vd. para saber si lo ha enviado con alguna comisión del servicio.

Quedéme mirando de hito en hito al sargento, y mi semblante debió haber cambiado enteramente, porque la joven se estremeció.

—Si ha sucedido alguna desgracia—me dijo con una voz conmovida, que penetró hasta lo íntimo de mi corazón, haciéndolo latir con violencia,—si acaso está herido, no tema vd. decirme. Estoy acostumbrada y dispuesta á todo lo que pueda sobrevenir.

—Señora, le contesté, me parece que le he visto esta mañana y no creo le haya sucedido nada desde entonces. No menta.

—¡Ah! no me engañe vd. Hemos corrido todo el campamento, y no lo hemos visto. La palidez del rostro de vd. me indica que se ha desgraciado. No me engañe vd. por Dios. Quiero verlo muerto ó vivo.

Habia una resolución tal en sus últimas palabras, que casi estuve tentado á decirle la verdad; pero era superior á mis fuerzas el tener que herir con un golpe tan terrible aquel cándido corazón de diez y ocho años.

—Sosiéguese vd., le dije, descanse un poco, y luego procuraremos encontrarlo.

Con este subterfugio procuraba yo ganar tiempo y ver cómo podia salir de aquel apuro; pero no contaba yo con la resolución de mi bella interlocutora.

—Sé positivamente, prosiguió con acento dolorido, pero sin derramar una sola lágrima, que mi hermano mayor ha muerto. He oído que la acción ha sido san-

grienta: desde nuestro caserío se oía el estruendo de las descargas de fusilería y el estampido del cañón. Mi hermano menor pertenecía á su compañía de vd., que segun me han dicho, ha sufrido una grande pérdida. Mi hermano menor ha muerto tambien: me lo dice el corazon. Capitan, exclamó alzando la voz, quiero ver á mis hermanos.

—Triste espectáculo vais á presenciar; mas si lo quereis así, yo os acompañaré á donde está uno de ellos, porque lo he visto.

—Gracias señor: marchemos.

Dí órden al sargento para que nos siguiese, y me dirigí al argomal ya abrasado.

Una pequeña prominencia del terreno nos ocultaba al cadáver. Volví á insistir en que no pasase adelante; por toda respuesta subió la eminencia, apresuró el paso y quedó inmóvil cerca de los dos soldados abrazados, con la mirada fija en ellos.

A poco rato se arrojó sin derramar una lágrima, sin lanzar un ¡ay! Hizo una corta oración, besó la frente de ambos cadáveres, y dirigiéndose á mí preguntó:

—¿Han cumplido con su deber?

El corazon se me hacia pedazos; los sollozos me ahogaban, y aun hoy despues de tantos años, derramo algunas lágrimas al recordar aquella escena. Los ojos del sargento estaban humedecidos.

—¿Han cumplido con su deber? volvió á preguntar, viendo que yo no contestaba.

—Jóven: ha muerto como valiente.

—¿Y el otro? ¿Y el otro?

—Pues qué ¿os interesais tambien por el que tiene abrazado?

—¿Y el otro? tornó á preguntarme.

—Mirad su herida: la bala entró por la frente; á un oboardele hubiera entrado por la nuca. Pero decidme...

—Basta. Gracias, capitan. Ese otro es mi hermano mayor.

—¡Misericordia! exclamé sin poderme contener.

La jóven habia vuelto la espalda y comenzado á trepar la montaña con paso seguro. Aquel mudo dolor me aterraba.

—Respetemos su duelo, dije al sargento, pero no nos alejemos de ella.

Sentóse á poco rato sobre una piedra: yo me acerqué con las lágrimas en los ojos.

—¡Oh! capitan: sois sensible; llorais por mis hermanos... gracias. A mí y á mi anciana madre, únicos restos vivientes de nuestra familia, nos servirá de consuelo saber que han muerto cumpliendo con su obligación, que han muerto como valientes, como buenos vascongados: recibid mi reconocimiento y el de mi madre por la parte que os tomáis en nuestro dolor.

Calló un momento: elevó de repente sus límpidos ojos al cielo, y exclamó con acento desgarrador:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!... los dos!

Un torrente de lágrimas brotó de sus ojos, y hondos gemidos lanzó su angustiado pecho. Prodigámonle cuantos socorros tuvimos á mano, serenóse algun tanto, tendióme la mano que yo besé con religiosa veneración, y acompañada de mi asistente se marchó.

Jamás la he vuelto á ver desde ese día. Su cuerpo era hermoso sobre toda ponderación; pero su alma era aun mas hermosa: era un alma de heroína.

La narracion que antecede es verídica en todas sus partes. Entre Tolosa y Villabona, á mano izquierda del camino real conforme se vá para San Sebastian, hay un pueblecillo llamado Anueta. A un tiro de bala de este pueblo se vé un caserío blanco, rodeado de guindos, suspendido sobre un precipicio: allí reside esta jóven, cuyo temple de alma podrian envidiar algunos guerreros famosos.

J. M. DE GOIZUETA.

SEMANA RELIGIOSA.

Sansa Eulalia.

En Mérida, capital de la Lusitania, la jóven y noble virgen Eulalia sufre el martirio cuando apenas cuenta doce años de edad, y sube sonriendo á la hoguera, abrasada por la fé. Su infancia precoz habia hecho augurar su muerte. Jamás habia soñado en el lecho nupcial; jamás se habia mezclado en los pueriles juegos de la infancia; jamás las joyas habian adornado su hermoso brazo, ni el oro de los collares habia ceñido su blanco cuello, ni adornado sus hermosos cabellos; la casta frialdad de la virginidad resplandecía en su rostro; la prudencia de los ancianos brillaba en su frente. Apenas la persecucion despliega su furor, Eulalia siente palpar su corazon; la fiebre del martirio devora su alma; burla la vigilancia de su madre que la oculta en el fondo de una casa de campo para libertarla de que sea pasto de las fieras en el anfiteatro. Avida del martirio, Eulalia, una noche cuando todos duermen en su casa, se levanta de su lecho, y huye por senderos escarpados á la ciudad; el ángel del Señor la conducia, y en medio de una noche oscura y sin luna dirigese derechamente, como iluminada por la columna luminosa que en otro tiempo protegió la fuga nocturna de Israel. Llega á Mérida al amanecer; corre al tribunal; penetra entre la muchedumbre de que se halla rodeado el procónsul, y no le intimidan ni las fascas, ni las hachas, ni la magestad del tribunal.

—Buscáis cristianos, le dice, heme aquí; yo despre-

cio á los ídolos, porque no son nada, y á Maximiano vuestro emperador, porque los adora.

La voz gloriosamente insultante de esta niña llena de furor al procónsul. En vano intenta primero aplacarla con halagos, amenazándola despues con los tormentos. Se dirige al licitor diciéndole. «Coged esa niña, y hacedla conocer cuán terrible es la venganza de los dioses y de los Césares; empero antes de abrazar la muerte, loca doncella, piensa bien en todos los bienes y en todas las felicidades que vas á dejar sobre la tierra; tu familia te tiende los brazos, y te llama, llorando sobre la jóven flor que debia fecundar el tronco antiguo de su casa, y que vá á caer estéril bajo el hacha; piensa en las dulces pompas del lecho nupcial y en la vejez aislada de tu abuelo.» Al mismo tiempo que esto le decia, mandaba presentar á su vista los instrumentos del tormento.

Eulalia entonces no responde, sino con un fiero y



Santa Eulalia.

heróico silencio. Escupe al tirano en la cara, y con el pie derriba un ídolo que se hallaba en el tribunal.

Dos verdugos se apoderan de ella, su talle esbelto y virginal se plega bajo aquellas manos robustas, que destrozan á azotes su cuerpo delicado, contando la mártir tranquilamente los golpes que la ensangrentaban, sin verter una lágrima, sin exhalar un suspiro, mientras que la blancura de sus carnes desaparecia entre arroyos de sangre. Aplicáronle despues antorchas ardientes sobre sus heridas, y el fuego consumió en breve sus hermosos cabellos, con los que cubria el seno por modestia, inclinando su cabeza moribunda.

El cielo se encargó de sus funerales; una gran nevada desceiende sobre el cuerpo de la virgen, cubriéndolo de un sudario sin mancha. En Mérida existe su tumba y allí reposa en una capilla de mármol blanco; allí vienen de todos los contornos de la tierra á venerar sus santas reliquias, y á celebrar su santo aniversario, que fué en el mes de diciembre.

Extracto de la obra *las Catacumbas* por EL CONDE DE F.

Efemerides religiosas.

Día 17 de 910. En este día el rey don Alfonso III de Leon renunció la corona en su hijo don García, despues de haberle tenido preso y castigado, por el delito de querer despojarle antes de su muerte del reino que dominaba. Despues de haberle hecho sufrir la pena que le impuso, le dió libertad y le colocó en el trono, renunciando su reinado y retirándose á un convento de Aguilar del Campo, que era de benedictinos, donde acabó su vida santamente.

Día 18 de 1055. Tal día como hoy, el papa Victor II, á instancias del emperador Enrique III de Alemania, espidió un breve solicitando en él al rey Fernando I de España, para que le pagase el tributo debido á los emperadores de aquel tiempo; y consultando el rey á los grandes de su reino, respondió el Cid Ruy Diaz de Vivar, que de ningun modo debia pagarse tal tributo, y que se ofrecia á defender la libertad de su patria, para que no fuese tributaria de potencia alguna estrangera, con cuyo reto callaron todos, y cumpliendo su palabra el Cid, pasó con tropas á los Pirineos, dió contra los imperiales, á los que destruyó é hizo prisionero al duque de Saboya, su general. Por último pidió la paz el emperador de Alemania, y no se le concedió hasta que firmó la exención de satisfacer en adelante dicho tributo.

Día 1119. El rey don Alfonso el Batallador,

tomó á los moros la ciudad de Zaragoza, poblándola despues de cristianos.

Día de 1636. En este día, habiendo habido en esta corte una gran inundacion de aguas, que puso á sus habitantes en la mayor consternacion, se dispuso sacar en procesion á Nuestra Señora de la Almudena, patrona de esta M. H. V., y tan luego como se verificó su salida, cesó la furiosa tempestad de aire y agua, llegando sin mojarse la procesion hasta las Descalzas Reales, donde hizo estacion. A este acto asistieron las comunidades religiosas, corporaciones, y un numeroso concurso de fieles.

Día de 1785. En el mismo día y año, la venerable Orden Tercera de penitencia de Nuestra Señora de Cármen, sita en el ex-convento de su advocacion de esta corte, celebró solemne funcion á su amantísima madre, en accion de gracias por haberse dignado S. M. el rey don Carlos III nombrarse hermano mayor de

dicha órden. Hubo pontifical que ofició el obispo electo de Jaca, el ilustrisimo señor don fray José Antonio Lopez Gil.

Día de 1827. En este día fué fundada por los serenísimos señores infantes don Francisco de Paula su augusta esposa, la real congregacion dedicada los Sagrados Corazones de Jesus y María, sita en el segundo monasterio de Salesas, la que últimamente ha sido restablecida.

Día 19 de 1598. En este día salió de madre el río Tiber, anegando muchas casas y haciendo otros estragos en Roma.

Día 20 de 1154. En tiempo del reinado de Enrique II de Inglaterra, ocurrió la violenta muerte de un martirio del glorioso obispo Santo Tomás Cantuariense, acérrimo defensor de los derechos de la iglesia y de su inmunidad sagrada.

Día de 1334. En este día fué electo papa Inocencio XI, benedictino, que fabricó el palacio de Aviñon en Francia, y á quien Alonso XI de Castilla presentó de regalo cien caballos bien enjaezados, cuando ganó á los moros la batalla del Salado.

Día 21 de 1063. Tal día como hoy, fué la solemne traslación del cuerpo de San Isidoro, arzobispo de Sevilla, á la ciudad de Leon, á instancias del rey don Fernando I, que le sacó por tratado de paz de Mahomat-Abenamet, rey moro de Sevilla. Nació el santo en Cartagena el año 563, y murió siendo arzobispo de dicha ciudad el año 636. Fue canonizado por el papa Alejandro II, el año 1062, á 16 de abril.

Día 22 de 1489. El rey moro de Granada llamado Zagal, entregó á don Fernando V, rey cristiano, las ciudades de Almería, Guadix y villas adyacentes.

Día 23 de 1588. En este día, Enrique III rey de Francia, sospechando mal del duque de Guisa, pariente de Francia, y de su hermano el cardenal, los llamó á simuladamente á su palacio, y entrando en uno de sus salones, fueron acometidos por los asesinos que tenian escondidos, y les hizo quitar la vida, primero al duque; pero acudiendo á socorrerle su hermano el cardenal, le hizo prender de sus soldados y atravesarle con lanzas, y aun hizo quemar los cadáveres de ambos hermanos, por lo que el papa escomulgó al dicho Enrique III, á quien Dios parece castigó con igual traicion, pues al año siguiente un hombre furioso, disfrazado de religioso dominico, le asesinó con pretexto de querer hablarle cosas de la mayor importancia.

Día de 1620. Fué hallado en la ciudad de Calatayud en un sepulcro de mármol labrado, el bendito cuerpo de San Bonifacio.

SEMANA MOSAICO.

El volcan de San Salvador.

APUNTES DE UN VIAGE.

Hace algunos años que lejos de mi amada patria, errante, por decirlo así, en los interminables bosques de la América, recorría aquel inmenso continente en todas direcciones.

En una de mis correrías llegué hasta la ciudad de San Salvador, situada en los estados de Centro-América, y muy pronto me relacioné con algunos jóvenes apreciados de aquella ciudad que reposa sobre volcanes, y que algún día presentará tal vez el espectáculo que ofrecen hoy día Herculano y Pompeya en el reino de Nápoles.

Porque San Salvador, como las ciudades sepultadas por la lava del Vesubio, se halla descansando en la falda de una montaña cuya cima forma el cráter del volcan que lleva su nombre.

En mi calidad de viajero curioso, habíame propuesto visitar aquella maravilla de la naturaleza; pero hubo de desistir de mi proyecto por entonces.

Mucho me disgustó el no poder verificar la ascension; porque á la verdad me sentía herido en mi amor propio de viajero; mucho mas cuando hubiera sido el primero, si no precisamente en subir al cráter, al menos en bajar hasta su fondo.

A la verdad, no dejaban de arredrarme los peligros de una empresa tan temeraria; y tal vez me hubiese contentado, como otros muchos, con solo llegar á la cima.

Continué, pues, mi viage saliendo de San Salvador despues de una corta permanencia y decidido á volver en ocasion oportuna para satisfacer mis deseos.

Mas no contaba yo con encontrar en aquella ciudad hombres tan intrépidos que hubiesen concebido iguales proyectos, y lo que es mas aun, se hubiesen decidido á llevarlos á cabo.

En efecto, don Marcos Idígoras, negociante español entusiasta por todo lo grande y lo difícil, no temió arrostrar los inmensos obstáculos que se le ponian delante, y seguido de otros dos jóvenes de la misma ciudad, dió cima á tan arriesgada empresa.

Esta atrevida resolucion es tanto mas laudable, cuanto que el señor Idígoras, si bien instruido en su profesion comercial, es enteramente profano á las ciencias naturales: y lo que en mí no hubiera sido mas que el cumplimiento de un deber, era en aquellos señores un acto de noble ambicion de gloria. Oigamos, pues, al mismo señor Idígoras la relacion de su viage y de los increíbles esfuerzos que tuvieron que hacer para salvarse de los peligros de que se vieron amenazados.

Dice así:
Salí en compañía de Negrete y Forgas de esta ciudad (San Salvador) á las cinco de la mañana del domingo 23 de abril de 1843, bien montados por el camino que conduce á la region labrada. Una hora despues nos hallábamos á una distancia media de la cumbre. Desde allí pudíeramos haber dividido muchas poblaciones del estado, sino nos lo hubiera impedido una densa niebla. En aquel punto concluye la zona ó region habitada, y en una de las moradas esparcidas entre los plántos, tomamos un guia que nos condujese á la cumbre.

Despues de muchas fatigas, por tener que trepar terrenos vírgenes ó recientemente desmontados, llegamos á las 9 de la mañana al labio del cráter.

Entonces se presentó á nuestra vista un espectáculo sorprendente. Allí se veía lo horrible mezclado á lo hermoso: á nuestros pies divisábamos rapidísimas pendientes que iban á perderse en la sombría é inmóvil laguna que cubre el fondo de aquel inmenso boqueron. Los torrentes de lava petrificada habian marcado su terrible huella, y de algunas grietas salian centenarios pínos, á pesar de la resistencia que naturalmente debia oponer á su desarrollo aquella capa de lava endurecida con el tiempo.

Al reflexionar acerca de aquel fenómeno terrible que pone en ebullicion montañas enteras, que lanza inmensas masas de fuego, que vomita rios de metales derretidos, el hombre se considera tan pequeño que tiene lástima de sí mismo.

Tan luego como divisamos la laguna, se avivó en nosotros el deseo de bajar á sus orillas, y animándonos mutuamente, comenzamos el descenso. Buscamos para ello el declive menos rápido y á los pocos pasos corrimos el grave riesgo de precipitarnos. Detuvimos á consultar acerca de los medios que deberíamos adoptar para verificar el descenso, mas viendo que carecíamos de cuerdas, garfios y otros elementos que pudieran facilitarlos, nos decidimos al fin, despues de exponer cada cual su parecer, á desembarazarnos de la ropa y á proseguir el arriesgado viage.

El guia que nos habia conducido hasta allí, se empeñó en disuadirnos del proyecto, asegurándonos que no habia memoria de que alma viviente hubiese bajado, y que indudablemente pareceríamos despeñados.

Rechazamos sus consejos, demasiado tímidos á nuestro entender, y á las diez del dia comenzamos el descenso por un declive tan pendiente, que una galga que nos habia seguido desde la ciudad, no pudo bajar. Nuestro guia se decidió por fin á acompañarnos, siendo entonces nosotros los que le guiáramos, pues de ningún modo quiso tomar la delantera.

Mucho habria que decir acerca de los precipicios por donde tuvimos que arrojarlos: mucho acerca de los peligros de mil géneros que nos rodeaban al deslizarnos por superficies tersas y casi perpendiculares; ruta desconocida, peligrosa, escarpada unas veces, bruscamente interrumpida otras por grietas profundas que amenazaban tragarnos en su lóbrego seno, sin otro auxilio que algunos árboles y tal cual roca acantilada, contra las cuales hubo momentos en que pudimos habernos estrellado; pero lo omito porque mi relacion seria entonces demasiado difusa, dejando á la consideracion de los hombres pensadores el reflexionar sobre una empresa, que no temo calificar hoy de temeraria, y á la cual solo nos impulsaba el entusiasmo con que en la juventud acomete el hombre toda clase de peligrosas aventuras.

Despues de tres horas de penalidades sin número, sedientos, golpeados, casi exhaustos de fuerzas, llegamos en fin al fondo del cráter.

Aquí nos aguardaba otro espectáculo extraño.

Teníamos á la vista una laguna sin orilla, puesto que apenas se divisaba el mas pequeño espacio de terreno plano donde poder sentar la planta del pié. La laguna inmóvil, silenciosa, infunde pavor: aquella superficie sin ningún accidente, sin la mas ligera ondulacion, es la imagen perfecta de la muerte: cuando alguna ligera nube se refleja en la superficie, las limpidas aguas parecen al cristal que cierra la boca de un anteojo, y casi se forma la ilusion de que á su través se vé el firmamento del lado opuesto del globo.

La figura de esta laguna es semejante á la del cuerpo de una res. Su estension como de cien varas en lo ancho, y ciento cincuenta á lo largo; sus aguas frescas y agradables; cria peces y algunos mariscos.

Ignoramos cuál sea su profundidad, aunque creemos sea mucha, pues aquel gran receptáculo no presenta ningún desagüe, ni encontramos causa que pueda producirlo.

En una palabra, el cráter con la laguna, solo pueden compararse á un gran vaso cónico, que estuviese lleno de agua hasta la mitad.

Al borde de la laguna, encontramos algunas cañas semejantes á las de azúcar, con unas espigas desconocidas, y que por su figura se parecian á un huso de hilar.

La temperatura es fria en extremo; la vegetacion, la propia de los climas frios; es raquitica, porque nace entre las rocas incrustadas en las paredes del cráter, escepto en aquellos parages en que solo se ven metales derretidos; no se encuentran animales de ninguna especie; solo las aves de rapiña bajan de tarde en tarde, describiendo inmensas espirales, á cebarse en los esqueletos de algunos animales despeñados.

Nada diré con respecto á las dimensiones de este volcan, que tan magistralmente se eleva sobre la cordillera de los Andes, porque nos faltaban instrumentos propios para poderlas apreciar.

Nos parece, sin embargo, atendidas la figura del cráter, y las dos leguas que hay próximamente desde los labios al fondo, que la superficie de la laguna, está considerablemente baja respecto al nivel de la ciudad de San Salvador.

Despues de pasar media hora en el fondo del cráter, reponiendo nuestras fuerzas agotadas al descenso, y observando con asombro lo que teníamos á nuestra vista, tratamos de regresar; lo que no hubiéramos intentado por cierto, si hubiéramos traído lo necesario para pernoctar allí: pero como no lo habíamos previsto, forzoso nos era volver, aunque nos hacia vacilar la perspectiva de las nuevas y mayores fatigas que se nos presentaban á la imaginacion.

Decidímonos al fin; y despues de grabar una cruz en el tronco de un árbol, y formar otra de piedras que pueden verse en el lado N. de la laguna; arrancamos algunas plantas, llenamos de agua una botella que fué amarrada á las espaldas del guia, y comenzamos la ascension á la una y media de la tarde, por el declive que nos pareció mas accesible.

Dos horas debia durar nuestra subida; y aunque hacíamos alto frecuentemente, nuestras fuerzas se debilitaban á cada paso, nuestros miembros no podian sostenernos.... casi nos faltaba el aliento.

¡Y aun no habíamos llegado á la mitad del cráter!!! Pero era forzoso caminar, gatar mas bien. El ánimo no nos abandonaba sin embargo, y proseguimos.

Entonces observé que uno de mis compañeros venia sumamente fatigado y próximo á desfallecer del todo.

Avanzábamos poco á poco, perdiendo muchas veces en un momento por lo deleznable de la pendiente el terreno que habíamos ganado en un cuarto de hora, y empezamos á angustiarnos de veras. Nuestra situacion se fué empeorando por momentos, y cuando ya nos hallábamos á unas sesenta varas del ansiado borde, la desesperacion comenzó á apoderarse de nuestra alma. Los obstáculos materiales eran casi insuperables; nuestras fuerzas se habian agotado del todo, y para colmo de desventuras, el compañero de quien acabo de hablar, cayó exánime de resultas de un ataque cerebral. Poco faltó para que no fuese rodando á sepultarse en la laguna.

La noche avanzaba en el interior, sombría y tempestuosa.

¡Un esfuerzo mas!! Esfuerzo sobrehumano, increíble, pero era preciso hacerlo; y ante la imperiosa necesidad es donde el hombre se duplica, se escude á sí mismo y casi se acerca á la Divinidad.

Acordamos cargar con el cuerpo de nuestro compa-

ñero alternativamente, cuando apenas podíamos sostenernos nosotros mismos. Nuestros esfuerzos al fin se coronaron con un éxito feliz. A las seis de la tarde tocamos el borde del cráter, y muertos de cansancio, nos tendimos en el suelo, en aquel suelo, que hacia cinco horas ansiábamos tanto pisar y que ya habíamos desesperado de volver á ver.

Con el agua de la botella rociarnos el pecho y el rostro cadavérico de nuestro amigo, y vuelto felizmente en sí pudimos montar á caballo, llegando á la ciudad á las ocho de la noche.

Grandes fueron los peligros de aquel dia que nunca se borrará de mi memoria; pero nos queda la gloria de haber sido los primeros en acometer y llevar á cabo la atrevida empresa de bajar al fondo del volcan de San Salvador.

Si alguno quisiera repetir esta escursion, le recomendamos al guia que en ella nos acompañó, el cual podrá ser mas útil á los que nos quieran imitar que lo fué para nosotros.

Aquí concluye la relacion del viajero. Por lo que á mí toca, no puedo menos de admirar la serenidad y el arrojo del valiente español don Marcos Idígoras, y de rendir, publicando sus hechos, este justo testimonio de admiracion á mi caro compatriota.

J. M. DE G.

REFLEXIONES SOBRE EL EQUILIBRIO DE TODO EN EL MUNDO. Por diferentes que nos parezcan las fortunas, hay, sin embargo, en ellas una compensacion de bienes y males que las iguala.

Los que en los principios obran con ardor, se desaniman en los fines.

Los ignorantes piensan mal por lo comun, y esto les vale para no ser engañados.

En la corte hay muchas diversiones, muchas novedades, muchos entretenimientos. ¿Es allí mas agradable la existencia? Diganlo los suicidios, que no se conocen en las aldeas.

Nunca hablamos mas de las cosas que cuando las hemos perdido. ¿Cuánto no se habla de patriotismo en este siglo?

Si tuviéramos la vista, el oído, ó el olfato de algunos animales ¿qué de incomodidades no sufriríamos?

Una muger hermosa enamora á muchos, pero poco; al paso que una fea enamora á pocos, pero mucho.

Un hombre de talento es como los diamantes y el oro, cuyo valor respecto de las demas piedras y metales está en razon de su escasez.

Los soldados romanos pasaban los rios á nado: los nuestros por puente; pero aquellos no sabian matar á sus enemigos sin verles la cara como estos.

Si á un cortesano le llevan á una aldea, se seca; si trasplantan á la corte á un lugareño, se aturde; y ambos anhelan volver á su patria.

Vemos hombres enfermos y sanos, mas no vemos el alivio que la imaginacion presta á los primeros, ni los males que causa á los segundos.

Los hombres tienen mas talento, las mugeres mas imaginacion; los hombres son mas robustos y perseverantes, las mugeres mas hermosas, mas humanas, y mas inconstantes: cada uno tiene ciertas cualidades.

Cien años ha las mugeres con el manto y los hombres con la máscara se divertian y engañaban: hoy nos divertimos y engañamos á cara descubierta.

Nuestras abuelas no tenían la franqueza de tratar á los hombres como nuestras hijas, y se valian de la noche, de las criadas, y de las rejas; eran menos las ocasiones, pero tres de aquellas valian por 500 de ahora.

El viejo que se consuela y se rie al contemplar los delirios de un joven enamorado, desconoce que cada edad tiene su locura, de que se rie el que no la padece.

El que responde de su virtud en todas las situaciones posibles, es un impostor ó un imbécil.

Lo que se llama falsedad en las mugeres, es efecto necesario de la contradiccion en que se ponen sus deseos y sentimientos. En el Malabar, Madagascar y otros paises, en que satisfacen sus antojos sin escándalo, no hay mugeres falsas, por falta de causa y de interés en serlo.

La pobreza se hace insufrible si se compara con la opulencia.

Casi todos se reputan infelices cotejando su situacion con otra mejor; si se acordasen de otra peor recibirian consuelo.

Indicaremos ciertos rasgos, que manifiestan las costumbres de Roma en aquellos tiempos en que la filosofia estoica imperaba de un modo tan sorprendente como funesto.

Viéndose Epicteto bárbaramente castigado por su maestro, le dice:

—Id con tiento que me vais á romper un hueso.

El maestro prosiguió castigándole y le rompió una pierna.

—¿No os lo dije? respondió con calma el discípulo.

Dijo á Heridio Prisco, Vespasiano.

—Si en el senado no hablas en mi favor, te mando dar muerte.

—¿Y quién te ha dicho que soy inmortal? dijo el amenazado.

Canino Julio emprende con Caligula una larga y acalorada disputa, quien le dice al despedirle.

—Tranquilízate, hombre, te he condenado á muerte.

—Gracias, excelentísimo emperador, responde Julio.

Pasaron diez dias, al cabo de los cuales entró en su casa.

el centurion para anunciarle que debia morir.
—Aguarda que acabe de contar estos peones, respondió tranquilamente.

Sus amigos empezaron á llorar, pero Julio lo interrumpió con estas palabras.

—¿Por qué os afligís? Es precisamente la época en que se disputa mucho para averiguar si el alma es ó no inmortal, y yo voy á saber la verdad.

En tiempo de los Antoninos, á consecuencia de una insubordinacion militar, Casio usó grande rigor con sus soldados, los cuales se sublevaron contra él pidiendo su cabeza. Casio entonces se presenta sin armas en medio de los sediciosos y esclama.

—Matadme; y al olvido de vuestros deberes, añadid el asesinato de vuestro general.

Tanta serenidad desarmó á las tropas que entraron por el carril del deber.

Galieno se tomaba muy poco interés por los negocios públicos, y se entretenía en componer versos y arengas; sabia adornar un jardín y preparar un opiparo banquete descuidando la miseria y las calamidades de su imperio. Le participaron la muerte de su padre y respondió: «Sabia que era mortal.» Le anunciaron la pérdida de Egipto, y contesta. Para nada nos hacen falta sus telas. La ocupacion de las Galias, y dice: «¿Perecerá Roma porque le falten las sederías de Arras?» El saqueo del Asia por los escitas, y responde: «¿No podremos bañarnos sin sal de nitro?»

Esta indolencia le atrajo consecuencias muy fatales.

Verano II, rey de Persia, mandó embajadores á Caro, que hallaron en el campo reclinado y comiendo un pedazo de tocino con guisantes. Despues que los emisarios explicaron el objeto de su venida, contestó Caro quitándose un pequeño casquete que cubria su enorme calva:

—Si vuestro príncipe rehusa humillarse ante los romanos, dejaré la Persia tan desnuda de árboles cual lo está de pelos mi cabeza.

Dijeron á Constantino que varios descontentos habian apedreado su estatua: el emperador entonces llevó su mano á diferentes partes del cuerpo y dijo:

—Pues no siento ninguna contusion.

Josefa Vargas.

La famosa bailarina que lleva este nombre ha llegado á ser una de las celebridades de la época: todo el mundo conoce sus habilidades, todo el mun-



Josefa Vargas.

Calendario de la Semana.

SANTOS NACIONALES Y ESTRANGEROS.

Lunes 17. San Lázaro, obispo, san Franco de Sena, santa Bega, virgen; san Florian y compañeros mártires, santa Olimpiada, viuda.

Martes 18. La fiesta de la Espectacion de Nuestra Señora de la O y santa Solerata virgen.

Miércoles 19. San Nemesio, mártir, santa Fausta, viuda, san Adjutorio, obispo, san Pablo el Simple. Hoy es témpora y día de ayuno.

Jueves 20. Santo Domingo de Silos, abad, santos Timoteo y Maura, mártires, san Filogono, obispo, san Gregorio, arzobispo de Toledo. Es vigilia.

Viernes 21. Santo Tomás, apóstol, san Juan Cirita, monge. Segunda témpora, y día de misa de precepto con obligacion de trabajar.

Sábado 22. San Demetrio, mártir, san Flaviano, padre de santa Bibiana, santos Honorato y Cantabro, discipulos de san Saturnino, santa Anastasia, mártir, san Zenon, mártir. Tercera témpora, y se dan órdenes sagradas á los ministros del Santuario.

Domingo 23. Santa Victoria, virgen y mártir, san Vintila, anacoreta, san Serbulo, confesor, san Marcelo, abad, y el beato Nicolás Factor.

Gacetiila devota de la capital.

Día 17. En la parroquia de san Luis, obispo, dan principio las misas de Aguinaldo, y por la noche solemne salve á Maria Santísima de la O. En la capilla de Palacio siguen las letanias y salves á la Santísima Virgen. En san Andrés son los sufragios de todos los lunes en favor de las almas del Purgatorio. En el Oratorio del Espíritu Santo esposicion del Santísimo todo el día. En san Isidro el Real, las horas canónicas se diran como todos los dias por mañana y tarde. En la parroquia de san Pedro solemnes honras por los difuntos de la cofradia de la Concepcion. En la capilla de Chamberi y bóveda de san Ginés los ejercicios de Adviento por la noche.

Día 18. En la capilla de la Venerable Orden Tercera de san Francisco se festejará á Maria Santísima de la Concepcion, segun todos los años. En la iglesia parroquial de santa Cruz, á Nuestra Señora del Ave Maria, y concluida la funcion, su real congregacion, fundada por el beato Simon de Rojas, dará en cumplimiento de su instituto, una modesta comida á 30 pobres en la sala de juntas, sita en la porteria de la Trinidad. En la de san Luis se celebrará á la Virgen de la O, y seguirá su novena. En el indicado oratorio de la calle de Valverde, idem á Maria Santísima de la Oracion, en san Ginés, Nuestra Señora de Gracia, san Justo y santa Maria misas tituladas de Aguinaldo, y en san Antonio de los Portugueses el obsequio acostumbrado á su titular.

Día 19. En san Ignacio y Monserrat la duodena mensual al patriarca san José. En la capilla de la Escuela de Maria ejercicios como todos los miércoles.

Día 20. En la parroquia de san Martin se hará fiesta á santo Domingo de Silos. En santa Cruz, san Ginés, san Pedro, san Lorenzo, san Justo y san Isidro misas de renovacion al Santísimo, y en la bóveda de san Ginés concluyen los ejercicios espirituales de Adviento.

Día 21. En las parroquias, capilla Real, san Isidro, Buen Suceso, Carmen, Santo Tomás y Encarnacion misa mayor al santo apóstol de este dia, siendo á las once y media en la última por asistir S. M. la reina madre (á la tribuna). En la capilla de Jesus Nazareno se celebra á su sagrada imagen, como viernes que es. En la iglesia de Trinitarias, Oratorio de Cañizares y en la bóveda de San Ginés continúan los ejercicios semanales de costumbre. En las Arrepentidas y Servitas idem el Viacrucis. Ademas en la parroquia de san Ildefonso estará manifiesta Su Divina Magestad hoy y mañana.

Día 22. En los conventos de Mercenarias, santo Tomás, san José, Carmen, Desamparados, Atocha, Recogidas, Escuelas Pias, santa Maria, Rosario y Nuestra Señora de Gracia se tributará el culto que todos los sábados á Maria Santísima. En la capilla de Chamberi se recuerda siguen los ejercicios de este santo tiempo al anochecer. En las iglesias de san Andrés, san Pedro, san Millan, santa Cruz, san Sebastian, san Martin, Italianos, Oratorios del Caballero de Gracia, Olivar y otras que diremos en el siguiente número, se reza todo el año por la noche el santo rosario.

Día 23. Dominica 4.ª de Adviento. Habrá misas mayores, segun costumbre, en san Isidro, Encarnacion, santo Tomás, Carmen, conventos, parroquias, y en algunas con sermon, como tambien en la Capilla Real y Buen Suceso. En san Millan, san Ginés, santa Cruz, Arrepentidas y en san Justo será la duodena mensual á san José, como siempre; en esta última por la mañana. En la Orden Tercera de Servitas, idem de san Francisco, oratorios del Espiritu Santo, Olivar, Caballero de Gracia, san José, Carmen, Don Juan de Alarcon; ejercicios y procesion de Nuestra Señora en las tres últimas partes. En santo Tomás idem por la noche el ejercicio mensual aplicado por las almas del Purgatorio, y en los Italianos por la tarde el de un dia de retiro. En san Luis, obispo, estará espuesto todo el día el Santísimo Sacramento.

DISTRIBUCION DE CUARENTA HORAS

Se gana la indulgencia plenaria de este santo jubileo, en las iglesias siguientes. En el Espiritu Santo los dias 17 y 18; en san Martin 19 y 20; en san Ildefonso 21 y 22, y en san Luis, obispo el 23.

Funciones de iglesia fuera de la corte.

Día 18. A la Espectacion del sacratísimo parto de Maria se celebra en Duron.

Día 20. A santo Domingo de Silos en Alcalá la Real, como á su patron.

Día 23. A santa Solerata, virgen, en su monasterio de benedictinos de Guadix, y al beato Nicolás Factor en Valencia, de donde fué natural.

do concurre á verla, todo el mundo la aplaude loco entusiasmo. Era pues necesario y consiguiente que la graciosa bailarina tuviese un biógrafo biografiador de su vida; y este caso ha llegado ya. A vista tenemos en este momento una biografia de Vargas que verá muy pronto la luz pública: allí esponen detalladamente los hechos mas notables de su relacion á la vida de la bailarina; y de entresacamos las siguientes noticias.

La Vargas nació en Cádiz en el año de 1820, los once años de edad bailaba ya con tal gracia perfeccion que fué contratada para los teatros de Gibraltar y de Algeciras; y al siguiente año la ma de sus alados pies la llevó á los teatros de Cádiz y Sevilla, donde alternó dignamente con las primeras bailarinas. Desde Cádiz, que habia sido en aquel año el último punto de su residencia, pasó á Santiago y á Vigo, y en 1845 fué ya contratada para teatro de Zaragoza. Pasó de aqui á Barcelona, donde se la ajustó de primera bailarina en el teatro principal; dándose ya á conocer como artista de aspiraciones en los difíciles y conocidos bailes de *Muta di Portici* y del *Roberto*, en que los aragoneses la aplaudieron con loco entusiasmo.

De Barcelona pasó la Vargas á Valencia, el carácter de primera bailarina, y allí permaneció en las dos temporadas de 1847 y 1848. Por entonces llegó tambien á aquel teatro la inolvidable *Guy-Stephan*, y la Vargas ocupó un lugar distinguido cerca de ella, formando un vistoso contraste su gracie y donaire para los bailes nacionales y la delicadeza y sentimentalismo de la Guy. —He aqui la biografia.

Al comenzar la presente temporada ha ajustada la Vargas en el teatro del Instituto, donde su solo nombre, la sola noticia de que ella baila llena todas las noches las localidades de una numerosa concurrencia que la aplaude siempre con mismo entusiasmo.

No cabe en los reducidos limites de esta nota hacer mencion de los bailes mas notables en que baila la Vargas su gracia y sus bellas formas. Por otra parte, el tablado donde se mece una bailarina tanto rumbo, es un terreno demasiado resbaladizo para los que no tenemos práctica en andar por él y tememos dar en tan corto trecho una peluza caída.

En su lugar damos á nuestros lectores el relato de la bailarina, tomada en una de esas actitudes fuertes, en uno de esos arranques de poder que causan á los espectadores tanto entusiasmo como no tan mágico efecto, como esas vistosas inclinaciones en que la Vargas dobla hacia adelante la mitad de su cuerpo, desde la cintura á la cabeza, ademan de dejarse caer en el suelo.

LOGOGRIFO.



La solucion en el número inmediato.

SOLUCION DEL INSERTO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

EN LAS SALADAS ONDAS DE LA MAR DE PERSIA NACEN SURTIDORES DE AGUA DULCE Y TRASPARENTE.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, número 1.